LAS PALMERAS

NOVELA

Jimina Sabadú

algaida

Jimina Sabadú

LAS PALMERAS

algaida

Índice

Parte 1. Los años Quechua
Capítulo 1. Ese hombre
Capítulo 2. Se llamaba Charly
Capítulo 3. Las tardes del Ritz
Capítulo 4. Tonada de luna llena
Capítulo 5. La mandanga
Capítulo 6. Se me va
Capítulo 7. Sálvame, soy un náufrago
Capítulo 8. Our last summer
Capítulo 9. The devil sent you to Laredo
Capítulo 10. Son tus perjúmenes, mujer
Capítulo 11. Explota mi corazón
Capítulo 12. El cementerio de mis sueños
Capítulo 13. Hay que venir al sur

Parte 2. Lazareto
Capítulo 14. Sacerdotisas de Baal
Capítulo 15. La puerta verde
Capítulo 16. Me quedaré solo
Capítulo 17. Eugenia de Montijo
Capítulo 18. Qué sabe nadie

Parte 3. Gólgota
Capítulo 19. Madrugaba el conde Olinos
Capítulo 20. Quiéreme
Capítulo 21. Cheque al portamor
Capítulo 22. Las Palmeras
Capítulo 23. El mundo

Epílogo: Frente a frente

Créditos

A todos los chalados que me han contado cosas que no venían a cuento. A todos los conocidos que han torcido el gesto al escucharme contar cosas que no veían a cuento. A los Luchana, a los Grillos, y a los que están reflejados aquí, pero ni lo saben ni les importa.

Pero sobre todo a los que nunca escuchan a nadie. Ellos son la música del mundo.

«A mucha gente no le conviene que llegue el apocalipsis».

PITITA RIDRUEJO

«Hoy ha vuelto el horror».

VIRGINIA WOOLF

PARTE 1

Los años Quechua

CAPÍTULO 1

ESE HOMBRE

Así comienza un mes de junio convulso. Hay mucha gente interesada en tener razón en lo que sea. Este comienzo es sobre una enfermedad de la que poco se sabe en ese mes de junio en concreto. La llaman «el Brote». Es rápida y fulminante. La gente busca en Internet «brote cura» y les lleva a páginas optimizadas para posicionamiento SEO donde leen y releen los mismos consejos, ven las mismas fotos de *stock*, y escriben comentarios que nadie leerá jamás. Este comienzo es trágico, pero no es importante. Así es la vida a veces: va todo como la seda hasta que las cosas se ponen feas. Ese es el momento de las gestiones, las llamadas, y los tickets del turno en instituciones. Pero, al final de la novela, este comienzo, que no cuenta otra cosa que el inicio del Brote, quedará olvidado. La vida no espera a nadie. Pero los muertos saben ser pacientes.

Estos fueron los primeros titulares sobre el Brote.

El País

El *runner* herido tras el partido de final de Copa, en cuarentena por petición del ministro de Sanidad.

Antonio G. G., de treinta y dos años, ha sido puesto en cuarentena tras atacar a cinco asistentes al partido de final de Copa. Según su pareja, Antonio llegó a casa con una herida a la que no dio importancia porque no quería perderse el partido. Solo tenía síntomas de enfriamiento, pero en la primera mitad del partido se lanzó sin provocación previa contra los asientos contiguos, logrando herir a cinco personas, una de ellas menor de edad. El altercado posterior tuvo que ser controlado también por los antidisturbios al no bastar con los efectivos de seguridad del Vicente Calderón. «Somos

muy pocos y esto se nos escapaba de las manos. Hemos visto muchas cosas, pero es la primera vez que empiezan a morderse unos a otros», ha declarado para *El País* un agente de seguridad privada que prefiere mantener el anonimato. Caminero, recién salido de la cárcel por blanqueo de dinero, ha pedido ir a visitar a los aficionados, pero en el La Paz insisten en que tienen diagnóstico reservado. El presidente del club rojiblanco ha declarado un minuto de silencio en el próximo partido, un amistoso entre el Atlético de Madrid y el Valencia F.C.

El Salto
SILENCIO ANTE LOS ALTERCADOS DEL VIERNES EN EL VICENTE CALDERÓN.

Una vez más el mundo del fútbol guarda silencio ante la tragedia. Antonio G.G. de treintaidós años, vivía con su pareja, ecuatoriana, en una barriada popular de Madrid. El accidente que tuvo lugar en la final de la Champions evidenció la necesidad de reforzar la seguridad en los campos de fútbol y también de controlar el acceso con símbolos fascistas, ya que Antonio era conocido como allegado del Frente Atlético, aunque ya no formaba parte de él. El descontrol vivido en la jornada del viernes no es más que otra muestra de la permisividad política. Este martes a las 18:00 tendrá lugar una batucada solidaria a favor del deporte inclusivo enfrente del Ministerio de Deporte.

Vice
PREGUNTAMOS A LOS HINCHAS DE FÚTBOL CUÁL HA SIDO SU MAYOR CABREO EN LAS GRADAS.

TMEO
Un hincha dando *ñascos* no debería ser noticia. ¿No pasa todas las semanas?

OK Diario
Antonio G.G., el hincha del Atlético de Madrid implicado en los altercados, sigue hospitalizado.

Con pronóstico reservado y visitas restringidas,

ni Antonio G.G. ni nadie de su entorno ha querido hacer declaraciones sobre los sucesos del pasado viernes. Tan solo Caminero, uno de los mitos del equipo, se ha pronunciado sobre su estado de salud. «No le he visto, pero me han dicho que está bien. Antonio es la afición, y la afición a veces pierde la cabeza. Es parte del fútbol».

Este diario ha podido acceder a algunos datos del presunto atacante: viviendo en pareja con una mujer ecuatoriana en situación irregular, tenía que hacer frente a los gastos de la casa él solo. Hombre familiar y deportista, era un *runner* reconocido y conocido en el mundillo de las carreras populares, siendo miembro de la famosa «murga» de la San Silvestre «Los pollos hermanos». La ministra de Sanidad se niega a admitir el problema y habrá una manifestación frente al ministerio el lunes a las 11:00, pidiendo su dimisión inmediata. Esta petición se suma a la avalancha de quejas hacia el Gobierno.

CAPÍTULO 2

SE LLAMABA CHARLY

—Después de estar dos horas fumando porros, tenía ganas de hacer pis —dijo Verónica—, así que me acerqué al arbusto más tupido a mear. No voy detrás de los coches, porque si no, tienes la mala suerte de que pase alguien justo en ese momento, entonces pasará por detrás; eso nunca falla. Y en los sitios de hacer pis huele mucho a pis, así que no fui a la escalera de incendios, porque la verdad, con el calor, huele fatal. Y ahora hay muchas cucarachas y siempre me da miedo que se me cuele una en las bragas. Sobre todo las marrón claro; esas son las americanas que viven en las cafeteras. Mucho mejor las negras, si tenemos que elegir. El caso, que me metí debajo del pino, el que tiene como un faldón, y estaba la señora que va por Gran Vía con un carrito lleno de chatarra… —Alejandro asintió—. Y le expliqué lo que está pasando. La verdad, le podría haber dado el porro que me quedaba, pero para generosidades estoy yo. Le expliqué lo que me dijo el fantasma, que ya es bastante. Bueno, se lo expliqué por encima. No le dije nada del plan de irme contigo. Solo lo de las palmeras. Me dijo que no le extrañaba lo más mínimo, y me explicó que tenía un plan desde hacía tiempo.

—¿Qué hacía debajo del árbol? —quiso saber Alejandro.

—Vive allí. Como tantos. Allí debajo de los árboles. Lo sé por las noticias y como iba un poco colocada, se me olvidó. De lo contrario no hubiera entrado a hacer pis allí, que seguro que es la casa de alguien. No sé si ella sigue viviendo allí donde los pinos, pero desde luego era la vivienda de alguien. Había un colchón, unos fardos y unos cartones. Azucena me dijo que debajo del pino estaba la entrada a la ciudad de la gente que vive en los árboles. Me dijo que iluminaban gracias a las farolas de la Castellana, que hacen unos empalmes que van del

Corte Inglés de Generalísimo hasta el Palacio de Linares. Todo con empalmes. Me dijo que hace un efecto de farolillos chinos, y que han tirado los tabiques de las alcantarillas para hacer como una cazuela gigante subterránea, y ahí viven todos. Ya me extrañaba que veía poco mendigo por la zona. Me explicó que estaba muy bien acondicionado, pero que en verano hacía un poco de calor y por eso se volvían a vivir a los árboles. Le pregunté si no le daba miedo que entrasen los apestosos, pero resulta que ya se sabe el truco del palo. Así que no les tienen miedo. Pero yo ayer vi agitarse un poco las palmeras y la verdad, se me heló la sangre. Por eso he venido a verte.

Verónica y Alejandro no se habían visto en ocho años. Ella era mucho más joven y por eso se notaba menos el paso del tiempo. Alejandro hacía algún tiempo que había dejado de ser joven, pero nadie se daba cuenta. Ni siquiera él.

—La verdad es que te he echado mucho de menos.

—Quiero avisar a la gente de lo que va a pasar. Creo que hay quien tiene derecho a saberlo. No todos. La mayoría de la gente es mierda.

—¿Qué te ha dicho exactamente el fantasma?

—Que cuando el viento agite las palmeras todo acabará. Y que no hay nada que podamos hacer al respecto.

Verónica había estado pensando en todas las personas que había conocido, y la única cuya mano quería estrechar en su lecho de muerte era la de Alejandro. Verónica no solía hablar mucho de nada; cambiaba de tema constantemente y solía exagerar. La «ciudad» de la gente que vivía en los árboles era en realidad la entrada de la alcantarilla que, en efecto, estaba iluminada con luz robada de una farola, pero estaba muy lejos de ser una ciudad. Era solo un sitio donde los mendigos se reunían a dormir cuando hacía mucho frío. A Verónica le fascinaban los descampados, la parte interior de los puentes, los edificios abandonados. Esa atracción la había llevado a conocer, mucho antes de todo aquello, a Erika, que se sentaba en la escalera de incendios con un lápiz y unos *plastidecores*. Un día increpó a Verónica por subir por la escalera de incendio. Cuando esta oyó la voz de Erika, estaba absorta en la visión de la herrumbre que la llevaba hacia la azotea, tres pisos

más arriba. Verónica y Erika discutieron y se juraron chivarse a sus respectivas profesoras. Ninguna de las dos lo hizo. Pasaron los años y dejaron de discutir por unos dibujos. Dejaron de esconderse en las escaleras de incendios. Dejaron de llevar vestidos de talle alto. Más adelante, dejaron de llevar el pelo del color natural. Terminaron sus estudios. Pasaron a la universidad y no supieron nunca más la una de la otra. Verónica conoció a Alejandro y Erika quién sabe a quién conoció. Los dramas entraron en su vida. Y el alcohol, y los amigos, y los viajes, las pequeñas mentiras, los festivales, la música, la ropa. Incluso en un momento entraron los ambientadores, las cremas hidratantes. Cuando el mundo, perfectamente ensamblado, giraba a su alrededor, Erika salió un día de casa y ya nunca supieron nada más sobre ella. Verónica supo que había desaparecido, pero olvidó la noticia a los pocos meses. Solo habló con su fantasma, el mismo que había adoptado aquella forma, la forma que tenía Erika cuando se conocieron. En ese momento, Verónica ya había dejado a Alejandro años atrás en medio de un dolor insoportable; el tipo de dolor que hace que prefieras morir, el tipo de dolor que probablemente sintió Erika, pero eso nunca lo sabremos ni lo sabrá nadie.

Salvo por un encuentro en la escalera de incendios, nada las había unido. Poco antes, Verónica había dejado a Alejandro y ambos se habían dedicado a vivir sin más. Vivir como quien sale un domingo a patinar. Vivir porque es la manera más fácil de morir; solo hay que esperar a que pase el día menos pensado. Vivir es la forma de morir que tienen los vagos.

Un día, el menos pensado, hizo una visita al antiguo barrio y se coló en el colegio. La zona de los columpios era diminuta y el campo de fútbol ridículo. Las verjas estaban desconchadas y tan solo el nuevo polideportivo le daba empaque al recinto. Todo era pequeño. Todo era insignificante. Y estaba vacío. Vagabundeó hasta la escalera de incendios. Allí estaba Erika. Algo cambiada, es cierto. Tenía un cuaderno en las manos. Le explicó a Verónica que se había ahorcado un par de años atrás por algo que no era para tanto pero que le hacía sufrir más que nada en el mundo. También le contó que iba a producirse un

segundo Brote. No tan violento como el anterior, pero sí más grave. Los afectados no morirían en cuestión de horas, sino que durarían meses. «Cuando sople el viento y oigas las palmeras, será el final de todo», dijo. Este era el último verano del mundo. Le dijo que se volverían a ver cuando sonasen las palmeras. Y entonces subió la escalera de incendios y Verónica la perdió de vista.

A principios de julio ya se escuchaba cómo la gente se refería a aquellos muertos vivientes como apestosos. La alarma cundió los primeros días y dio paso a la discusión. La discusión al agotamiento de la opinión pública, y el agotamiento a las bromas. Como gracia o como nombre, apestosos fue como todo el mundo llamaba a los muertos que no perecían.

El segundo Brote estalló el mismo día de la muerte del rey, en el escenario de un largo desacuerdo parlamentario que había llevado a la opinión pública al hastío. Lo que empezó como una esperanzadora muestra ciudadana de conciencia política y social se convirtió en desencanto. Las estrellas del *rock* habían muerto porque ya nadie escuchaba música. En su lugar, los políticos acaparaban las conversaciones de toda la gente que hasta hacía poco presumía de no ser de derechas ni de izquierdas, ni machista ni feminista. Las máquinas de café seguían haciendo ruido por la mañana y los camareros continuaban sirviendo porras, cruasanes, pinchos de tortilla y opiniones. En lo que todo el mundo coincidía es en que, en un momento del pasado, el país vivió en armonía porque los políticos eran honrados y todo el mundo sabía estar en su sitio, pero el segundo Brote había llegado y lo había hecho al mismo tiempo que las vacaciones.

Verónica acababa de terminar una relación poco duradera con un chico emocionalmente dependiente. Durante los meses que estuvieron juntos, Verónica pasó de sentirse querida a sufrir una asfixia que no terminaba cuando su novio se iba de casa. Por las noches, él se abrazaba a ella apretándola y respirando cerca de su cara, usando la misma almohada. Los intentos de zafarse para dormir en una postura más cómoda terminaban con el joven llorando amargamente y repitiendo el mantra «es que no me quieres», así que Verónica se dejaba abrazar de

nuevo, y no lograba respirar más que el dióxido que dejaba su frágil acompañante. Por las mañanas, él apretaba tan fuerte su cabeza a la de ella que apenas podía leer un libro. Y los encuentros en la casa, cuando estaban juntos, se traducían en interminables abrazos por el pasillo, la cocina, o incluso el cuarto de baño. Los paseos por la calle siempre eran de la mano, y las conversaciones con otras personas siempre iban acompañadas de una lazada en la cintura. El tiempo que pasaban separados sucedía entre mensajes y llamadas. Si ella no respondía, él se ponía triste. Verónica cocinaba. Él comía. Verónica escuchaba. Él hablaba. Y el final fue peor. Siempre era peor. Verónica se sintió mal por haberle hecho daño, pero, por no prolongar más la cosa, no le contó nada de lo del Brote. Simplemente descolgó el teléfono y llamó a Alejandro. Hacía mucho tiempo que no estaba con Alejandro, que era un hombre que, en tiempos, le doblaba la edad. Ahora ya no. Él era un hombre agrio y ella, una joven inestable.

Verónica quedó con Alejandro un martes por la tarde. Un agosto especialmente caluroso que tan solo empezaba. Verónica, mucho más descuidada que antaño, llevaba un vestido antiguo no muy bien conservado. Los botones, anudados hasta el cuello, hacían que ella tuviese que colocarse el pelo continuamente. Los ojos verdes y vivos de Alejandro se clavaron en ella. Él también estaba más descuidado, pero no había perdido ni la elegancia que le ataba al mundo, ni el dinero que le mantenía en él. Verónica arrojó la colilla de un porro antes de entrar por la puerta y saludó con algo de desgana.

—¿Nos vamos ya? Quiero pasar por la ferretería.

Cogieron el coche y llegaron hasta el barrio de Verónica, no muy lejos del colegio en cuya escalera de incendios había coincidido con Erika.

—¿No será la ferretería en la que te empeñaste en comprar una olla absurda color teja porque te recordaba a la que usaba tu abuela?

—Esa misma.

—¿Quieres comprar otra olla absurda?

—No. Creo que deberíamos comprar avituallamiento por si

acaso.

A Alejandro le pareció buena idea, y aún sin dormir se acercaron a una pequeña ferretería en medio de una urbanización. Acababan de abrir y dos dependientes de edad avanzada discutían entre sí. Tres hileras de objetos metálicos y plásticos llevaban hasta el mostrador donde aquellos dos hombres no terminaban ninguna frase. No eran capaces de dejar de interrumpirse el uno al otro.

—*Ns dis* —dijo el más alto.

—Hola, buenos días. Queríamos comprar un par de cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas tipo palas, un martillo… Si tiene un hacha está bien también. —Alejandro intentó aparentar normalidad. Pero el hombre más bajo de los dos, que se movía con dificultad a causa de una joroba en la espalda, les miró de reojo.

—Anda, *coile*, si tú eres la Verónica. ¿Qué tal está tu tía Soco?

—Pues murió. —dijo Verónica sin dejar de sonreír.

—Pues sí que estamos buenos. ¿Y éste quién es? ¿Tu novio? *Nah*, muy mayor para ti.

Verónica hizo ademán de presentarles a Alejandro. Entonces se dio cuenta de que, pese a haber visitado aquella ferretería un millar de veces con su familia, era incapaz de recordar más que sus motes. Al alto le solían llamar el Mastuerzo. El más pequeño era el Jorobado. Alejandro, heredero de innumerables generaciones de buenas costumbres, se presentó él mismo. Pero ellos no dijeron sus nombres. Así pues, siguieron llamándose el Mastuerzo y el Jorobado. A pesar de que Alejandro y Verónica no querían contar sus intenciones, ellos lo imaginaron pronto. Compraron cuerda, pastillas para barbacoa, un alargador, dos martillos, cinta americana, y vientos. Nada que necesitara batería. Les acabaron contando su plan a aquellos hombres que asentían con cara de no entender. Al despedirse, el Jorobado gritó:

—¡Oye, Verónica!

—Sí…

—Que ya siento lo de tu tía Soco. Y cuidado con los apestosos, que tienen muy mala leche.

Abandonaron la ferretería con la misma sensación de no retorno que tienen los suicidas y las niñas que le dicen a sus padres que están embarazadas. Como a ellos, solo les quedaba ser fuertes.

Levante E-M

Desaparecidos de segunda.

Los casos de menores desaparecidos en extrañas circunstancias no dejan de aparecer en medios de comunicación, pero la queja de los padres es siempre la misma. ¿Por qué no se les dedica a todos la misma atención?

Mientras que a jóvenes como D. Q. se les dedican especiales en televisión, otros casos como el de M. A., de quince años, son apenas una nota al pie en la página de sucesos. M. A. desapareció en las mismas fechas que D. Q. y llevaba, que se sepa, unos vaqueros gastados color azul y una camiseta color *beige*. Ese día salió sin móvil de casa y no dijo más que «iba a dar un paseo». Es esto lo que hace sospechar a la Guardia Civil de que pudiera tratarse de una desaparición voluntaria. La salvedad es que M. A. tenía trece años en el momento de su desaparición. Era un chico normal, con buenas notas, e hijo mediano de una familia unida.

En el último año han desaparecido en España más de ocho mil menores. Tan solo un diez por ciento sigue sin aparecer. Es por esto que la Guardia Civil pide reforzar las charlas en los colegios para advertir a los estudiantes sobre los peligros que puede haber tras una fuga sin importancia, provocada por una riña doméstica o unas malas notas.

CAPÍTULO 3

LAS TARDES DEL RITZ

Madrid. 7 de agosto

Alejandro tenía mucho dinero de familia y Verónica había sido muy ahorradora en el pasado. Verónica dijo que quería que pasaran su última tarde en Madrid como unos marqueses. Alejandro le respondió que alguien que usa tal expresión jamás estará siquiera cerca de la vida de un marqués. Ya habían planeado merendar en el Ritz, tomar una copa en el Cock, y acabar en el Tonidós antes de salir para siempre jamás de Madrid.

La mayoría de la gente no visitaba sitios como el Ritz. Pero la realidad era que entrar en estos sitios requería dos cosas: dinero y actitud. Dinero para pagar la consumición (no mucho más que un local de meriendas del centro), y actitud para mantenerse allí. Y esto era lo más difícil, puesto que los ricos nacen pensando que merecen la Tierra, y los demás nacen pensando que deben ganársela. Verónica aprendió esta sencilla regla de joven en una visita esporádica a este sitio y, aunque Alejandro era quien tenía dinero, él nunca había ido porque se sentía culpable. Se convirtió en una costumbre mensual. Era el último verano y ya hacía calor. Los botones vestían libreas impecables y los millonarios chándales caros y gorras desgastadas. Todo estaba bien. En el Ritz, todo estaba siempre bien.

—Hay que caminar como si todo nos diese igual, pero sin pasotismo —le dijo Verónica a Alejandro como si él no recordara las visitas pasadas.

Pasaron al salón de té. Un pianista interpretaba éxitos musicales sin que nadie le prestara la más mínima atención. *Sunset Boulevard* se fundía con *Cats* y, más tarde, con *A Chorus Line*. Alejandro giró la cabeza con violencia cuando el músico

decidió tocar unos acordes de *Rocky Horror Picture Show* antes de pensárselo dos veces e interpretar, con la menor vida posible, el clásico *Cheek to Cheek*.

Alejandro y Verónica se sentaron muy rectos en los sofás. A los pocos minutos ya estaban echados sobre sus rodillas riendo. Verónica había llevado consigo un mapa geográfico de España e iban a dedicar la tarde a trazar algo parecido a una ruta hacia el fin del mundo. Alejandro disponía de un Buick Electra de 1966 y le hacía ilusión emplearlo en un viaje así.

—El mismo modelo en el que murió Jayne Mansfield —solía decir con orgullo.

Alejandro no era un hombre de coches. Pero le gustaba conducir y desde luego le gustaba compartir sus viajes en auto con los viandantes. Coche descapotable, música alta, y una sincera conexión estética con quien fuera que montara en aquel coche.

—Explícame exactamente cuál es el plan —dijo Alejandro ante la avalancha de datos.

—Salimos esta noche de Madrid en tu coche. Recorremos la costa y si encontramos a alguien que merezca ser salvado, le decimos lo que va a pasar.

—¿Y si no nos creen?

—Da igual.

—¿Y después?

—No tengo ni idea.

Alejandro asentía. La idea del viaje le parecía lo suficientemente buena como para apuntarse y, si Verónica tenía razón, mejor estaba en ese viaje que fuera de él. Durante aquella merienda hicieron lo que no hacían desde hacía años: compartir confidencias, bromas, y descubrimientos. Entre medias disfrutaron de una bandeja de tres pisos compuesta por *scones* con crema y mermelada, sándwiches fríos y pastas. Un té que siempre estaba caliente y una mantelería limpia como el sol de invierno. Cuando estaban juntos habían visitado con frecuencia aquel salón de té del Ritz. A Alejandro, en secreto, le recordaba a su juventud sentado en las butacas de los Alphaville. A Verónica le hacía pensar en la primera vez que vio *Una habitación con vistas*. En ambos casos les recordaba

tiempos románticos que nunca existieron pero que fueron mejores que este. Mientras ellos pedían la cuenta, el pianista interpretaba *Tomorrow belongs to me* con un palpable sentimiento de resiliencia. Una sarcástica bofetada que nadie supo recibir. Tras pagar 32 euros cada uno se fueron al Cock. Y esta fue la última tarde tranquila que hubo en este mes de agosto.

Madrid estaba hundido en un calor solitario y pegajoso, un calor de pecado capital. Las noticias habían anunciado la mayor caída en ocupación hotelera en años, pero aun así no había casi gente por la calle. Parecía como si el flautista de Hamelín hubiera pasado por la calle llevándose a todas las personas. Como si incluso el niño cojo que no pudo entrar al corazón de la montaña hubiera tenido una segunda oportunidad. Como si el cuento hubiera acabado mal.

La tarde olía como los negocios que están a punto de cerrar y como la muerte cuando se presenta sin avisar. Subieron por la calle Reyes hasta llegar a las ventanas emplomadas del Cock. Cruzaron la puerta y contemplaron aliviados que, de existir el flautista, no eran la roca y el musgo lo que había abierto, sino las puertas de aquel local. Yma Súmac retumbaba en los artesonados de madera. Adultos al límite, adultos despreocupados, adultos borrachos. Los tristes y los risueños bebían y charlaban sin preocuparse de nada en absoluto. Los camareros, como esfinges, podían juzgar o no juzgar cuando un hombre le tocaba un pecho a su acompañante, cuando a una mujer se le caía un pendiente al suelo al reír, o cuando un grupo de cuatro iba al mismo tiempo al servicio dejando sus copas aguándose en la mesa... Tanto Verónica como Alejandro habían sido habituales de aquel bar. Fernando, alto y franco, les saludó con toda la amabilidad que pudo en un momento de agobio. Los llevó hasta una mesa que estaba libre.

—¿Qué tal estáis?

—Bastante bien para la que está cayendo —respondió Alejandro con una amplia sonrisa.

—Pues no es poco. ¿Qué os traigo?

—Dos Mary Pickford —respondió Verónica.

Fernando asintió y marchó. Alejandro estaba acostumbrado

a ser él el que pidiera la comida mientras que ella elegía las bebidas.

—¿Por qué pides siempre el Mary Pickford? Es como pedir un postre.

—No lo pide nadie. Es la medida perfecta para saber si un coctelero es bueno.

Como todos los desilusionados, Alejandro y Verónica creían pertenecer a otro mundo. Fernando, el camarero decano, les observaba desde fuera. La felicidad ajena era la mejor parte de su trabajo. Él, feliz o no, tras cinco horas de pie solo podía pensar en el bocadillo que guardaba en la mochila.

Al caer la noche entró por la puerta una mujer rubia con una gabardina. Una adulta con cara de niña exuberante, avejentada, borracha, y eufórica, se recolocaba unas gafas con montura de óptica. Eran lo único de ella que no parecía haber costado mucho dinero hacía ya demasiados años. Casi toda la clientela se giró para mirarla. El barman no le preguntó nada y le puso un chupito de mezcal. Ella brindó consigo misma y se bebió el licor de un trago. Acto seguido se puso a abrazar y a besar a la clientela como si ese fuera su bar y aquella noche la de su triunfo electoral. La música subía de volumen y la conversación ya importaba poco. Los que habían decidido tomar un par de copas habían olvidado ya su presupuesto. La mujer, de repente, se sentó junto a ellos y se dirigió a Verónica.

—Hola, mi amor, yo soy Liuba. —Le dio dos besos—. ¿Por qué no le pides a este chico tan guapo que nos invite a dos margaritas?

—Tendrán que ser dos Mary Pickford.

—Lo que queráis —Les tocó la rodilla a ambos a la vez—. Nunca os había visto por aquí.

—Hacía tiempo que no veníamos, pero como mañana nos vamos de viaje…

—¡Pero aún es pronto! Vamos a bailar algo, ¿no? —Liuba cogió a Verónica de las manos y la llevó hasta el centro del bar, donde empezó a bailar como pudo la canción que sonaba.

—Mira amor, a mí me parecéis los dos muy guapos, pero a mí solo me gustan las mujeres. Soy bisexual, pero me gustan

las mujeres. Si queréis nos vamos a un sitio que conozco aquí al lado, un hotel increíble en Vázquez de Mella, que el recepcionista es amigo mío y me deja las habitaciones por nada. Tu amigo puede mirar, ¿qué te parece?

—No estamos muy por la labor de hacer un trío ahora mismo. Es que mañana no…

—¡Que mañana ya duermes en el coche! ¿Qué tienes que perder?

—Mira, me puedes creer o no. Mañana nos vamos de viaje porque, cuando acabe este verano, el mundo tal y como lo conocemos desaparecerá.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo han contado.

—Estás loca, pero me caes bien. No loca en plan divertido, sino loca en plan que tienes que tomar medicación seguro. Venga, vamos a tomarnos esa copa.

Liuba volvió a coger a Verónica de la mano, esta vez para sentarla de nuevo en el sofá junto a Alejandro, que contemplaba a la clientela sin decir nada. Liuba dio un largo trago a su copa.

—No me suelen gustar las bebidas de colores, pero esta está bastante bien. Oye mi amor —dijo dirigiéndose a Alejandro—, que me dice tu chica que mañana os vais y que no pensáis volver. Pero mira, si pasáis por Gandía id al Coco Loco. Está lleno de niñatos, pero yo me lo paso muy bien. Hago mucho negocio allí. Decid que vais de mi parte en la puerta y luego directos a la zona vip. Allí preguntáis por Aarón; es un amigo famoso que tengo. Es muy majo, muy simpático. Conozco a sus primas. Aunque del Coco Loco lo más divertido son los lavabos. En el Coco Loco y en cualquier parte.

Liuba volvió a levantarse y se dirigió a otra pareja, no sin antes pasar junto a Fernando.

—Fernando, ponme un *gin-tonic* que este chico tan majo me invita.

Pasó un rato largo y Liuba nunca recibió ese *gin-tonic*. Pero en la cuenta estaba reflejado. Fernando sonrió al despedirse de ellos. Si no fuera por la energía de Liuba, le hubieran dicho a él lo que iba a pasar. Pero tal vez estaría bien que todo siguiera

como si nada. Al fin y al cabo, él acababa de volver de vacaciones.

El Tonidós estaba a unas pocas calles del Cock. Si en el Cock parecían estar todos los niños desaparecidos de Hamelín, era en el Tonidós donde debía de estar el propio flautista. El portero sostenía una escoba. Uno de los pianistas fumaba en el calor de agosto.

—¿Qué, barriendo la calle?

—Esto es para los apestosos.

—¿El qué?

—La gente esa enferma que no se sabe muy bien qué pasa con ellos. Les apartas con el palo y siguen de frente, como los tontos.

—Vaya tela.

El portero saludó a la pareja y les abrió la puerta. En el interior, la muchedumbre coreaba *El rey*. Encontraron sitio en un rincón mientras el resto del local parecía abarrotado. Bebieron y cantaron durante horas. Hablaron con desconocidos. Bailaron un poco. Un hombre les contó que se quería fugar a Portugal con el dinero de una primitiva que había jugado con sus compañeros de trabajo. Antes de hacerlo quería cantar Nino Bravo. Lo hizo con voz fuerte y enérgica, arrancando aplausos. Cuando se alejaba del piano empezó a toser. Cayó al suelo. Se oyó un gruñido por encima del gentío y del piano y una voz gritó desesperada.

—¡Un apestoso! ¡Es un apestoso!

Un grupo de hombres empezaron a golpearle en el suelo mientras los camareros intentaban abrirse paso. El hombre, fuera de sí y con una expresión ausente, fue expulsado del local. Caminaba gruñendo calle Almirante arriba. Los que guardaban cola para entrar al local pensaban que era un borracho más.

CAPÍTULO 4

TONADA DE LUNA LLENA

8 de agosto

Sobre el capó del Buick Electra había huellas de un cuerpo masculino.

Alguna pareja lo había utilizado para desahogarse en algún momento de la madrugada. Se movieron entre las luces amarillas y el sonido del motor hasta llegar al museo Ángel Nieto. En sus paredes abandonadas se apoyaron a liar varios porros. Era, según Alejandro, la única manera de conseguir un poco de atención de Marga, novia de Cartones, que en tiempos le había echado el tarot y que para él era la condición *sine qua non* para emprender aquel viaje. Caminaron por el parque casi desierto hasta la explanada donde, decía Alejandro, era probable que se encontraran Marga y Cartones. Pero no estaban. En el silencio de la noche, junto al planetario que decían se hundía en la tierra un par de milímetros cada año, se sentaron a esperar el amanecer.

—La verdad, era poco probable que estuvieran justo hoy, justo ahora, en este sitio. —Verónica miraba al cielo.

—Quizás no te acuerdes, pero aquel día que discutimos en otoño de 2006 diluvió. Diluvió tanto que se inundó la línea 1, o la 3. Yo qué sé: se inundó algo por Tetuán. Y pensaba que, de quererme, estarías en la plaza de Oriente esperando. Porque es donde quedamos la primera vez.

—Pero no fui.

—Pero, ¿a que recuerdas aquel día?

—Claro que me acuerdo.

—¿Qué más recuerdas de 2006?

—Creo que compartía piso.

—También es el año en el que murió Rocío Jurado, en el que se estrenó *High School Musical*, y en el que la ETA puso una

bomba en el aeropuerto de Barajas.

—Pues no me acordaba.

—Cada vez las cosas que pasan son más insignificantes. Pero te acuerdas de aquella lluvia y de todo aquello. Y estuviste a punto de ir a la plaza de Oriente.

—Sí.

—Así que quizás Marga y Cartones aparezcan.

—Y si vienen, ¿qué les decimos?

—Nada. Que queremos que ella nos eche el tarot. Pero si está borracha no le pido nada, que sólo dice tonterías.

A lo lejos se empezó a oír una voz de tenor potente y bien templada. *Nessun Dorma* rompía el silencio de la noche. Quien fuera que cantara tenía técnica, pero también talento. Y sin embargo allí estaba, cantando en un parque en la oscuridad.

Alejandro y Verónica se incorporaron para ver quién cantaba. Recortado ante los edificios estaba un hombre en pijama, bata y zapatillas, haciendo aspavientos mientras se le hinchaban las venas del cuello. Al verles recuperó fuerzas y cantó aún más alto. No conocía bien la letra. A lo lejos se oyó un murmullo. Unas cabezas se incorporaron de entre los matorrales.

—¡A ver, el Pavarotti de los cojones! ¿Por qué no dejas de cantar y me masajeas un poco los huevos?

—¡Majadero! ¡A tu puta casa! *¡Next!*

Alejandro le puso un dedo en la boca a Verónica para que no dijera nada. No le cabía duda. Eran las voces de Marta y Cartones, que ahora se incorporaban para perseguir al anónimo cantante. Una torpe persecución acababa de comenzar: el hombre en pijama corría delante de los dos aparecidos que en vano intentaban golpearle con las bolsas de los hielos. El agua saltaba por todas partes.

—¡Marga! —gritó Alejandro haciendo un altavoz con las manos.

Marga paró en seco.

—¿Pirri?

—No!¡Soy Alejandro!

—¡Alejandro, qué alegría! —Marga fue a ver de dónde venía la voz y dejó a Cartones dar dos zancadas más antes de

rendirse. El hombre en pijama aprovechó para desaparecer en la noche.

Verónica apenas les conocía, pero les notó demacrados. Sin embargo, sonreían con franqueza. Se abrazaron como solo se abrazan los parientes de los pueblos. Marga y Cartones se seguían queriendo, pero se habían convertido en espectros de lo que fueron. Un par de décadas atrás manejaban con entusiasmo y displicencia un pequeño emporio discográfico que parecía ser el más importante del mundo. La realidad se limitaba a un ático abuhardillado en la calle Espíritu Santo desde la que distribuían manualmente discos de vinilo, antes de que el CD se implantase del todo y mucho antes de que volviera el vinilo. Estaban tan a la contra de todo que se convirtieron en pobres de solemnidad. Y ahí, Marga, perdiendo la vista poco a poco por mor de una enfermedad degenerativa que nunca se cuidó. Pensó Marga que, si le faltaba la vista, era porque había adquirido otras habilidades. Fue así como se reveló como tarotista. Al principio con un libro en la mano y más delante de memoria fue desarrollando su intuición. Y, cuando se cansó, se pasó a los posos del café, porque era fácil inventarse el significado. Luego, las runas que, al ser disléxica, no le decían demasiado. Y, por último, la bola ocho, el Everest de la molicie. Cartones había sido su pareja en todo aquel proceso. A veces con cariño y a veces desde el más sincero y profundo odio. Al menos estaban vivos y podían contar todo aquello. Pero el viaje había sido en vano, puesto que Marga había perdido sus dotes adivinatorias, según ella, por haber ofendido a Dios con un aborto. Cartones asentía. Verónica no tenía claro si eran gente de dinero o si eran dos pobres diablos. Pero no estaban locos. Según contaban, lo del hombre en pijama sucedía todas las noches y los borrachos le odiaban.

—Venga, intenta ver algo. —Alejandro le insistió a Marga. Exigía una visión antes de partir.

Pero Marga se había pasado a la bola ocho. La había comprado en una tienda de trastos viejos en Torrejón de Ardoz. Allí había mucho material americano por la base aérea. El vendedor, un negro al que apodaban el Patines, le había explicado el funcionamiento. Simulaba una bola de billar, la

ocho, y en su interior había un octaedro con una respuesta escrita en cada cara. Sí, no, tal vez, muy dudoso, respuesta poco clara, no cuentes con ello, etcétera. Marga sostenía que solo había dos preguntas que se hacían en adivinación: si le gusto a esta persona y si voy a conseguir el dinero. Le sobraban cartas de tarot para responder a eso. Y, además, la bola ocho nunca se equivocaba. Cambiaba de resultado cuando cambiaba la realidad y, por tanto, el futuro. Y, sobre todo, las consultas eran más rápidas que con el tarot.

—Es como el *I Ching* pero sin llevar encima tanta cosa, lo prefiero. —Había comentado su cambio de método sin dejar de liar el porro que luego había compartido con ellos.

—Encima que venimos, Marga, no nos enseñes la bola ocho, que eso lo puede agitar hasta un tonto. Haz un esfuerzo.

—Os haré una lectura, pero de una carta. Que la tirada completa me da pereza. —Marga resopló y sacó de su riñonera una baraja de tarot que había vivido ya mucho. La barajaba mirando hacia un lado—. Cortad cuando veáis. Pero tampoco me volváis loca.

—Corta.

Movió la baraja y puso sobre el césped la carta elegida. Era la Luna.

—No me gusta la Luna —dijo Verónica con un gesto de disgusto—. Es como que somos unos inconscientes.

—Venga Marga, tira otra vez. —Esta vez fue Cartones quien la animó.

Resopló. Cortó y sacó una carta. Era la emperatriz. De sus manos resbaló otra carta. Era el ocho de copas.

—¿Y cuál es la buena? —preguntó Alejandro.

—Esto de que se caiga la carta es como el dado borracho que se queda entre el juego y la mesa. Pero como cada uno tiene sus normas en su casa, para mí que la buena es la emperatriz. No se a qué titi vais a conocer, pero va a ser importante. Pero es que tampoco sé si esto vale, porque lo de repetir tirada no me convence.

Los ojos de Verónica no se separaron del ocho de copas. En él, un hombre vencido se alejaba en la noche dejando atrás los frutos de la fortuna. Se apoyaba en un bastón y la luz lunar le

acompañaba.

Se despidieron como si se fueran a ver al día siguiente y pensaron, sin decirse nada, que por mucho que todo el mundo ensalce sus propios méritos, el no haber acabado como aquellos dos era sobre todo cuestión de suerte.

Fueron desde allí hasta la estación sur de autobuses. Según Verónica era donde más gente extraña se concentraba de la ciudad. Estaba todo lleno de carteles de desaparecidos. Algunos de estos pasquines mostraban fotos de adolescentes que, transcurridos ya cuatro o cinco años desde su desaparición, era imposible que, de estar vivos, se parecieran en nada a las imágenes usadas por la familia. «Lleva forro polar rojo y pantalones azules y deportivas Asics». También se reunían en Méndez Álvaro chaperos, trapisondistas, lunáticos y expertos en menudeo. A veces en el mismo círculo. Cuando Verónica y Alejandro llegaron, una mujer bailaba sobre el mismo sitio arrojándose agua sobre los pies, en los que llevaba sandalias con calcetines. Según les vio se giró a gritarles.

—A joder a la cama. ¡Marranos! —La ignoraron y fueron hasta la máquina de refrescos. Cogieron un refresco y se lo bebieron en un par de tragos. Aún faltaban un par de horas para el amanecer.

—¿Es necesario que vengamos a este sitio? Me deprime —preguntó Alejandro.

—¿Cómo te puede deprimir? Mira todo esto. —Verónica extendió su mano señalando a la mujer de las sandalias, al círculo de chaperos ociosos, a los ancianos serranos llenos de bolsas y a la cola de rumanos subiéndose al bus que les alejaría por fin de España. Ella abría los ojos extasiada. Recorrieron todas las tiendas y compraron el *¡Hola!* En portada se anunciaba una entrevista con Tamara Falcó: «Rezo cada día para que esta enfermedad acabe». Querían saber si hablaba de algo que le pasaba a ella, del Brote, o de alguna otra cosa.

—Estoy pensando —dijo Verónica— que si de verdad uno de cada tres españoles es hijo de Julio Iglesias, tampoco pasa nada porque nos muramos todos. Estoy calculando cuánto esperma de Julio Iglesias haría falta para engendrar millones de españoles y tampoco me salen las cuentas, así que la clave

debe estar en la cocaína, supongo.

—Es una imagen asquerosa, Verónica.

—Es lo primero que piensa uno cuando viene a estos sitios.

Antes de entrar en la E-90 vieron a un grupo de chavales golpeando lo que parecían ser dos infectados. Alejandro pensó que se trataba de Magda y Cartones, pero no le dijo nada a Verónica, que se había dormido en el asiento del copiloto. Comieron en Brihuega porque había un museo de miniaturas de un hipnotizador llamado Profesor Max. Les parecía inexplicable la idea de la hipnosis por teléfono, pero no indagaron. Caminando por el pueblo llegaron al cementerio, donde alguien había estado removiendo tumbas. Cogieron una calavera llena de tierra y moho. La dejaron en el salpicadero y continuaron rumbo a Belchite.

—Más que un pueblo fantasma es un imán de colgados… Vienen mucho de *Cuarto Milenio*.

—¿Y a todos les sobreviene una experiencia sobrenatural?

—Como para que no te venga.

Pararon el coche a las afueras y callejearon cuando el sol estaba más alto. Fachadas derruidas, muros agujereados por la metralla, tejados hundidos y zarzas. Comieron algunas moras. Después se quedaron dormidos en el coche. Habían pasado una noche muy larga y estaban cansados. El sopor tranquilo del verano les hacía escuchar su propia respiración, aun dormidos, acompasada. Unos golpes en el cristal les sobresaltaron. Una mujer de prominente dentadura y gafas de pasta les pedía que bajaran la ventanilla. Alejandro, aún medio dormido, subió una de las últimas manivelas manuales del mundo para hablar con la mujer. La ropa que llevaba le era familiar. Era parecida a un hábito.

—Que les va a dar a ustedes una insolación. Que a quién se le ocurre.

—Estamos en la sombra. —Alejandro no sabía si quería ser antipático o agradecido.

—Pues también es verdad. —La mujer se dio media vuelta y caminó unos pasos, pero enseguida volvió.

—¿Y qué hacen ustedes en Belchite, que está encantado?

—Pues echar la siesta.

—Nosotras hemos venido a rezar.

—Pues muy bien.

Salieron de entre las calles cinco mujeres más, todas de más de sesenta años. Vestidas con los mismos hábitos, con medias y zapatillas ortopédicas de plástico. Verónica, que aún se hacía la dormida, entreabría un ojo para observarlas.

Nadie le había preguntado a aquella mujer que a qué habían ido ellas a Belchite, pero estaba claro que ella se lo quería contar. A Alejandro no le quedó más remedio que salir del coche y estirarse. Beber un trago de agua y hablar con aquella compañía de la tercera edad espectral.

—¿Son ustedes pareja? —Alejandro miró a Verónica, que volvió a hacerse la dormida. Y sin que le diera tiempo a responder, la mujer volvió a hablar—. Nosotras somos un grupo de antiguas alumnas del colegio Stella Maris, que no se si lo conocerá usted. Y llevábamos sin vernos ¡uy!, ni se sabe. Pero con esto de los apestosos nos hemos vuelto a reunir. ¿Usted los ha visto?

—Hemos visto unos cuantos, sí.

—Es que para no verlos. Dan un asco. Huelen como han vivido. —La mujer cogía del antebrazo a Alejandro para darle énfasis a su opinión—. Nosotras es que esas cosas ya no. No nos gustan nada. Que ya estamos mayores, ¿verdad? Y mira, nos hemos juntado las seis y hemos alquilado un minibús que lo conduce el marido de mi sobrina, que estaba en paro y le dije, mira vente, vente que este trabajito te va a venir muy bien. Y ahora Chowi, que así llamamos al marido de mi sobrina, nos lleva de viaje. ¿A dónde van ustedes?

—A Zaragoza. —Alejandro pensó que era mejor no decirle toda la verdad.

—Pues muy bien. No compre adoquines que no se acaban nunca. Mejor un caramelo normal, ¿verdad? Además, cerca del Pilar no hay apestosos. En realidad, están lejos de las iglesias. Eso son las vocaciones. Apenas hay vocaciones ya. La gente joven es que solo piensa en divertirse, en salir… y, claro, los conventos vacíos. Y si nadie reza, los muertos se levantan. Lo dice la Biblia. Lo dice seguro la Biblia. Así que nosotras nos hemos juntado y, aunque no estamos como para meternos a

monjas, vamos cantando por las ciudades, que es otra manera de rezar. El que canta, su mal espanta, ¿verdad? —Diciendo esto le apretaba aún más fuerte el antebrazo. Se fijó en que la mujer llevaba bastantes pulseras que en otro tiempo debieron ser una extensión de su vanidad.

—¿Conoce usted Archena?

—No he estado nunca en Murcia ni en ningún lugar que se le parezca. Y ustedes, ¿son un coro?

—No. Hemos traído flautas porque más o menos nos acordamos. Sabemos tocar alguna cosilla.

—No las he oído antes.

—Pues será porque usted no escucha.

La mujer le soltó y le miró fijamente. Alejandro se dio cuenta de que las otras cinco mujeres, una de ellas con un parche, le miraban atentas, sosteniendo la flauta nerviosas. No sabía a dónde quería ir aquella mujer con la conversación, pero le había bastado de momento. Con la excusa de visitar el Pilar se despidió de ellas.

—Dense prisa, que cierra en una hora.

Verónica lo había escuchado todo.

—¿Vamos a pasar por el Pilar?

—Ni de coña.

Según se alejaban de Belchite escucharon a lo lejos, ejecutado con torpeza por un grupo de flauta dulce, el *Romance del conde Olinos,* y aquello les heló la sangre. No volverían a reírse de un programa de parapsicología ni de un grupo de *heavy metal* jamás.

Vanitatis

¿QUÉ FUE DE LOS MUSLOS DE TELECINCO?

Alegraban las cenas de los españoles en los primeros noventa y provocaron alguna que otra desavenencia conyugal. Eran bailarinas, sí, pero también eran modelos y jóvenes llamativas que robaban la atención de personajes de la época como Bigote Arrocet, Emilio Aragón, Nieves Herrero, o Catherine Fulop. No había programa que no contase con su correspondiente cuerpo de baile ligero de ropa. Mucho antes de que el feminismo campase a sus anchas, la televisión recibía con alegría los

colores y las sonrisas de unas chicas que no por desconocidas dejaron de ser parte de nuestro imaginario. La semana pasada, la prensa gráfica se sorprendió ante la imagen de la elegante pareja de Francisco Laína, que no es otra que Carmen, conocida como la «morenaza» de Lazarov. Su nombre completo es María del Carmen Ramal, y dejó el modelaje al convertirse en pareja de Francisco Laína. Elegante y distinguida, lució un diseño exclusivo de Balmain con pendientes de Chus Burés. María del Carmen se ha volcado de lleno en las obras sociales y es profesora de medicación en un exclusivo retiro en Formentera.

CAPÍTULO 5

LA MANDANGA

Barcelona. 9 de agosto

Al mediodía, Verónica y Alejandro estaban tomando el aperitivo en el Cosmos, donde, despreocupada, la Barcelona menos turística iba y venía del baño en grupos de tres y, solo a veces, de uno en uno. Una pareja de jóvenes con barba y camisas floreadas repetía una y otra vez el mantra transmitido de forma oral de una escuela de diseño a otra.

—Este es el bar auténtico de viejo. El bar de toda la vida.

—Nada gentrificado. El *Eixample* es lo peor.

Miraban al camarero como si fuera un mono tití en las jaulas del zoo y levantaban la caña de cerveza sonriendo a la pareja en la que se veían reflejados: Alejandro y Verónica.

—Pero Alejandro, salúdales, qué te cuesta.

—Me parecen unos gilipollas.

—No les conoces de nada.

—Con esas camisas solo pueden ser unos gilipollas.

Pero los presuntos gilipollas se acercaron a preguntarles por una sala de cine.

—¿Sabéis si pilla muy lejos el Phenomena?

—*No spanish, dude*.

Uno de los jóvenes miró a Alejandro con enfado.

—Tu camiseta está en español.

—*Really?*

—Pone «Fútbol, patria, y bakalao».

—Pero es que no hablo español, atontao.

La pareja volvió a su sitio y no dejó de mirarles con mala cara. Verónica estaba algo molesta y ladeaba la cabeza. Pero, acostumbrada a las manías de Alejandro, no dijo nada. Lo mejor sería abandonar aquel sitio cuanto antes.

Antes de visitar a Alejandro, Verónica había pasado por una

peluquería del centro de Madrid regentada por una mujer que gustaba de hacer preguntas a sus escasos clientes y, en caso de que no respondieran como ella quería, les golpeaba con el peine como si fueran alumnos poco aplicados. Aquella mujer, llamada como su negocio (Manoli), le había recomendado vivamente visitar el hotel Barragana, en la calle Sant Ramon. Decía que lo regentaba «una mojama con pinta de putilla barata que fuma tanto que no tiene cáncer porque Dios es muy generoso con las malas personas» y que era, además, gran amiga suya. El hotel Barragana resultó ser una pensión en un cuarto piso sin ascensor. Arrastraron sus maletas por las escaleras de madera cóncavas, estrechas. Olía a gallinero y se oía discutir a una pareja a lo lejos. Una voz desde el patio gritaba «¡Bernardeeeeete! ¡Que te voy a dar lo tuuuuuyo!». Para gestiones con personajes periféricos solía ser más resolutivo Alejandro. Verónica sólo era capaz de interactuar con un tipo muy determinado de personas. Si había que negociar, ella no iba a ser capaz.

El timbre estaba roto, así que aporrearon la puerta.

—¡Está abierto!

—No, no está abierto.

—Que síiiii.

Alejandro intentó empujar y oyó una llave al otro lado. Un ojo arrugado y pintado de azul celeste les miraba desde el otro lado.

—Es que si dejo abierto entra cualquiera. —La mujer regresó a un mostrador de madera mientras ellos entraban con algo de equipaje.

—Hola. Manoli nos ha recomendado este hostal.

—No se quién es.

—Manoli, la peluquera.

—Ni idea.

Verónica miró a Alejandro, el único capaz de hacerse cargo. Se fijó en los objetos del mostrador en busca de algo que pudiera hacerle congraciarse con aquella mujer que ya estaba leyendo una revista. Divisó una foto en blanco y negro en la que una joven posaba estilo Sara Montiel.

—Me recuerda a Sara Montiel. —Alejandro, tomando el

marco en sus manos, pensaba que esa joven podría haber sido considerada guapa en un entorno rural, reducido, y quizás amañado. La mujer, al oírle, se mostró interesada.

—¿Conocéis Canencia? —Ellos negaron con la cabeza—. Canencia es un pueblo de la sierra de Madrid. Muy bonito. Impresionante de bonito. Unas rutas… Hay unas rutas para los que os gusta andar que no las hay en ningún otro sitio. En ninguno. Pérez de Tudela se las pateaba todas. Pues ahí, en Canencia, estuve viviendo unos años con mi madre. Esta foto es en las fiestas del pueblo. Como ella era andaluza me quiso vestir como en la película *Sueño de Andalucía,* ¿conocéis *Sueño de Andalucía?* —Volvieron a negar con la cabeza—. Una película preciosa. Todo color, alegría. Como Andalucía cuando no hay turistas. Todo alegría. Gané el concurso, pero mi madre no quiso que me dedicara a actuar porque decía que eso era para putas y vividores. Bueno, ¿qué queríais?

—Una habitación para dos, por favor. —Verónica no quería, ni por asomo, dormir separada de Alejandro en ese entramado de puertas cerradas que se veían por el pasillo.

—¿Sois españoles?

—Sí.

La mujer se levantó y cogió una llave. Andaba arrastrando los pies, y murmuraba cosas sobre los extranjeros. En su perorata, los moros eran mala gente, pero se duchaban. Los sudamericanos eran vagos. Los drogadictos eran respetables, porque sus madres sufrían mucho, y las prostitutas eran unas listas. Lo decía en un tono que no dejaba entrever admiración o desprecio. Parecía una aseveración. En la escala del odio de la Pensión Barragana el escalafón más bajo parecía estar ocupado por los homosexuales. Mientras atravesaban el cuarto de baño común, que permanecía anegado en agua turbia desde hacía días, la mujer paró en seco y se giró hacia ellos.

—Ya es hora de que se vaya todo a tomar por culo. Todo lleno de moros, de maricones, de putas. ¿A quién era que conocíais?

—A Manoli, la peluquera de Madrid.

—Ni idea. Bueno, os hago un descuento si me pagáis ahora. Con tarjeta mejor no. Yo a los bancos ni agua.

Les abrió la puerta de una habitación minúscula, fría, con dos camas gemelas pegadas a una ventana mal aislada y, tras recomendarles encarecidamente echar el pestillo de noche y no dejar nada a la vista, se marchó arrastrando los pies de nuevo. Por el patio interior al que daba la habitación se oía un loro graznar. Echaron una siesta y se prometieron trazar un plan para aquel viaje. Quizás era oportunidad de algo, de lo que fuera. Y como tal había que verla. Verónica consideraba que malgastar el dinero en los peores momentos daba buena suerte porque era un acto suicida y generoso. Alejandro pensaba que siempre había que pasarlo bien, sobre todo cuando las cosas se ponían en contra. Querían huir de Castilla y querían huir de Barcelona. En Castilla solo había gente rígida y en Barcelona turistas en chanclas. Querían estar cerca del mar. Si el fin del mundo llegaba, que fuera junto al mar. Además, en la costa se podía estar más pendiente de las palmeras. Llegaría un momento en el que el viento agitaría las palmeras, y era un privilegio no solo poder verlo, sino también saber lo que significaba. No serían los primeros en peregrinar por el mundo anunciando un cambio. Se imaginaban a sí mismos como una dupla similar a San Pablo de Tarso que, tras ser cegado por Cristo, iba convirtiendo judíos y romanos por carreteras polvorientas y poblaciones analfabetas sedientas de sangre. Quizás solo les escuchasen los desesperados. Pero es a los desesperados a los que les aguardaba el Reino de los Cielos. En este caso en particular ni siquiera estaba claro que hubiera una recompensa al final. Solo el privilegio de ser un espectador consciente.

Tras una siesta asfixiante y pegajosa bajaron a dar un paseo por la Rambla. Pese a que no hacía tanto del atentado y a que España empezaba a despuntar como un problema de salud mundial, los turistas seguían sacando fotos, bebiendo, celebrando. Era imposible acercarse a ningún lugar que recordasen, así que bajaron al Maremagnum, que era algo menos popular. Verónica recordaba aquel año en el que un colombiano se ahogó en el puerto tras empujarle al agua unos porteros de discoteca que no le dejaron pasar a un local de moda. Pero Barcelona, igual que todas las grandes urbes, teñía

su barbarie de modernidad una y otra vez para que nadie pudiera ver que, en el fondo, la lapidación era el pasatiempo más exitoso jamás inventado por el hombre. Pisando la madera del puerto pudieron escuchar algunas conversaciones. Era imposible que en un lugar como las Ramblas cupiera un apestoso. No obstante, la presencia policial había crecido mucho desde la última vez que habían visitado la ciudad. La visión de los cruceros, desde luego, no era la misma de hacía seis años. No recordaba a las mismas cosas. Una mujer caminaba delante de ellos con una maleta fucsia que, al atravesar las tablas, perdió una de sus ruedas. Alejandro se ofreció a ayudarla. La mujer, rubia oscuro, de unos cuarenta años, no pensó que Verónica fuera su pareja y se abrió a ellos tanto como puede abrirse alguien necesitado de atención en un trayecto de menos de quinientos metros. Así supieron que se llamaba Pato (de Patricia), que trabajaba de administrativa en Valladolid, que tenía un niño de diez años a cuyo padre no veía desde hacía años, y que iba a embarcar en el crucero patrocinado por la empresa Karaoke Media en el que se decidiría quién era el mejor cantante de karaoke de España.

—Es un concurso muy difícil, con mucho nivel. Hay incluso una, la que ganó hace tres años, que salió en *Tu cara me suena*. También hay mucho amiguismo porque estos se conocen unos a otros. Hay quien viaja a una ciudad y va al karaoke del sitio y no deja cantar a nadie. Yo no soy profesional, ¿eh? Y a veces me lo pienso, pero mira, tengo un niño pequeño y tampoco quiero viajar tanto. Luego es mucho de hacer la pelota y yo eso no. Yo si gano aquí bien. Si no, me llevo la experiencia. Porque al final es lo que te queda en esta vida, la experiencia. Una cosa que siempre he querido es hacer un crucero y, mira por dónde, me ha salido esto. También hay mucha gente que viene a ver el concurso y pagan sus quinientos euros o más. Y para vernos cantar. Y eso es una responsabilidad. Así que me he traído un vestido precioso, del Mango. Y luego lo que me han ido prestando, porque son siete días y yo no voy a tantas bodas. En fin, ha sido un placer hablar con vosotros. Si venís a Valladolid, pasaos por el karaoke, que yo estoy allí sobre todo los martes. Los jueves y viernes ya va mucho niñato y no es lo

mismo.

La mujer se despidió con la mano mientras cargaba, esta vez sola, su maleta en el barco. Junto a ella subían dos docenas de personas con historias similares. Todos querían asistir a un concierto en el que solo había estrellas, pero ningún espectador. Si la *Eneida* fuera una canción sobre aquel crucero, estaría cantada por Luis Miguel.

No había caído la noche cuando Verónica y Alejandro buscaban un bar auténtico en el que tomar algo. Todos los lugares que no estaban pensados para turistas estaban llenos de turistas. Los que habían sido creados *ex profeso* para viajeros también estaban llenos de turistas. Tras esperar una cola de media hora consiguieron sitio en una pequeña taberna japonesa donde, según todo el mundo, se comía el mejor *ramen* de Barcelona. Junto a ellos un grupo de lolitas intentaba no ensuciar sus vestidos. Una de ellas, con peluca gris, boina y gafas redondas, hablaba muy tranquila sobre lo que podía pasar.

—Tengo bastante claro que cuando sepa que queda poco iré desnuda y me pegaré con quien me diga algo por ir así. —Una chica rubia, delgada como los silbidos y blanca, reía tímida. Una chica morena de ojos almendrados se tapaba la boca para no dejar ver la comida—. Y de paso pintaré las paredes de mi casa como si fuera la Capilla Sixtina.

La chica morena las hizo callar. Anunciaban en la televisión el cierre de fronteras de manera preventiva. Por un momento se hizo el silencio en el bar. Cuando se vio que se trataba de un cierre de fronteras parcial y los turistas tuvieron claro que podían volver a casa se reanudó el ruido. Pero la conversación ya no era igual.

—Pues Magda, ya te puedes ir poniendo en bolas. —Las chicas estallaron en risas nerviosas y centraron su conversación en planes complicados. Verónica y Alejandro se miraron y asintieron con la cabeza. Verónica se giró hacia ellas.

—Perdonad, pero no he podido evitar escucharos. Bueno, quería que supierais que a finales de agosto se acaba el mundo. —Las chicas se miraron entre sí. La muchacha de la peluca gris habló.

—¿Y cómo lo sabes?

—Una historia rarísima.

—¿Cuándo exactamente?

—Finales de agosto, más o menos.

—¿Pero en plan de golpe?

—Más o menos.

Alejandro asintió para darle veracidad a la historia. Pagaron, se despidieron de las chicas, y salieron a la calle. En ocasiones anteriores habían querido conocer el Bagdag y no lo habían hecho. Esta era la noche perfecta, aunque nunca fuera una buena noche para pagar lo que costaba la entrada. La misma morena desnuda saludaba a los visitantes desde hacía más de tres décadas, rodeada de neón rojo y azul. Bajaron al sótano morisco de pedrería, neón y oro, y tomaron asiento.

—Yo tomaré un Mary Pickford —le dijo Verónica a la camarera.

—¿Te vale un *gin-tonic?* —Verónica asintió y Alejandro pidió otro para él. A su derecha, una despedida de universitarios con posibles descorchaba una botella de Möet. Alejandro no dijo nada, pero vio cómo uno de ellos pagaba con tarjeta de crédito. Tendría suerte si su padre no descubría aquello antes del fin del verano.

Verónica, mirando a su izquierda, vio cómo un hombre de traje y barba poblada les saludaba con la copa. Junto a él, una mujer rubia con flequillo desfilado hablaba con su móvil, haciendo aspavientos. El rostro de aquel hombre le resultaba familiar. Una cicatriz le cruzaba la cara.

Comenzó a sonar una música que quería ser exótica. Dos enormes mujeres eslavas salieron cabalgando sobre altos tacones y comenzaron a bailar en la barra. El público estaba más intrigado que excitado. La mujer rubia se había puesto unas gafas de montura invisible y le comentaba algo al hombre, haciendo gestos de desagrado. El hombre asentía como lo haría cualquiera ante una conversación sobre la receta perfecta para el cocido madrileño. Los *shows* eran acrobáticos, fríos, complejos y en suma profesionales. Los actores utilizaban preservativo y anillo. Las mujeres, lubricante. Los universitarios alternaban la charla con el estupor. El resto del

público, entrado en años, parecía hacer memoria. La camarera se les volvió a acercar.

—La pareja de allí les quiere invitar a esta ronda. —La camarera les sirvió otros dos *gin-tonic*, esta vez más elaborados. Ellos brindaron a su salud y esperaron al fin del espectáculo para ir a saludar.

—Por favor que no sean *swingers*. —Alejandro era experto en decirle cosas al oído a Verónica sin que nadie se diera cuenta.

Se sentaron en dos asientos que la pareja había dejado libres a propósito. Se presentaron con dos besos. La cara de ella les era familiar, pero también la de él. El hombre se llamaba Álvaro y su mujer Bodil. Se contaron unos a otros de dónde eran y qué hacían en Barcelona, aunque aquel hombre resuelto no parecía ser crédulo.

—Pues buena está cayendo este verano para venir a Barcelona de vacaciones. Entre el calor, los putos guiris, y los apestosos… Si es que no se puede ni caminar. ¿Y el Boadas? El Boadas antes era un sitio elegante. Es que no se puede ni entrar, hombre. Vosotros lo que tenéis que veniros es a Málaga. En Málaga está el paraíso. Eso os lo aseguro. ¿Os gusta Málaga? —Ellos asintieron—. Yo vuelvo con Bodil el mes que viene, que ahora estoy viviendo en Valdemoro. —Entonces, Alejandro se dio cuenta de quién era el hombre que tenía delante. Pero no dijo nada—. Este local está bien, pero en otras épocas ha estado mejor. Os lo digo yo. A Bodil la conocí en uno que llevaba yo en Mallorca. —La mujer asentía con orgullo—. Estas no saben bailar, al lado de lo que hacía Bodil. Esto son acrobacias, ¡bah! Un pollazo lo mete cualquiera bien cuando se es joven y la niña está rica. Pero el arte es otra cosa. Yo mataría por el arte.

—A él le encanta el arte. Vamos mucho a Arco. —Bodil tomó la palabra y dio dos tragos largos a su copa antes de seguir—. Pero a mí el arte… bueno. De joven es que la verdad yo estaba bastante bien. Pero prefería que fueran cosas cortitas. Ahora es que entre que tengo mis años y que soy creyente… Pues no. Me gusta verlo, porque siempre está bien ver un culo en su sitio.

Bodil se había presentado como esposa de Álvaro, y Álvaro se había presentado como empresario, pero estaban abriendo un mundo de posibilidades mucho más amplio del que podían ofrecer Verónica y Alejandro, aun contando con un secreto de interés para todas las personas, sin excepción. A aquella ronda le siguió otra, y al poco habían perdido la cuenta. Álvaro era generoso y, mientras que los universitarios se habían apagado al acabarse sus fondos, a esta mesa no paraban de llegar alcohol, chicas, y bandejas de galletas saladas. Bodil, a pesar de ser crítica con el espectáculo, saludaba a las chicas que venían a saludar con cariño. Ella, sin embargo, parecía admirarle sin límites. Y a él el resto de mujeres le eran indiferentes. Ambos eran estrellas caídas y como una Norma Desmond partida en dos, preferían recordar tiempos mejores. La amabilidad que mostraban con Alejandro y Verónica tenía un motivo: hacía mucho que nadie les trataba bien. Solo en aquel sótano del Rabal revestido de fantasía de una taifa en Las Vegas podían encontrar gente que les saludara sin reservas. Al salir de allí fueron a un bar cercano llamado el Café del Artista. Aun cerrando les dejaron entrar. Les habían recomendado, por su bien, que no caminaran solos por la calle en una noche como aquella. Cuando cerraban los bares era difícil distinguir a los apestosos de los simples borrachos. Bailaron y bebieron hasta hacerse de día. Bodil aprovechó que su marido repartía cocaína para todo el mundo allí reunido para apartar a Verónica.

—¿A qué habéis venido?

—De vacaciones.

—No es verdad. Lo sabéis, ¿no?

—El qué.

—Lo que sabe ya la gente.

—Sí.

—Nosotros también. Eso se sabe. Bueno, lo sabemos algunos. Este no vuelve a prisión, te lo digo. En Valdemoro no le ven más el pelo. ¿A dónde vais vosotros?

—Al sur. Queremos bajar por la costa.

—Nosotros nos vamos a las islas antes de que cierren también los puertos. Pero te digo una cosa. Yo cuando bailaba

conocí a mucha cabeza loca, mucha niña tonta. Y no hay nada peor que una chica tonta, pobre, y guapa. Esas son las que acaban peor. Algunas compañeras se quedaron sin nada, sin absolutamente nada. Y se que varias se han unido a un culto nuevo. Están por Murcia. Yo a Murcia no voy ni en un ataúd, pero vosotros no sé. Ellas se llaman las Sacerdotisas de Baal y han comprado el balneario de Archena. Son muy estrictas, pero permiten a la gente alojarse allí. Me han mandado un mail. Ellas saben algo más. A mí me toca un poco el coño, la verdad, que ya he vivido bastante. Pero si quieres ir, te apunto lo que tienes que decir cuando llegues. No se lo digáis a nadie más, ¿de acuerdo? Por cierto, tened cuidado que está empezando a aparecer gente rara de debajo de las piedras. Además, todo esto me lo ha confirmado el tarot.

Bodil le tendió un papel con una frase escrita. Verónica la miró e intentó no cambiar el gesto.

Al poco se despidieron y subieron por las calles, recién regadas, hasta llegar a la pensión.

***El mundo*. Nacional**
PILATOS A JUICIO.

Álvaro de Pilatos ha sido puesto a disposición judicial por apropiación indebida, falsificación de documentos, y adjudicación de favores a terceros a través del contrato blindado que le unía con Barcelona, Marbella, y Madrid. Se estima que el dinero evadido podría ascender a los cinco millones de euros. Álvaro de Pilatos ha entrado en prisión, aunque en principio disfrutará de permisos durante los tres primeros meses, hasta que se celebra la vista oficial.

Pilatos, casado en segundas nupcias con una estrella de cine para adultos, fue uno de los pilares del resurgir de la Marbella de los ochenta. Entre sus amistades más cercanas se contaban los Hachuel, Nakachian, Gil, y Conde, entre otros grandes nombres de los negocios. Pese a su entrada en prisión se prevé que disfrute de varios permisos durante el verano, información que su abogado ha

negado a este mismo medio.

CAPÍTULO 6

SE ME VA

10 de agosto

Entraba el sol por la ventana desde hacía horas. Verónica escuchaba una melodía entre sueños. A un volumen atronador, Bambino cantaba desde la entrada de la pensión, en un viejo radiocasete. «Se me va… Y no puedo yo ya luchar por retenerlo… Este amor que en realidad se ha ido muriendo… Y por eso de mis manos se me va…». El viento corría y las ventanas estaban abiertas. Y, por debajo, el canto desgarrado del flamenco utrerano. Verónica, en camiseta y ropa interior, se levantó de la cama donde Alejandro aún dormía. Abrió la puerta y vio un reguero de sangre en el suelo. Un cadáver con la cabeza reventada y la de Canencia, la amiga (o no) de Manoli la peluquera, con medio cuerpo asomado a la ventana. Solo entonces Verónica se dio cuenta de que el murmullo de las calles eran en realidad gritos.

—¡Que estáis jodiendo el barrio, me cago en la puta! ¡Con vuestras drogas, vuestras bolsas de basura y vuestras jeringas! ¡Que esto no puede ser! ¡Que luego os quejaréis de que si los apestosos, que si el Gobierno, que si vuestra puta madre! ¡Pues aquí no volvéis!

La mujer se volvió hacia Verónica, que la miraba horrorizada.

—Ah, que seguís dormidos. Menuda melopea traíais esta mañana. Anda, largaos de aquí antes de que os pegue un tiro también a vosotros. Salid por la plaza, que estoy en la ventana que da a la calle. Los tiros los pego desde aquí, que pasa más gente.

Verónica corrió a la habitación, despertó a Alejandro, y recogieron sus cosas en una exhalación. La mujer les deseó suerte antes de seguir disparando, ya al azar, por la ventana.

Bambino sonaba aún a lo lejos, compitiendo contra el ruido de las sirenas.

Llegaron a Sitges con el alma encogida y la canción de Bambino grabada en el cerebro. Cogieron una habitación en el apartahotel del puerto y pusieron las noticias para ver si hablaban del tiroteo en la calle Sant Ramon. Apenas era un apunte breve entre otras cosas: miembro de la oposición anuncia que dará a luz gemelos junto a su novia, legionarios visitan niños enfermos de cáncer, gente en manga corta habla en el telediario, médico del Gregorio Marañón pide calma porque cada asesinato, cada homicidio y cada accidente pudiera derivar en más cadáveres caminantes. Varios colectivos resultan ofendidos por sus palabras. Joven con cigarro en la oreja defiende a médico: «Hombre, tronco, si se te va a ir, que se te hubiera ido antes. Que es que éramos pocos y parió la abuela joder. ¿Se puede decir "joder" en la tele? Hostia, tío, pues ya lo he dicho». La conexión vuelve al plató y el presentador da paso a los deportes: el Real Madrid juega un partido para concienciar sobre el Brote, a favor de la asociación Ni un enfermo sin sonrisa. Empresarios advierten de venta fraudulenta de entradas para el encuentro. Verónica apagó la televisión y, juntos, abandonaron el apartamento.

—¿Tú crees que esto es para tanto? —Verónica se probaba un vestido para ir al pueblo y no miraba a Alejandro, que no sabía si le preguntaba a él o si hablaba para si—. Imagínate. Mi tía hizo un mundo del divorcio de mi prima. Pero solo era un divorcio. ¿Crees que a la gente ahí fuera le importa?

—Les importará si se encuentra una cura y cuesta dinero.

Verónica miró sus deportivas blancas; se dio cuenta de que tenían una mancha de sangre.

—A lo mejor estamos todos enfermos —dijo en un susurro mientras abrochaba los cordones.

Pasando junto al cementerio, un chico fotografiaba a su novio tapándose la boca con una mano y señalando con la otra la inscripción en el vano de la entrada. *Mortui: Resurgent* estaba escrito en letras rojas. Bajaron por la cuesta hablando del calor que hacía. Eran las siete de la tarde y habían dormido mal. Soplaba la calima a sus pies. Delante de ellos un anciano

caminaba con dificultad, ayudado de un bastón. Dos adolescentes practicaban con el monopatín. Al pasar junto a ellos, el anciano intentó morder a uno de ellos, pero este le golpeó con la tabla.

—¡Hostia, tío, un apestoso! —El amigo saltó y empujó al anciano al suelo, que mostró su rostro demacrado y sus ojos rojos como la piel del diablo. Gruñía boca arriba, sin poder incorporarse.

—¡Llama a la policía!

—Pero, ¿para qué? Este ya no se mueve.

—Me da pena tío. Ahí boca arriba con el sol.

—¡Que no es un escarabajo! ¡Que me ha intentado morder, tronco!

Los chicos decidieron darle la vuelta al anciano y ponerlo boca abajo. Aunque tampoco se podía incorporar, al menos no intentaría morder a nadie. Con un ritmo más vivo que Verónica y Alejandro, les sobrepasaron sin mirar atrás.

—Me da pena, chaval. Me recuerda a mi abuelo.

—No se parece en nada. Todos los viejos te recuerdan a tu abuelo. Los viejos son como los bebés, que no se parecen a nadie, solo a otros viejos.

El anciano siguió gruñendo y arañando el suelo. Verónica y Alejandro eligieron un sitio de pasta para comer. Las terrazas estaban mucho más despejadas que de costumbre, aunque varios grupos nutridos de bañistas comían bocadillos por el pueblo. En la televisión daban programas con los momentos más impactantes del año. Uno de ellos era una cantante intentando responder a una pregunta sobre mitología griega. «No es *Jason y los Argonautas,* Marta. ¡Es Jasón! *¡Jasón y los Argonautas!»* Marta se llevaba las manos a la cara como una profesional, sin tocar el maquillaje. Con la manicura francesa recién hecha. Esas imágenes correspondían a enero. Un político de nuevo cuño con gafas diminutas, profesor universitario, explicaba lo que eran los zombis. «Un zombi lleva las tripas por fuera. Es una metáfora del capitalismo, del liberalismo salvaje que vivimos».

—Ese tío le dio clase a una amiga mía. Estaba siempre detrás de las alumnas, y se decía que tenía una polla

descomunal. Es perturbador.

—Es lo único que le queda a alguien con esa cara de gilipollas: ser pollón.

En Sitges había más apestosos de lo habitual. Reptaban buscando quizás la soledad, quizás la sombra. Verónica pidió una botella de lambrusco y la bebieron copa a copa, con el labio superior empapado en sudor y limpiándose la frente de cuando en cuando mientras el sol cambiaba de posición. Las axilas se les empapaban. Cambiaban de postura para no rozar una pierna contra otra. Verónica ya tenía algunas rozaduras en los muslos. Alejandro, gracias a su férrea voluntad de no llevar pantalón corto bajo ninguna circunstancia, sufría unas erupciones en las ingles producto del sudor atrapado. Unas gotas se materializaban en la espalda y bajaban por la columna vertebral. Los camareros se pasaban un pañuelo por el rostro. Cuando pidieron la cuenta, sopló un aire fresco que les hizo sentir un escalofrío. Al subir la cuesta vieron una mancha de sangre donde había estado el anciano. Una niña hacía equilibrismos en las tumbas del cementerio y corrió a esconderse cuando la vieron. El cielo azul se recortaba contra un mar aún rojo cuando llegaron al puerto y decidieron ir a Pachá. Un portero sostenía un remo y miraba hacia los lados esperando la ocasión de poder usarlo; se veía la ilusión reflejada en sus ojos. En la pista bailaban tres hombres con pantalones cortos al ritmo de la canción *Sálvame*. La coreografía era sencilla y estaba coordinada. Debían de pedir la canción a menudo. Alejandro y Verónica pidieron un par de *gin-tonics* y comenzaron a bailar hasta que empezaron los ritmos latinos, en los que ni el alcohol pudo ayudarles. Los jóvenes, para entonces, ya copaban la pista. Una veintena de escalones separaba el siglo XXI del siglo XX, en el que seguían sonando Madonna, Whigfield, y Mónica Naranjo. Alejandro se ausentó para ir al baño y, según cruzó la puerta, al lado de Verónica apareció un hombre de negro rubio, fibroso, y con grandes ojos azules que, sin embargo, no era guapo.

—Vosotros sí que sabéis bailar —dijo el hombre con voz rota.

Verónica le miró con extrañeza.

—Yo te conozco. ¿Eres Rodolfo Magadán?

—¿Me parezco?

—Eres tú, ¿verdad?

Alejandro saludó cauteloso, tomando a Verónica de la cintura. Rodolfo le saludó a él también. A pesar de que no tenían ganas de hablar con nadie, Rodolfo Magadán era uno de los cómicos favoritos de ambos. Verónica no tenía edad para haber visto sus actuaciones en el *Un, dos, tres,* pero sí para conocer las leyendas sobre su caída en desgracia. Según se decía, Rodolfo había ido a una recepción en el Palacio de la Zarzuela junto a otros rostros de la televisión de la época. Coincidió con el anuncio del alcalde de Madrid de invertir más de un billón de pesetas en una reforma integral que nunca terminaría. Pero, además, coincidió con la luna de miel de la mayor de las infantas, con lo que la familia real sufrió un desajuste que llevó a que la infanta fuera sustituida por María de las Mercedes. Mientras que otros personajes decidieron hablar de Sevilla, de los toros, y de la boda, Rodolfo Magadán tuvo a bien contarle el chiste de los coches de choque. Aunque fue un momento tenso, Rodolfo quiso explicar que no había sido a mala fe.

Esa noche, la fiesta siguió en el Caripén y Rodolfo decidió explicarle al monarca el chiste en detalle: si una silla de ruedas es metálica, tiene sentido que sea un vehículo más que apto para ser usado en unos autos de choque. Rodolfo sufrió un acoso y derribo dentro de los muros del ente, pero la mano salvadora de un alto mando del mundo de la comedia le tuvo a salvo. En octubre de ese año, coincidiendo con la muerte de Kiko Ledgard, Rodolfo Magadán fue expulsado del reparto de *Hostal Royal Manzanares* pese a haberse anunciado varias veces su participación. Nunca se supo exactamente si aquello era cierto, pero, como pudieron comprobar esa misma noche, era creíble que Rodolfo Magadán le hubiera dicho cualquier barbaridad al rey en aquella recepción o en cualquier otro sitio.

—Le decía a la chica que bailáis muy bien. Por cierto, soy Rodolfo, encantado. —Le tendió la mano a Alejandro y este se la estrechó. Verónica le dio dos besos—. ¿De vacaciones por

Sitges? No os pega nada. Pero a mí tampoco, ¿verdad?

—Estamos de paso.

—¿Y quién no? Esto se nos va de las manos. —Pidió un chupito de *whisky* y se lo bebió de un trago. Pidió otra ronda, esta vez para los tres—. Yo tenía un bolo aquí, en un bar espantoso. Me he ido.

—¿Muy bruto el público? —Alejandro hizo un esfuerzo y se bebió el *whisky* de un trago.

—Cualquier cosa es mejor que un crucero, pero yo estas *cutradas,* no. Esto, no. ¿Queréis que os escancie un *rayusco?* —Verónica y Alejandro se miraron—. Que si queréis un tirito. Está bastante bien. Me lo ha pasado un garrulo local.

—La verdad es que estamos cansados. Anoche salimos y esta mañana nos hemos levantado deprisa y tal.

—Los apestosos, ¿verdad?

—Bueno… casi. Un tiroteo. En el hostal en el que estábamos.

—Es que no me extraña que a la gente se le vaya. El turismo es lo peor que tenemos. Antes vivíamos del campo. Pescando. Matándonos por dos metros de terruño. Pero no estamos preparados para el turismo. Somos, ¿cómo te diría yo? Nosotros somos como los antiguos egipcios, ¿vale? Que estás ahí haciendo así. —Imitó la postura de una figura humana en un jeroglífico sin soltar el tercer chupito, ya vacío—. Por el desierto y, de repente, llegan, macho, llegan los extraterrestres, y nada, te plantan una pirámide, así. Pues así nos ha pasado a nosotros con el turismo. Porque a ellos les dejaron las pirámides, las operaciones de cataratas, y vete a saber qué mas. Pero a nosotros nada. Vienen aquí con cangrejeras sin dar explicaciones y ¡hala!, a pedir sangría. Que nos volvemos locos porque no entendemos nada. Y en Sitges ni te digo. Con el festival este, todos los gordos vestidos de zombis. ¡Vístete ahora de zombi, gilipollas! Anda que… ¿Seguro que no queréis drogas? Tengo las mejores.

CAPÍTULO 7

SÁLVAME, SOY UN NÁUFRAGO

Benicarló. 11 de agosto

Ellos se disculparon de nuevo y marcharon al hotel sopesando el paralelismo entre los extraterrestres y los suecos, que les hizo mucha gracia hasta que escucharon un golpe seco y unos gritos. Un inglés acababa de golpearse contra el bordillo de la piscina al saltar desde el balcón. Medio cuerpo colgaba en el agua aún. Un amigo suyo gritaba en la piscina mientras otros dos mantenían una pierna fuera del balcón.

—*Holy shit! Is he dead?*

El cuerpo quebrado y pecoso, ensangrentado y enredado como la corona de espino, se retorció sobre si mismo y emitió un gruñido. Una trenza de vísceras, sangre y carne se lanzó a la piscina y atacó al chico que se bañaba. Alejandro corrió a por el palo que se usaba para recoger los insectos y apartó el cuerpo mientras la piscina, aún iluminada, se teñía de grana. El chico salió y se fue corriendo sin más.

—*Man, this is going to be bigger than the faggot whining over Britney Spears!*

Nadie tenía claro cómo acabar con un resucitado sin llegar al extremo de la incineración o del despiece. Así que Alejandro lo ató con una manguera. Los chicos se habían metido de nuevo a su habitación y hablaban a voces.

Verónica había entrado en el hotel y traducía a uno de los jóvenes, cuyo acento era demasiado cerrado para el recepcionista.

—Dice que quiere que les devuelvan el dinero, porque han sido atacados.

—Pero si el muy anormal ha saltado a la piscina.

—Ya. Si ya. Yo solo estoy traduciendo.

—Dile a este energúmeno que voy a llamar a mi jefe. Pero

voy a llamar a la policía y este tío se va a cagar. Vamos, como que me llamo Manuel. Mejor… dile que sí, que mande un fax, que luego ya me limpio el culo con él.

Verónica dio por terminada su labor. La mancha de la zapatilla había desaparecido. En su lugar había unas pequeñas salpicaduras de sangre en el vestido. Ya en la habitación se tumbaron encima de la cama sin cambiarse siquiera. Fuera como fuere, el silencio se había hecho por fin. Y era peor que ninguna otra cosa. Verónica cerraba los ojos y creía oír pasos y gruñidos. Aquellos gruñidos no eran como los de las películas. Se parecían más a un ronquido entrecortado. Y empezaba a tenerlos grabados en el cerebro. Y ya habían pasado los primeros diez días del mes. A la muerte, pensó, le da igual cómo de bien o mal te tomes las cosas. Se acerca a cada segundo que pasa.

—Alejandro —dijo—. ¿Y si toda nuestra vida es una película de terror? ¿Por qué no dejamos de correr y dejamos que nos coja el asesino? ¿No es más fácil así?

Pero Alejandro ya soñaba.

Llegaron a la estación de trenes de Benicarló-Peñíscola antes de la hora de comer. Alejandro tenía que ir al baño. No le gustaba ir fuera de casa, pero se estaba empezando a acostumbrar a hacerlo. En el aire se movía un hedor intenso. Entraron en la cafetería de la estación, donde las máquinas cantaban «premio» y se apoyaron junto a las tazas de café blancas y melladas. *Donuts* y cruasanes esperaban su hora detrás un cristal.

—¿Qué os pongo?

—Dos vermuts de grifo, por favor. —Verónica se sentó con dificultad en un taburete alto mientras Alejandro corría al lavabo. No pudo evitar torcer el gesto.

—El olor viene de la fábrica de jabón. Ahora la gente piensa que es por los apestosos. Pero esto es así. Aunque hay olores peores.

Un parroquiano con una palomita de anís miraba la tele. El camarero subió el volumen. Unos ingleses habían subido a YouTube un vídeo que había alcanzado en pocas horas diez millones de visionados, solo por debajo de un acto benéfico en

el que Donald Trump había cantado la canción *Chandelier*. En el vídeo se veía a un joven saltando a una piscina. El siguiente en saltar se estrellaba contra el bordillo para convertirse, unos segundos después, en un agresivo volován de vísceras y alcohol. El programa destacaba las reacciones de algunas personas en Twitter. Una mesa de expertos se disponía a hablar en el canal 24 horas, pero, antes de eso, la portavoz del Gobierno pedía calma. «Lo voy a expresar de manera sencilla: no es para tanto. No hay motivo para suspender la actividad normal y este año en el que la ocupación hotelera había superado el 90 % no hay que dejarse llevar por la histeria. La causa del Brote es de origen bacteriano o neurológico. En cualquier caso, está causado por algo tan chiquitito que, si se cae de la mesa, se mata. Lo que no puede ser es que la oposición lo aproveche para intentar desestabilizar a la población. Los españoles no somos tan torpes de caer en esas provocaciones y el Gobierno está trabajando duramente para que las vacaciones sean tan disfrutables como cualquier otro año. Pedimos mucha prudencia ahora que las fronteras están cerradas de manera preventiva». La comparecencia dio pie a unos consejos elaborados conjuntamente por DGT, Guardia Civil, y Seprona. Un gráfico mostraba a una mujer de mediana edad con falda de tubo, blusa, y media melena, caminando por un entorno urbano. Sobre la pantalla iban mostrándose las directrices:

1. No ponerse en peligro mortal para evitar extender el Brote.
2. Ir siempre con un objeto alargado.
3. No automedicarse.
4. Usar una gorra para protegerse del sol.
5. No deambular en soledad para evitar ser confundido con un enfermo del Brote.
6. No dejar solos a los ancianos ni a la gente con depresión.
7. Desplazarse en grupos.
8. No extender información falsa por Internet.
9. Hacer ruido o llevar música alta para disuadir a posibles infectados.
10. En caso de encontrarse cara a cara con un infectado,

mantener la calma y esperar a que lleguen los cuerpos de seguridad del Estado.

Como consejo adicional se mencionaba poner siempre un contacto con las siglas AA delante para, en caso de infección, poder avisar a la familia. Las cuatro personas del bar miraba la televisión con cara de incredulidad.

—Que usemos gorra dice… —El camarero le puso a Verónica un vaso de cristal rayado con un hielo que ya estaba derritiéndose—. Y esa no estará ni en España.

—Que los ricos tienen todos un búnker por si pasan estas cosas. Un búnker que lo pagamos todos los españoles.

—¿Uno para todos?

—No hombre. Cada uno el suyo. Si a estos no les pasa la hipoteca el banco cada mes, como a ti y como a mí. A estos no.

—Si es que son todos el mismo perro con distinto collar, ¿a que sí? —Verónica asintió dando un trago al vermut—. Y vosotros, ¿de dónde sois?

—De Madrid —dijo Alejandro.

—Pues os podíais haber cogido julio de vacaciones, porque mira la que se ha *montao*. Aunque los trenes vienen más o menos como siempre. Un poco menos de gente, pero tampoco es para tanto. Pero ahora con la mierda esta del Internet van a pensar que somos Zambia.

—Nosotros estábamos en el hotel cuando cayó el chico a la piscina. —Verónica, por algún motivo, se sentía a gusto en aquel bar.

—¿Y cómo fue?

—Pues como en el vídeo. Los chicos bastante imbéciles. Querían reclamar.

—Esto es como todo: si no se tiran a la piscina desde el balcón, no pasa.

—Eso es verdad.

—¿Por aquí hay muchos apestosos? —Alejandro quería estirar las piernas lejos del bullicio.

—No muchos, pero yo he visto algunos rondando por las huertas. Yo que vosotros, iba en coche. No sea que os veáis luego que no podáis salir. Son lentos, pero te puedes ver en un problema. Y la gente no se anda planteando si esto se cura o

no. Te atropellan, te pegan un tiro, o te prenden fuego. Ya verás como encuentren la cura dentro de una semana. Más de uno se arrepiente. Y más de dos acaban aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid…

En el coche, Alejandro le pidió a Verónica que pusiera música. Inspirada por la noche anterior y queriendo olvidar la experiencia de la piscina, puso la canción de Bibi Andersen. Pese a que iban muy despacio por temor a estropear los bajos del coche con el camino de tierra, la música les hacía sentirse un poco más seguros. Cuando llegaron a una zona diáfana bajaron del coche a estirar las piernas. El olor y el calor convertían el aire en una papilla agria y densa. Verónica intentó tocarse las puntas de los pies con las yemas de los dedos, pero no llegó siquiera al tobillo. Hacía mucho que no hacía deporte. Alejandro se contentó con sacudir las piernas, quitarse los zapatos y los calcetines y, así, airearse los pies. Divisó a una mujer de mediana edad despeinada, con camiseta blanca y algo en la mano que les hacía gestos.

—¡Oyes, vosotros! —La mujer, por los gestos, parecía querer que se acercaran ellos. Pero eso, en aquellos tiempos, era arriesgado. Claudicó y fue ella quien se acercó. En la mano llevaba una bolsa de plástico que le marcaba los dedos con su peso—. ¿Sois de la zona?

—No, no somos de por aquí.— Alejandro la vio moverse con dificultad. Su camiseta, bordada con damasquinados baratos, brillaba con pobreza y hedor.

—Pero tenéis coche, ¿no? —Ninguno respondió. No les apetecía sumar a nadie al viaje—. Mi marido está ahí, cargando las maletas. Nos vamos ahora para cruzar la frontera por Francia, que dicen que se puede. El caso es que tenemos naranjas para aburrir. Y nos da pena tirarlas. Es por si las queréis.

—Ah, pues muchas gracias. Me encantan las naranjas. —Alejandro miró la bolsa. Por el peso debía contener unos tres kilos de naranjas recogidas a mano.

—Es que no podemos más. Entre el calor y los apestosos. Yo creo que la gente resucita del bochorno que hace. Esto es que esto es insoportable, de verdad. Insoportable. Y encima en

vacaciones. Que tenemos una niña de seis años y no veas la guerra que da. Pues nada, que han anulado el campamento, que no pueden garantizar la seguridad de los menores. ¿Y para eso pago impuestos? ¿Pues no nos tenemos que llevar a la niña a Bayona? —Se dirigió a Verónica de repente—. ¿Tú tienes hijos? No. Eres muy jovencita. Pues ya verás, ya, cuando te toque. Que esto es que lo silencian. Que llega el verano y no tienes qué hacer. Nosotros vivimos ahí, en esa casa… —Señaló un chalet sin encanto unos metros por debajo de donde estaban, en el que brillaba con luz propia una piscina de obra que Alejandro vio como si fuera un oasis en el desierto—. Pero nos vamos ya. Antes de que cierren la frontera. Mi hermana vive en Bayona. Se casó con un cantamañanas que trabaja o trabajaba en Pescanova. Ganaba dinero y se compraron una casa allí. No sé si hay apestosos, pero aunque sea solo por el fresco, nos vamos. Y es que tirar tanta fruta da pena.

—Pues es usted muy amable. —Alejandro le estrechó la mano esperando terminar con el monólogo de la mujer.

A lo lejos se oyó un chillido, seguramente de la niña. La mujer se volvió, furiosa.

—¡Elena! ¡Que te he dicho que no metas los pies en el barro, que te pones perdida! ¿Crees que me gusta pasarme el día poniendo lavadoras para la señorita? —La mujer se fue sin despedirse y se escuchó una discusión entre ella y el que seguramente era su marido.

Alejandro puso música en el coche para no escucharlos. Verónica se abanicaba con un catálogo de congelados Tritón que venía dentro de la bolsa.

—¿Piensas lo mismo que yo? —Alejandro asintió.

Esperaron apoyados en la escasa sombra que proyectaba el coche mientras aquella familia cargaba fardos en el monovolumen cada vez más hundido. En un momento dado arrancaron y se fueron para no volver jamás. Alejandro apagó la música. Solo se escuchaban las chicharras. Llegaron a la puerta del chalet y miraron alrededor. No había nadie. No les costó romper el candado gracias al equipamiento de la ferretería del Mastuerzo y el Jorobado. Nada más entrar, un lamento les alertó. Un perro atado a una caseta de uralita

lloraba por el calor. Verónica le puso agua de la piscina en una maceta que él bebió con más convencimiento con el que comulga un reo camino de la muerte. Alejandro probó lo más evidente y, en efecto, una copia de la llave se encontraba debajo de la alfombra. Con el perro en brazos pasaron al interior de la casa. En la cocina, un mantel de hule de vichí con dibujos de melocotones acogía un bosque de cercos de café con leche. El azúcar se había quedado pegajoso. Olía a ajo y cebolla. Alejandro abrió la puerta de la nevera y suspiró aliviado al notar el fresco. También olía a apio y a yogur rancio. El perro, viejo y con los ojos hundidos, subía a las piernas de Verónica.

—¿Cómo le llamamos?

—Pirracas.

—No, que es nombre de gato.

—Pues Sultán.

—Pobrecito. Me gusta.

Sultán correteaba por la casa haciendo un ruido que parecía un llanto. Le sacaron algo de comer.

—¿Por qué le habrán dejado aquí? —Se preguntaba Alejandro.

—Con tanta naranja no había sitio para él en el coche. —Verónica acariciaba las orejas de Sultán y Alejandro temía por el futuro de aquella repentina amistad, pero no dijo nada. Había conocido a Verónica lo suficiente en el pasado como para saber que, de pasarle algo al perro, sería mejor que dejar claro que era muy difícil que se pudieran hacer cargo de él en los días que quedaban.

Aseguraron la verja de nuevo con vientos. Exploraron la casa y la nevera. Había congelados para varias semanas. La familia exiliada parecía apreciar mucho los sanjacobos y los *surfers* de merluza. El agua del grifo salía terrosa y alcalina. Por suerte, en el sótano había varias botellas de vino en un amplio garaje en el que también había una tele de tubo catódico, un sofá, el Juegos Reunidos, el Cluedo, y un futbolín lleno de telarañas. No entraron en el cuarto de la niña. Desde las ventanas vieron que la zona parecía desierta. No debían de haber sido los únicos en huir. Vieron a un par de apestosos

deambulando por la zona, pero eran especialmente lentos. Decidieron quedarse allí un par de días intentando no llamar la atención. Echaron las persianas casi al completo y no encendían más luces que las del sótano. Se bañaron en la piscina verdosa con Sultán, que seguía a Verónica a todas partes. Intentaron hacer uso del Juegos Reunidos pero no sabían cómo funcionaba ninguno de sus minijuegos. Al Cluedo le faltaban fichas y el Monopoly tenía una caja que no llegaba a las cien mil pesetas. Por la noche veían las noticias, pero no parecía suceder nada importante. Las fronteras estaban cortadas y en los aviones solo podían regresar extranjeros que hubieran pasado un sencillo examen médico. Pero no todo era tristeza: una tienda de ropa *vintage* en Madrid había puesto, en pleno agosto, al cincuenta por ciento una amplia selección de lo que la dueña llamaba *refugee chic*. «Nosotros proponemos colores neutros, una gama de grises apagada, la gasa, el descosido, la zapa currada, los conjuntos asimétricos, el maxibolso, que vuelva el maxibolso… Prendas con vuelo, pero fáciles de llevar, la clásica gorra de barrio, rollo Beastie Boys. Queremos hacer un cruce entre el refugiado que hemos visto de toda la vida en las noticias y el *swag* más actual. Tenemos referencias, qué te puedo decir, que van desde el montañero más clásico hasta las propuestas más pop de Harajuku. Y bueno, si este no es buen momento para llevarlo, ¿cuándo lo va a ser? La moda tiene que ser divertida». Tras decir esta frase, la chica esperaba a que anunciasen el corte en unos segundos que fueron eternos. Respiraba fuertemente. Llevaba mitones y un poncho azul. Por fin dieron paso a los deportes. Alejandro apagó la tele y pusieron el poco Cardhu que quedaba en el minibar de la familia. Se quedaron dormidos con el viento fresco de la noche que se llevó, por fin, el olor de la fábrica de jabón. Fue su tercera noche en aquella casa, y también la última.

Lecturas

Rodolfo Magadán, herido leve en una corrida de toros.

No fue en la arena, sino en las gradas. Rodolfo Magadán, rostro habitual de la televisión, tuvo que

ser expulsado de la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla por un altercado con un hombre que le acusó de quemarle la camisa a propósito con las pavesas de un puro. Rodolfo se encaró con él y, finalmente, Seguridad tuvo que reducirle. Ahora se enfrenta a una pena de tres días de arresto domiciliario y a pagar una multa de 70 € por daños y perjuicios.

CAPÍTULO 8

OUR LAST SUMMER

Peñíscola. 14 de agosto

Los ladridos de Sultán despertaron a Verónica. No estaba ya con ellos en el sofá. Siempre se levantaba antes que Alejandro, que podía dormir en casi cualquier circunstancia. Cuando fue a tomar al perro en sus brazos, este arañó la puerta. Verónica imaginó que quizás la familia estaba de vuelta, en cuyo caso solo podría usarle para justificar aquel allanamiento de morada. Con sumo cuidado fue a la cocina cogiendo a Sultán en brazos, que gruñía aún. Miró por la ventana y descubrió que una docena de apestosos empujaban la verja del chalet. Era cuestión de tiempo que la echasen abajo. Corrió a despertar a Alejandro.

—Era el olor. El olor de la fábrica era lo que les alejaba. Cógelo todo. Nos vamos.

Una vez más, corrieron sin mirar atrás, metiendo sus cosas apresuradamente en la mochila. Cuando iban a cerrar la puerta del coche, Sultán dio un salto. No les dio tiempo a llamarle cuando le vieron pelear con un apestoso que había entrado ya a la propiedad. Verónica intentó golpearle con una pala, pero llevaba demasiado tiempo sin comer y arrancó la cabeza del perro de un mordisco. Esta cayó al suelo y salpicó su cara de sangre.

—¡Corre! ¡Cierra la puerta!

Verónica chillaba mientras se intentaba quitar la sangre con la falda.

—¡No chilles! ¡Que no te entre sangre en la boca!

Alejandro echó el coche atrás mientras el apestoso golpeaba las ventanas.

—A tomar por culo la carrocería del Buick.

Pisó el acelerador a fondo tirando la verja y con ella a

varios apestosos. Encallados entre los hierros y la carne, Alejandro repetía la maniobra una y otra vez.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Me cago en todo! ¡Mierda!

Por fin salieron de allí. Sin tiempo para ponerse el cinturón, Verónica se golpeó la cara contra el salpicadero. Gritó fuerte. Las piedras del camino les hacían botar. Pero los apestosos estaban cada vez más lejos.

Pasaron por más chalets, pequeñas huertas, alguna peluquería de señora y colmados cerrados. Toda la zona estaba abandonada.

—Tenemos una televisión de mierda que solo cuenta tonterías. —Alejandro intentaba no llorar porque Verónica se tapaba la boca con la mano mientras esta se empapaba con sus lágrimas—. Hemos sido muy confiados, pero no te preocupes. Hemos perdido a Sultán, pero piensa que nos ha salvado la vida.

—Se me ha partido un diente. —Verónica mostró su sonrisa ahora mellada en una boca llena de sangre.

—No te preocupes. Casi no se nota.

Se hizo el silencio. Alejandro cogió la mano de Verónica. En todo el trayecto solo la soltó para cambiar de marcha.

Pasaron por una gasolinera a las afueras de Peñíscola. El capó estaba abollado y la carrocería rayada. El muchacho que atendía salió al ver el coche.

—¿Os han tendido una emboscada?

—No. Es que llovían zombis. —Alejandro no tenía ganas de hablar.

El muchacho entendió que necesitaban quizás algo de atención y les lavó el coche con esmero.

—Este coche no se ve todos los días. Tiene pinta de costar un huevo.

También dejó que Verónica usara el baño de los empleados, no sin antes decirle que era mejor quemar aquella ropa.

Cuando salió del baño, ya cambiada, Alejandro le explicaba al chico lo que había pasado mientras este le daba un trago de licor.

—Es que no se puede confiar en la tele, tío. Ni en la radio, ni en la prensa. Cuentan lo que les sale de la polla. Si cuentan

que de repente en la zona esta hay un foco, pues cunde el pánico. Y ahora que no se puede salir del país, figúrate el caos.

—¡Pero si no podemos estar peor! —Verónica se incorporó a la conversación tendiéndole la ropa al chico dentro de una bolsa.

—Dicen que esto es una especie de lepra mezclada con peste negra y rabia. Una cepa muy potente.

—Echo de menos a los ummitas en tu teoría.

—¿Eh?

—Que tienes toda la razón.

—Claro que la tengo. Yo me pongo todo el rato una emisora que ha salido por la red. —El chico no había entendido el tono sarcástico de Alejandro—. Se llama Radio dementes de la experiencia y dan un boletín cada hora con noticias que manda la peña. Lo está escuchando mucha gente. Yo, trabajando aquí, lo necesito, porque si me pasa algo como a vosotros es que estoy solo. El jefe encima me ha dado todo agosto a mí. Anda que no sabe el cabrón. En la radio esta que os digo también habla gente muy lista, que sabe mucho. Cuentan movidas muy interesantes. Y luego también ponen música guapa. Y llama la gente y la pasan a antena a que cuente sus cosas. Gente de todo tipo. Unos más fachas que la cabra de la Legión y otros de estos guarros que te los imaginas con el palestino todo el día. El otro día entró en antena uno que yo creo que era el tío este que sale en la serie de *Acacias*.

—Javier Bardem. —Alejandro ya estaba nervioso y tenía ganas de irse.

—Ese. Pues contó ahí sus experiencias en el plató, que por lo visto mordieron a un figurante y estaban todos ahí vestidos de época dándose de hostias. Una movida. Y bueno, que llama gente de todo tipo y de todas partes. Y ellos no dicen desde dónde emiten, pero yo creo que desde un supermercado, que se escucha todo el rato la canción esa que se te mete en la oreja y no se va.

Aunque Alejandro ya había decidido que el chico le caía mal, este les regaló una caja de tortas de anís que devoraron antes de llegar a Peñíscola, donde Verónica tuvo que parar de nuevo a vomitar. En el paseo marítimo, la gente no le prestaba

atención. Pero una voz les llamó.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Los madrileños! —Desde un chiringuito, un brazo se movía con entusiasmo. Era Rodolfo Magadán, que ahora tenía la nariz quemada—. ¡Que tengo una ración de chopitos que no va a desaparecer sola! ¿Os venís a comer?

No había fan de Rodolfo Magadán que, una vez superada la timidez, no se hubiera arrepentido de acercarse a pedir una foto. Rodolfo era un hombre que quería agradar y que no aceptaba un no por respuesta. Sobre todo, cuando había habido tóxicos de por medio. Además de la historia del patinazo en Zarzuela y el Carpién, se hablaba de denuncias por peleas de bar, de un desagradable incidente en el despacho de Victoria Prego, de una escalada de insultos en un cumpleaños de Cristina Piaget, y de varias novias hartas de no salir ni en el *Pronto*. Pudo ser todo a la vez o no haber sido ninguna de aquellas cosas, pero Rodolfo Magadán había sido catapultado al extrarradio del humor, y este extrarradio se producía precisamente en provincias, donde él había recorrido todos los bares existentes. Su fama estaba prácticamente agotada. Su corazón latía a veces deprisa y a veces casi por compromiso; cuando tosía, el aire parecía abrirse paso desde los mismos bronquios, y el iris de sus ojos estaba apagado, mate. Sus córneas tenían ya el color de sus dientes y estaba delgado porque el alcohol le desnutría a cambio de destruirle. Rodolfo Magadán era ese consumidor que consideraba que el camello era su amigo y también el que organizaba los *afters* en su casa. Por eso no le quedaban ni amigos, ni muebles, ni dinero. Aun así, tenía ánimo para invitar a chopitos y ensaladilla rusa en primera línea de playa.

Y, pese a eso, Rodolfo apenas hablaba. Así que Verónica decidió romper el hielo.

—Oye, cuando presentabas *Analfabia*… ¿de quién fue la idea del mono Mondonguete?

—¡Puf!, fue idea mía. Me estuve tirando a una chavala muy guapa, muy yonqui de la época, que quería ser actriz. Actriz quería ser, la tía. Guapa, rubia. Una melena rubia y rizada y encima *heavy* como el viento. Que la había visto en la Canci años atrás y era una belleza de tía, un pepino de hembra. Pero

no tenía dotes de actriz y siempre estaba colocada. Y encima yo acababa de cortar con la loca esta, Patricia Pantoja. Así que se nos ocurrió la idea de un mono que perseguía a los niños, que cantaban mal… y, bueno, pues esta chica se quedó contenta y Patricia no se quejó.

—Una amiga mía fue concursante de *Analfabia*. ¿La recuerdas?

—Pasaron muchos niños por allí. ¿Cantaba bien o mal? Si cantaba bien a lo mejor me acuerdo, por lo exótico.

—Cantaba normal. Es una que cantó *Pescador de hombres*.

—El caso es que me suena. ¿Cómo se llamaba?

—Erika.

—Me suena. Pero hace tanto tiempo… Pero si tu amiga salió en lo de Mondongo, entonces erais muy pequeñas. Pero si el Alberto este es un viejales, ¿qué haces con él?

—Me llamo Alejandro.

—Eso. Alejandro, perdona. Pues que eres un viejo, Alejandro. Que eres de mi quinta por lo menos.

—Me gustaba mucho *Analfabia*. Era un programa muy diferente.

—Pero es que Patricia tenía una pinta de puta la jodía…

—Sí, pero molaba cuando salía vestida de cuero.

—No veas. Todo el equipo palote. Hasta el regidor. Yo creo que por eso aguantó tanto. Por las pajas de los padres.

—Oye, ¿qué es lo de Mondongo?

—Era un mono —Verónica abría los ojos encantada al recordarlo—, que estaba encerrado en una jaula con barrotes llenos de enredadera. Salía un niño a cantar y, cuando desafinaba demasiado, Mondongo se liberaba y le perseguía con un palo. Y, según recuerdo, no había ni siquiera premio. El premio era que no te pegara aquel mono. Y muchos niños lloraban porque la verdad es que, el mono, algo de miedo daba. Y las luces cambiaban cuando salía de la jaula. Si un vídeo de eso llegase a 4chan seguro que lo petaba.

—Raro es que no llegue a 4chan lo que está pasando aquí.

—¿Qué es 4chan? —Rodolfo estaba callado, pero se interesaba por todo.

—Un foro donde todo el mundo es anónimo. Allí nació el

movimiento Anonymous, de allí salió The Fappening (aquella cosa de las famosas en pelotas) y es, básicamente, la cloaca de Internet. A lo mejor ya están hablando de esto.

—La verdad es que yo creo que va a ser el último verano. —Alejandro y Verónica se giraron hacia él.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Yo pienso que en algún momento de tu vida se te acaban los veranos. Y a nosotros se nos han acabado. No sé si habrá para otras personas. Para nosotros, desde luego, no. Voy a pedir otra ración de croquetas.

—La amiga de Verónica, la que fue al programa… se apareció hace unos meses. Le dijo a Verónica que todo acabaría cuando el viento agitase las palmeras.

—Si es que a ese programa solo iban niños raros… ¿Tu amiga ganó la bici de *cross?*

—Bueno, era la época de la *mountain bike*.

—Ah… las vacas gordas… Chicos —dijo cambiando de tema —, hay un karaoke debajo de mi hotel. ¿Nos tomamos luego algo? Suele estar animado. Y si no, tampoco importa. Las copas de importación salen bien de precio si pillas el dos por uno.

El karaoke estaba debajo del segundo hotel más bonito en la primera línea de playa, y el ambiente era relajado: un grupo de disminuidos psíquicos formado por cinco chavales —como les llamaba la monitora— y una mujer ancha, rubia, con gafas marrones y rectangulares que les animaba a subir a cantar. De los chavales, solo dos parecían autónomos. Los otros elegían las canciones del catálogo, aunque luego se quedaban callados en el escenario mientras la monitora, en pie, les animaba a cantar. La luz de colores rebotaba sobre una bola de espejos. El chico que ponía las canciones también ponía las copas y miraba con displicencia a todos los que se subían. Este empleado, además, tenía a una amiga en la barra, y cuando programaba dos o tres canciones, volvía allí a hablar con la amiga en un volumen superior al de los cantantes.

—Jefe, ponme un *whisky* solo y a estos señores lo que quieran. —Rodolfo había apuntado en el papel del karaoke el nombre de la canción que quería cantar.

En ese momento salió en la pantalla el nombre del siguiente

cantante: Celina. Una chica que había estado en los sillones del fondo junto con su novio, y que no tendría más de 18 años, subió al escenario. Tenía la nariz grande, las caderas anchas, y un encanto frágil que también tenía su novio, un cuerpo desganado y flexible que se colocaba el pelo, ya demasiado largo, tras las orejas. En el vídeo, una pareja hacía ejercicio en chándal y en el siguiente plano aparecían montando en bicicleta, para acabar paseando de la mano. La canción era *Jueves,* de La Oreja de Van Gogh.

—Esta canción se la dedico a Jero, que es mi chico, que está ahí sentado. Que es muy tímido. —La monitora aplaudió, pero nadie continuó. Rodolfo escuchó con atención a la chica imitar el estilo, las pausas y las cadencias. Se acercó a Verónica para susurrar a su oído.

—¿Pero esto no va del 11M?

—Sí.

—¿Y por qué se la dedica entonces a su novio?

Verónica se encogió de hombros. La canción terminó y siguieron más aplausos. El plasma anunció el turno de Rodolfo, y también el título de su canción: *Litros de alcohol,* que cantó con la misma actitud desprendida que recordaba tanto a Eugenio, el humorista, y que a él le había dado en su momento la fama. La monitora le reconoció e instó a sus tutelados a bailar la canción. Verónica se había fijado en la pareja: el chico se había levantado con esfuerzo sobre unas muletas. Le faltaba una pierna. Fue a pedir una copa con la soltura propia de los cojos con solera, y llevó dos chupitos hasta su novia. La monitora se levantó y fue hacia Rodolfo.

—Oye, ¿te cantarías una con los chavales

—Claro que sí, hermosa. ¿Cómo te llamas?

—Esmeralda.

—Venga, Esmeralda. Lo que tú quieras, pero que yo me la sepa, ¿vale?

Esmeralda fue a pedir una canción con un fuerte acento murciano. La pareja volvió al sofá. Esmeralda cogió el micrófono y se dirigió al público, ya en confianza, cogiendo a Rodolfo por la cintura.

—Rodolfo y yo vamos a interpretar este clásico inmortal de

Duncan Dhu para todos vosotros… *¡Chiquilla!*

La pantalla anunciaba el tema de Seguridad Social con la mosca pixelada de la empresa creadora de la versión. Solo Rodolfo cantaba sin perder de vista su vaso aguado. Esmeralda movía las caderas de forma sensual mientras bailaba con dificultad moviendo sus botas de flecos. Y así, entre canciones que nadie reconoce escuchar, este grupo humano que solo se podría haber encontrado en un karaoke fue escapando de otra noche de silencio.

El chico del karaoke anunció la última canción y Esmeralda, alarmada, se dio cuenta de la hora. Los chicos estaban agotados y algo desorientados. No estaban acostumbrados a acostarse tan tarde. Cuando abandonaron el local, la pareja adolescente compartía un kebab en un banco del paseo marítimo. Rodolfo paró a observarles.

—Miradles. Cuando eres joven no importa cómo seas porque todo lo que haces es poético. Y cuando te haces mayor, todo lo que haces resulta patético. Qué suerte tienen de no ir a vivir mucho más. Ahí están, en un banco roñoso comiendo la basura de los *moracos*. Qué afortunados son. —Se acercó a ellos y les dejó una pequeña bolsa blanca del tamaño de una uña—. Por si queréis daros una fiesta, chavales. Niña, has cantado muy bien.

Y volviéndose hacia Alejandro y Verónica les arrojó un manojo de llaves.

—Esto es para que durmáis esta noche en el hotel. Está bien. Pero desconectad la nevera, que mete un ruido de la hostia.

—¿Y tú?

—Amigo, yo tengo algo que hacer. Tengo deudas que pagar.

Sacó unas esposas del bolsillo trasero y se las puso a sí mismo.

—Esto me lo regaló una chavala de Sabadell que era gótica y le gustaba hacer teatrillos para follar. A ver si hoy le saco partido. La habitación está pagada. Como dijo el Solitario: ¡salud, españoles!

Rodolfo se alejó sin que nadie moviera un dedo. Sus pasos retumbaban en los edificios silenciosos. El mar rompía contra la playa y el encaje de espuma, al retirarse, dejaba escuchar a

Rodolfo a lo lejos, cantando.

—«Y dejaré mi equipaje a un lado… y llevaré bien abiertas las manos… y el corazón lleno de sol… somos ciudadanos de un mundo… que necesita el vuelo de una paloma…»

Había dejado de retumbar contra los hoteles semivacíos el cantar de Rodolfo cuando Verónica y Alejandro subían a la habitación que él les había dejado. Buscaron en los cajones. Dos gramos de cocaína y algo de marihuana. Fumaron un porro y bebieron el *whisky* que había abierto en el suelo mientras veían la televisión. Verónica cayó rendida mientras Alejandro se hacía una paja. En un canal local ponían anuncios de negocios de la zona, pero en la esquina inferior se proyectaba algo de porno blando. Por la factura, podría haber sido rodado en algún momento indeterminado entre 1983 y aquel mismo día.

—Hazte las pajas que quieras, pero no muevas toda la cama, que quiero dormir. —Verónica no dijo más. El día estaba llegando.

VERTELE

Yaiza rechaza a Pipé como pretendiente y entra Aarón.

Parece que las insinuaciones de Pipé sobre la doble vida de Yaiza no le han sentado bien a la de Calatayud. La *tronista* ha reaccionado violentamente a las insinuaciones que decían que ella acude a los reservados de los futbolistas para conocer a capitanes de equipos, y ante la petición de Pipé de que se someta al polígrafo, ella se ha negado, provocando la expulsión del pretendiente. La opción del público para la repesca ha sido Aarón, que obtuvo muchos votos en la anterior final. Aarón ha trabajado en logística y está completamente abierto al amor y a lo que surja. Así es él.

CAPÍTULO 9

THE DEVIL SENT YOU TO LAREDO

Gandía. 15 de agosto

Ya no se veía el castillo de Peñíscola cuando las Baccara anunciaron el comienzo del boletín informativo de Radio dementes de la experiencia.

—Buenas tardes, inconmensurable panda de hijos de puta… Estas eran las Baccara. ¿Qué pinta nadie en Laredo? Pues ni puta idea. Tampoco sé dónde está. Pero bueno, para los que os hayáis despertado ahora de la mona, vamos con el boletín informativo y, por favor, no nos petéis más el Twitter con lo de que no se nos coge bien por la radio. Que esto lo emitimos por Internet, que no tenemos antena, joder, que hay que explicarlo todos los putos días. En fin. Que sepáis que todos los garrulos de la costa van a estar en Gandía hoy, lo cual no es ninguna novedad, pero es que además hay encierros con apestosos. Para los que os perdisteis los sanfermines. Nos estáis escribiendo y llamando muchos para darnos la matraca con que lo de los encierros de apestosos no está bien y que si los toros, que si Fran Rivera, que si su puta madre. A ver: que nos limitamos a informar. Antes ha llamado un nota diciendo que en vez de encierros habría que hacer una *ouija*. Pero es que darse cuenta de que, aunque esté muriendo mucha gente, la mayoría son gilipollas. Porque bien que os parecía todo el mundo gilipollas hace un mes, y ahora que estáis en plan sensible nos venís en plan «¡ay, ay!, que nos dan pena los apestosos». Pues mira, es que nadie va a hacer la *ouija* para hablar con esta gente. Quita, quita.

»—Vale. Repetimos: encierro de apestosos contra garrulos hoy en Gandía a las 17:00. Ahí, bien de fresquito.

Verónica miró a Alejandro ilusionada.

—¿Vamos?

—Yo no tengo prisa por llegar a Calpe. Venga. Además, ¿no nos dijo aquella tía del Cock que era relaciones del Cocoloco o algo así? ¿Cómo se llamaba? ¿Lidia, Lorena?

Bajaron en una gasolinera a comprar helados y el *¡Hola!* En sus páginas nadie hablaba de muertes o infecciones. Sin embargo, había un reportaje de la hija de Joana Bonaret, periodista y empresaria del mundo de la moda, viajando a Ghana para ayudar a los más desfavorecidos.

Gandía respiraba vida y también alcohol. Frente a unos edificios de apartamentos, en el carrer de Camp de Morvedre, se habían instalado unas vallas y bajo el título «Encierros discoteca Vetonia», un DJ pinchaba un sinsentido de éxitos veraniegos. Alejandro, con una mente más mercantil, se dio cuenta de que la mayoría de los mozos llevaban una camiseta reciclada de algún otro encierro: un toro ciclado y con gafas de sol llevaba una camiseta en la que ponía «Gandía». En una impresión a todas luces posterior habían colocado la confusa expresión «verano apestoso» en tonos flúor. Sin embargo, Alejandro no mencionó nada al respecto. No lo consideró importante; se acercó a un puesto a pedir dos vasos de litro de sangría. Mientras hablaban llevando los vasos, el líquido se vertía sobre él con el movimiento. Cuando encontraron sitio en las vallas tenían los dedos pringosos. El DJ daba instrucciones por megafonía, pero nadie parecía escuchar. Sin embargo, los mozos se fueron arremolinando en torno a un camión. La música cambió a un pasodoble y se abrieron las puertas traseras.

Un rebaño de penosos y avejentados muertos vivientes salía del interior deslumbrado, desorientado, hambriento. Apestaban a ropa sin lavar, a vino viejo, azufre, acetona, urea. Unos treinta de ellos se movía con dificultad persiguiendo a unos jóvenes henchidos de soberbia y alcohol. Un chico con una peluca afro y gafas de sol deportivas daba tragos de una botella de *whisky* y lo escupía al rostro de lo que fue una pareja de mediana edad. Bailaba sobre una pierna e imitaba un aspersor. Tres jóvenes blancos y pecosos imitaban las poses de una competición de halterofilia mientras se tomaban fotos. Otro muchacho, con un brazo tatuado por completo, había tomado

a un niño muerto de no más de cuatro años como rehén. Le enseñaba una herida en el codo —probablemente provocada tras rascarse una picadura de mosquito— y le animaba a caminar hacia él. El niño caminaba con torpeza, tocando mecánicamente una riñonera plateada que, sin duda, era de algún adulto. Perseguía al borracho como quien perseguía una pelota que nadie le quería devolver. Gruñía y lloraba. Algunos corrían, pero era inútil. El avance era lento y fúnebre. El público había dejado de mirar en su mayoría tras sacar varias fotos.

—Esto no tiene nada que ver con los toros. Los toros son mucho más bonitos. Esto no tiene ni gracia ni arte ni tiene nada. —Una pareja se quejaba del espectáculo en voz alta.

Una mujer fondona con un pijama raído y uno de sus enormes pechos al aire caminaba con dificultad sobre unas zapatillas ortopédicas que probablemente le hacían daño aún estando viva. Un treintañero calvo de piel seca y dura golpeaba su rostro con una sandalia de playa instándola a caminar más deprisa.

—Venga, apestosa, a que no me coges, cacho puta. —Un treintañero grueso se bajaba los pantalones—. Mira mi polla. Mira qué gorda. Pues *toa pa* ti si me alcanzas. *Toa pa* ti.

Verónica advirtió algo en lo que no había pensado. Una figura que habría tenido unos catorce años, desnuda, con pecho aún en crecimiento y rodillas enclenques, se retorcía con el calor y con un ojo a medio cerrar. Probablemente había sido convertida desnuda y en plena menstruación. Unos abundantes coágulos de sangre negra se reblandecían con el sol y con la fricción volvían a sangrar. Una virgen desnuda avanzaba más deprisa según su sangre menstrual, al sol, se licuaba como si fuera el milagro de Civitavecchia, buscando algún tipo de explicación para aquel ruido que, al parecer les enloquecía a todos.

La organización estaba algo nerviosa: era obvio que no tenían permiso de ningún tipo y que, dada la lentitud del encierro, podrían tener problemas. Quizás nadie había pensado en el después. En el fin de fiesta. Bajaron la música, pero siguió sonando por encima cada anuncio que precedía al siguiente

pasodoble. El local organizador no había pagado ninguna plataforma de pago y una crema hidratante se anunciaba cada pocos minutos. Sonaba *El gato montés* cuando un muchacho más fibroso que los demás decidió caminar sobre las palmas de sus manos. Fue aplaudido y halagado, cosa que le dio confianza. En plena exhibición, tocó con la mano un cristal y cayó herido. Ese momento fue aprovechado por la mujer del pecho descubierto para lanzarse sobre su pierna. Le arrancó la zapatilla antes de hacerse con sus huesos metatarsianos de un solo mordisco, que salpicó de sangre a todos los que registraban el evento. Los chillidos y la sangre animaron a todos los reos y aceleraron el paso. No corrían. Iban al mismo ritmo que lleva una madre cuando ha perdido la paciencia y corre a abofetear a su hijo. El joven equilibrista yacía gritando mientras varios apestoso le devoraban, los ojos y las orejas aún vivos. El niño que lloraba arrancó su lengua y comenzó la transformación. El encierro se tornó serio y solemne. La música subió y fue a ritmo de *Marcial, eres el más grande* que bajaron toda la calle hasta llegar a la arena improvisada. Ahí, los mozos se encaramaron como pudieron al Pulpo loco, la atracción de feria parada que iba a ser el equivalente a la barrera. Los jóvenes, borrachos y perlados de sudor y tierra, trepaban por los coches y los brazos del pulpo. Pisaban las caras de Dora, la exploradora e Iker Casillas huyendo de un peligro que ya percibían como real. Un grupo de mozos, quizás más experimentados en linchamientos, apareció con palos, palas, segadoras de césped y radiales dispuestos a acabar con la agonía de aquellos que, días antes, habían sido sus congéneres. La reacción del público no era entusiasta. Parecían aterrados. Pero el local invitó a todos los que quisieran a una michelada o agua de Valencia gratuita, así que, al caer la tarde, la gente bebía, charlaba, y bailaba. Al inicio de la zona del encierro, un empleado empujaba con una escoba el torso vacío del muchacho equilibrista. Al moverlo, cayó del bolsillo de su camisa un vale descuento para el Burger King. El empleado lo miró y lo guardó en su cartera. Porque, como le había dicho su madre, la ocasión la pintan calva.

Camino de una terraza, Verónica vomitó en un alcorque. Al fin

y al cabo, no habían llegado a pasar la resaca. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se volvió hacia Alejandro.

—Creo que no hicimos bien en dejar marchar a Rodolfo.

—Parecía muy seguro de lo que hacía.

—Tú también parecías muy seguro cuando pediste la canción de Mónica Naranjo y mira cómo salió.

Alejandro se quedó pensando y no respondió. Comieron una ración de sepia en silencio, una sepia aguada y con ajo abundante, chiclosa y poco tostada. Estaban agotados. Pero nada les podía alejar del Coco loco, así que fueron a un colmado a comprar unas latas de bebida energética. Unos chicos musculosos con camiseta de tirantes hacían cola delante de ellos para comprarlas. La calima estaba allí y todos se movían soñolientos. El aire del colmado era irrespirable. Olía a jengibre en polvo y un ventilador empujaba el aire caliente de un lado a otro. Un niño al mando de la tienda veía una serie china con subtítulos. El frigorífico despedía calor. El congelador despedía calor. La televisión desprendía calor y en la calle había aún juego, aunque iba cayendo la tarde. Verónica se animó a ducharse desnuda en la playa y Alejandro la siguió. Se secaron desnudos en la arena y luego se pusieron ropa limpia, pero arrugada. Cuando dieron las once decidieron que era un buen momento para dirigirse al Coco loco. Verónica iba pensando en el nombre de la chica: Liuba, Liuba, Liuba, Liuba.

Como no habían hecho gasto en hotel la noche anterior, decidieron pedir una botella. Eso les daría acceso al reservado. El ambiente de la pista les era ajeno, y allí, al menos estarían sentados. Encargaron dos botellas de champán. A Alejandro, cuanto más popular era la discoteca, más cara le gustaba que fuera la bebida. No hizo falta decir el nombre de Liuba; la discoteca no era especialmente elitista. Los clientes llevaban gorras hacia atrás, camisetas de tirantes, y sortijas en abundancia. El calzado deportivo era lo que distinguía aquel local de los que había en la playa. También se notaba que el precio era muy superior a lo que era común en Gandía. La clientela era algo más comedida que en los bares de las inmediaciones. Las chicas se habían pintado ojos de pantera y

los chicos se habían hecho un rapado de futbolista. El reservado olía a lejía y a limpiador con efecto brisa marina. No eran muchos, pero desde luego era más cómodo que la pista. Los bajos sonaban a tal volumen que saturaban los propios altavoces. Verónica cayó en la cuenta de que no habían sacado ni una sola foto de todo aquello. ¿Qué huida se saldaba sin una imagen para la posteridad? Aunque en este caso nadie fuera a contemplarla, llegaron a la conclusión de que, de tener una fotografía, mejor que fuera de principios de mes y no de finales. Ambos odiaban las fotos de amigos en las que los platos estaban manchados de migas y los vasos terminados. Este era el momento. Gandía, el Coco Loco.

Le pidieron a un chico de la mesa contigua que les sacara la foto. El chico se sentó junto a ellos, enfocó el móvil hacia los tres, y disparó mientras hacía un gesto de aprobación con la mano. Se quedaron mirándole.

—Ah, ¿pero no queríais foto conmigo?

—En realidad queríamos una foto de nosotros dos. —Verónica volvió a darle el móvil y él disparó tres fotos. En una tenían la cabeza cortada. En otra, Alejandro tenía los ojos cerrados, y en la tercera, estaban desenfocados. Tardaron días en darse cuenta.

—Es que como me piden muchas fotos… Es que soy *tronista*. Puede que os suene por eso.

—No nos suenas. —Alejandro respondió por los dos.

—Pues todo dios me conoce, tío. —Le tendió la mano—. Me llamo Aarón. Paro mucho por aquí.

Aarón era, en efecto, un personaje de la periferia televisiva. Había trabajado en la sección de fuentes y jardines del Ayuntamiento de Madrid, pero un desengaño amoroso le había convertido en un asiduo de las discotecas del centro. Así fue como, borracho, se presentó a Míster Gay Madrid un año en el que había tan pocos participantes que los organizadores fueron preguntando por discotecas fuera del ambiente para encontrar candidatos. Aarón ganó, pero en el foro Nido de arpías habían descubierto su heterosexualidad. Habiendo ya probado las mieles de la popularidad, se presentó a un concurso para encontrar pareja y al ser el único participante que buscaba la

concordia en medio de la quema, ganó el favor del público. Eso sí, nunca conseguía una novia. Aarón parecía querer, ante todo, una pareja. O amigos. O compañía. A Aarón le pedían fotos todos los días, pero Aarón estaba muy muy solo. Verónica le habló de Liuba y se le cambió la cara.

—Claro, claro que la conozco. ¿Está en Gandía?

—No creo.

—Es que aquí, en la noche, nos conocemos todos. El que no trabaja de relaciones en un sitio está de portero en otro. Es como un mismo circuito. En realidad, si os fijáis, en España somos todos primos. Los pijos son primos de otros pijos, y los muertos de hambre son primos de otros muertos de hambre. Pero los pijos y los muertos de hambre no son primos entre sí, así que la única manera de romper esa cadena es la televisión. Me alegro mucho de haber entrado en la televisión. Ya no soy un muerto de hambre. A cualquier sitio al que voy me dicen «Eh, Aarón, me gustaste el otro día». Es tremendo. Es casi como ser un dios. ¿Y vosotros? ¿A qué os dedicáis? ¿Os gusta Gandía? —La cara de chiste de Aarón se paró para dibujar una sonrisa amable, franca, honda. Esa sonrisa era la explicación de la soledad de Aarón. Era tan bueno como confiado.

—Estamos viajando por la costa porque sabemos de buena tinta que es el último verano.

Aarón parpadeó antes de hablar. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Mi prima dice lo mismo. Tengo una prima muy rara. No sé si es gótica o satánica. Me manda muchos reenvíos sobre todo esto, sobre el apocalipsis. Es como obsesivo. Pero bueno, al menos no son de política. Siempre es un alivio.

Verónica reparó en un rosario de plástico fosforescente que llevaba al cuello.

—Qué bonito. ¿Eres creyente?

—Ah, pues… bueno, creo que sí. —El chico les sirvió un poco de champán a cada uno—. Yo es que creo que, si hubiera una escala de fuerza en el planeta, Cristo ganaría a todos. No te digo ya al malo más malo que haya, el chino ese gordo de Corea… Te digo malo tipo el Joker, o Superman. Cristo es que es el más fuerte. Le pintan así tirillas, pero yo sé que fue un tío

con fuerza. No mató a los romanos porque no le dio la gana. Porque en vez de crucificarle les daba dos guantadas y se iban bailando la conga, vamos. En fin, que sí, creo que soy un poco creyente. ¿Y vosotros?

—Yo para nada —dijo Alejandro.

—Yo sí. —Verónica arrugó la nariz al beber el champán—. Y creo que ahora todo el mundo se hará creyente. Por si acaso.

—Pues entre todo lo que me manda mi prima hay muchos vídeos sobre unas señoras que han montado una secta de monjas. Es como un resort para ancianos. Seguro que es carísimo.

—¿Dónde? —Alejandro de repente tenía interés en la conversación del chico.

—Dice Garde que ahí, en Archena, ha nacido o va a nacer Jesucristo II, que es solo un bebé y que va a cargarse el mundo. Por eso está lleno de gente de esta y de monjas guapas guapas; no como esas mayores que se ven por la calle. Estas eran todas putas. Yo iría, pero es que me pilla a desmano.

—No es la primera vez que nos hablan de Archena —dijo Verónica pensativa. Pensó en enseñarle el papel de las Sacerdotisas de Baal, pero se retractó rápido—. ¿Tu prima cómo sabe todo esto?

—Como es satánica…

—¿Tú nunca has sido satánico? —preguntó Alejandro entre el interés y la burla.

—Una vez dibujé una cruz invertida en Oropesa, pero no, no me considero satánico. A mí, en realidad, no me cae mal nadie. La cuestión es que Garde me reenvía estas cosas porque está afiliada a las monjas estas, que no digo que sean satánicas, pero que no son trigo limpio, eso seguro. Ella insiste en que me una a estas cosas, pero creo que soy demasiado famoso.

Aarón estaba menos interesado en Archena de lo que lo estaba en hablar de su vida como estrella de televisión, así que Alejandro no quiso insistir. Aarón se moría por contarles que había caído bien al público, pero era incapaz de manejarse por los principios y las intrigas de la televisión, así que, pese a ver en la popularidad su único medio para esquivar el trabajo manual, era incapaz de mantenerse ganando dinero en los

platós. Sin embargo, siempre entraba gratis en las discotecas y, como también era enamoradizo, a menudo le dejaban solo, como esa noche. Y como hacía siempre, les abrió su corazón, y la sorna inicial de Alejandro se fue convirtiendo en simpatía. Al comentarle su viaje y los peligros que habían vivido, Aarón insistió en invitarles a su hotel. Para él, el principal valor de un hotel era el balcón. Allí lavaba a mano la ropa interior y así no tenía que llevar grandes maletas. Abandonaron pronto el Cocoloco y se dirigieron al hotel Biarritz, donde Aarón tenía una habitación con dos camas de noventa. Verónica subió aparte para no levantar sospechas. Lavaron todas sus prendas con jabón Lagarto mientras Aarón se quedaba fascinado con *El gran silencio*, el *western* invernal que ponían en una televisión local. La voz de doblaje de Klaus Kinski se oía en el baño mientras escurrían bragas y quitaban el agua de los calcetines golpeándolos contra el lavabo. El agua salía gris oscura y salpicaba en el suelo. Cuando el baño y el balcón estuvieron engalanados de bañadores y calzoncillos se fueron a dormir. Y descansaron profundamente.

CAPÍTULO 10

SON TUS PERJÚMENES, MUJER

Calpe. 16 de agosto

Abandonaron Gandía a las dos y media de la tarde. Alejandro decidió descapotar y el sol les quemaba el cuerpo cabelludo. Aarón había estado hablando durante un buen rato sin que nadie le escuchara, pero ahora dormía. Verónica reposaba apoyada en su brazo. Les despertaron un ruido y un bache. El coche mordía el polvo en un descampado a la altura de Oliva.

—Perdón. Creo que me he dormido al volante.

Verónica se tocaba la boca evitando llorar. Se había golpeado con la ventana a medio bajar y le dolían los dientes; a veces el incisivo que se le había partido en Benicarló le recordaba el incidente del chalet y la marcha del pobre Sultán. Aarón balbuceaba incoherencias. Decidieron que era mejor que Alejandro durmiera un rato, así que le dejaron en posición fetal en la parte de atrás durante hora y media. Ellos se colaron en una pequeña huerta y cogieron fruta madura y se hartaron de comer. El jugo les resbalaba por las manos y la boca. Ellos también durmieron al sol. Pusieron un disco para espantar a posibles apestosos con los coros de Carlos García Godoy. Verónica soñó con la guerra de los Cristeros y Aarón, si soñó algo, lo apartó de su cabeza sin darle importancia. Despertó el primero y buscó agua por el huerto. Se refrescó la nuca con el hilo de agua de una manguera y encontró una cerveza abierta a la sombra. Dio un largo trago.

—¡Me cago en los garrulos de Alicante! ¿A quién se le ocurre mear en una lata de cerveza! ¡Mea en el campo, hijo de la gran puta! ¡Todo el campo para ti para mear y tienes que mear en la puta lata de Cruzcampo!

Alejandro se limpiaba la baba cuando Aarón le tocó la espalda sudorosa.

—¿Pues no le he dado un trago a una birra que había por ahí y me he bebido el pis de algún gañán? Es que hay que joderse.

Cuando hubo deglutido un racimo de uvas para quitarse el sabor de la urea, arrancaron de nuevo. Algunos albaricoques daban tumbos en el maletero. Alejandro no paraba de poner la canción del *Cristo de Palacagüina,* y la conversación se había animado. Le contaron a Aarón el episodio de Rodolfo, y él había adoptado un gesto serio.

—Se dice que ese tío compró las drogas de un asesinato de esos de los noventa, ritual. Luego el Gobierno, como siempre, se hizo el loco y se conchabaron con el rey y la señora paralítica para contar que le habían echado de la tele por contar el chiste de los coches de choque en un local que iba Lola Flores.

—El Caripén —dijeron Verónica y Alejandro al mismo tiempo.

—Ah, pues se llamaría así, no sé. Rodolfo Magadán (que me partía la polla con él, por cierto) pagó el pato y se reunieron en Moncloa para decidir no hablar nunca del tema. El pacto de Moncloa, creo que lo llaman. Salió en prensa y todo.

—El Pacto de Moncloa no sería, Aarón. —Alejandro, bostezando, quería reenfocar la conversación.

—Pues como se llamara. Y eso, que fueron drogas para un rito o una iniciación. El Gobierno ha estado muy fino ahí, porque no dan nada de esto en la tele. Hay muchos conectados. Todos por esta zona. Es que a la gente de Valencia se le va. La niña del psiquiátrico, la pierna que apareció en plena calle, Alcàsser, y todos conectados con el mismo tío.

—¿Qué tío? ¿Rodolfo?

—No, hombre, no. Qué dices. Uno que dieron su nombre en el programa este que salía la Veneno, y que no tiene fotos en Google. Pues ese tío, flipa: novio de la tía ese del destape que se volvió loca, el primero en encontrar el cadáver de un cantante que se pegó un tiro, luego produce una película del Bruce Lee cuando está ya muerto y pone un accidente de avioneta real, y en la peli esta de las *snuff,* ruedan en su casa. Todo muy sospechoso. Pues cascan el nombre ahí, en la tele,

máxima audiencia, y les echan a todos: al forense, al padre, al presentador, y a la Veneno, a la puta calle. Y hasta hoy. A mí eso me inspiró mucho para ser estrella de la tele. Puedes ayudar a mucha gente saliendo en la tele. Yo siempre doy consejos a los chavales que quieren ciclarse. Mira, el ciclo de invierno, pase. El de verano es que no lo veo. Lo importante es comer de todo y hacer deporte. Eso está claro.

—¿Cómo se llamaba tu prima, la satánica?

—Garde. Yo creo que se metió en eso por el novio. Nunca ha tenido mucha personalidad, pero es maja. He vivido un montón de cosas con ella, porque de pequeño yo era un chisgarabís y ella era un tonelete y me defendía. Se hizo gótica antes de estar buena y me llevaba con ella y con unos amigos rarísimos que tenía y que se ponían blancos con polvos de talco que les hacían sangrar la nariz. Y una noche nos echaron porque empezó a hacer tonterías. Los porteros nos dijeron que les caíamos bien, pero que si nos veían así otro día nos iban a tener que partir la cara. Esos que tenían su propio camello en el baño, pero qué tortilla de patata. Es que Calpe no es como Madrid, porque en Calpe estas cosas las dividen, y si no es música normal, son bares más cutres. Este era un garito que de fin de semana era normal, pero los días de diario se dividía, y los primeros miércoles de cada mes era de góticos y venían de todos los pueblos. A gótico por pueblo al final se les llenaba. El resto de miércoles era fiesta de Eskorbuto. ¿Sabéis que no hay apestosos en Calpe?

—Hostia, ¿Y eso?

—Es la fuerza telúrica del Peñón, que les espanta a todos. Los malnacidos de los ingleses tienen el peñón, pero en Calpe tienen fuerza telúrica. Y mira, al final, ¿quién sale ganando? Pues los de Calpe. Es que a los apestosos lo que más les jode, aunque ellos no lo sepan, es la fe. Si todos estuviéramos yendo al Corpus Christi, esto no habrí pasado. Aunque yo soy agnóstico.

—Esto nos lo dijeron unas señoras en Belchite, que algunas edificaciones alejaban a los apestosos. Estas eran unas que… —Verónica cayó en la cuenta de que no quería mencionarle a las Sacerdotisas de Baal todavía—. iban con una flauta... Daban

bastante mala onda. No las querría cerca otra vez.

Ya en Calpe esperaron a Garde en una heladería frente al peñón. Las uvas les habían quitado el hambre, así que bebieron palomitas de anís mientras Garde devoraba una copa de café recién salida de su trabajo en una papelería. No era como se la esperaban. Era una mujer de rasgos felinos y pelo abundante. Un *piercing* sobre el labio y ropa ajustada. Nada en su aspecto hacía prever nada sobre sus creencias. Entre cucharada y cucharada, se quejaba de su jefe Satur, un septuagenario bigotudo que le gritaba cada vez que la encontraba leyendo la *Cuore*.

—Es que en el *¡Hola!* no sé quién es nadie. La *Cuore* está bien. Además, dicen la edad de la gente, que es importante. ¿Cuántos me echas? —le preguntó bruscamente a Alejandro.

—No sé… ¿treinta?

—Eso es porque me ves muy madura. Pero tengo 24. Y la novia de Mario Casas parece mi madre, colega. Y el Satur ahí, llamándome cotilla. Pues mira, mejor cotilla que liante.

—¿Y lo de Satán que nos comentaba Aarón? —Alejandro tenía poco interés en las revistas del corazón y no quería llevarse una completa decepción con la chica.

—Ah, eso. Nada. En dos días tenemos una ceremonia. Íbamos a hacerla coincidir con la luna llena, pero dos se van de vacaciones. Con la que está cayendo. El caso es que han encontrado restos buceando cerca del peñón. Dice la prensa que son restos de un ritual y que los datos de la gente que vienen son de Extremadura. Bueno, ¿os venís al ritual? Es que tenemos que ser impares.

—¿Y no puede ir uno solo de nosotros? —Verónica no estaba convencida. A Alejandro le movía un genuino interés, pero a ella no.

—Por no dejar a los otros colgados.

—¡Venga, sí! Cuenta con nosotros —Aarón se animó mientras sacaba una foto de todos con el móvil. Verónica se dio cuenta de que lo que necesitaba Aarón, mucho más que salir en la tele, era tener amigos.

—Pero… —Verónica no tenía ganas de más problemas—. ¿a eso se puede apuntar cualquiera?

—El satanismo no es como lo pintan. Es una religión como cualquier otra. No nos comemos a nadie.

Emplazados para dos días después, fueron a recorrer las calles con más sombra de la ciudad. Alejandro tenía interés en ver la Muralla Roja. Cuando la rondaban, Alejandro escuchó unas voces familiares. Un hombre alto con voz rota reñía con otro hombre encorvado.

—Ostras, el Mastuerzo y el Jorobado. ¿Recuerdas sus nombres reales? —Verónica habló todo lo bajo que pudo.

—Ni puta idea.

Los hombres se volvieron.

—¡Anda, *coile,* pero si es la Vero! ¿Qué haces por aquí bonita? Y mira los novios, los traes a pares —dijo el Jorobado señalando a Alejandro y Aarón—. ¿Qué tal tu tía Soco, que hace mucho que no la veo?

—Murió. —Verónica sonrió mientras repetía la noticia que ya le dio en Madrid.

—Ay, qué faena. ¿Y qué haces aquí?

—Echar el mes de agosto.

—Nosotros hemos cerrado la ferretería. Estamos alojados en la urbanización Marisol. Está muy bien. ¡Arrea! —dijo el Mastuerzo mirando a Aarón—. ¿Tú no eres el del programa ese de la gente joven?

—¡Sí! ¡Soy yo! —Aarón se acercó a darles la mano como lo hubiera hecho un rey, y aprovechó para presentarse—. ¿Nos sacamos una foto?

Una hora después esperaban una paella mixta en la terraza del restaurante Ciudad del marisco. Dos moscas rondaban las coquinas que habían pedido de entrante. Las noticias advertían de una ola de calor y daban instrucciones para evitar caer en la epidemia: gorra, mantenerse hidratado, no deambular por sitios solitarios, no salir sin avisar de los planes que se tienen, estar al tanto de ancianos y niños, y evitar rebozados y precocinados (aunque su relación con el Brote no estaba demostrada). Aarón ignoraba las coquinas y escarbaba con el dedo índice en el pan para comer la miga.

—Pues qué pena que cancelasen el programa de Iker en junio. Con lo que él hubiera disfrutado esto… Me pregunto qué

estará haciendo ahora mismo.

El telediario pasó a emitir las declaraciones del rey desde el Hotel Negresco, en Niza, ciudad en la que le había sorprendido el Brote.

—«Son momentos difíciles, pero los superaremos. Son momentos muy complejos, pero saldremos adelante. Porque creemos en nuestro país y nos sentimos orgullosos de lo que somos. Porque nuestros principios democráticos son fuertes, son sólidos. Y lo son porque están basados en el deseo de millones y millones de españoles de convivir en paz y en libertad. Así hemos ido construyendo la España de las últimas décadas. Y así debemos seguir ese camino, con serenidad y con determinación.

»—Termino ya estas palabras, dirigidas a todo el pueblo español, para subrayar una vez más el firme compromiso de la Corona con la Constitución y con la democracia, mi entrega al entendimiento y la concordia entre españoles, y mi compromiso como rey con la unidad y la permanencia de España. Y al conjunto de los españoles, que viven con desasosiego y tristeza estos acontecimientos, les transmito un mensaje de tranquilidad, de confianza y, también, de esperanza». Y, tras mover los ojos hacia la izquierda, concluyó con un amago de sonrisa: «feliz verano».

—¡Así se habla! —Un hombre, desde otra mesa, se puso a aplaudir al televisor buscando la complicidad de otros comensales. El Mastuerzo arrancó el pan de las manos de Aarón y se lo lanzó a la cabeza con puntería.

—¡Hay que ser gilipollas para aplaudir al niñato repitiendo desde Niza el discurso de Nochebuena! ¡Infeliz, que eres un infeliz!

—¿A que te meto una guantada?

—¿Tú, y cuántos como tú?

El camarero llegó a poner orden y cambió el canal de televisión. *Bob Esponja* consiguió calmar los ánimos y el Mastuerzo miró de reojo al borbónico exaltado antes de centrarse en su propia mesa.

—El marisco en Calpe es muy bueno, pero hay que tener cuidado de que no te timen. Timan muchísimo a la gente. Por

eso nosotros siempre lo tenemos claro. Coquinas y paellas. Que la paella tiene un precio estipulado y sabes lo que te dan. —El Mastuerzo remarcaba sus palabras golpeando la mesa con los nudillos, preso del entusiasmo—. Aunque queremos ver más sitios. Para eso tenemos a Massiel.

Tras la paella vino el flan con nata para todos. Cuando hubieron terminado, se dirigieron a una calle poco transitada. Allí estaba Massiel.

—Esta aguanta lo que le echen —dijo el Mastuerzo mientras el Jorobado asentía acariciando aquella tanqueta verde oscuro—. Se la compramos a uno que conocemos en Cuatro Vientos. Y esto no hay apestoso que lo pase. Esto es acero pa los barcos, pero de verdad.

—No vamos a dejar uno en pie. No. Esto no queda así. —El Jorobado abría la boca por primera vez—. Si te mueres, te quedas muerto. Nada de medias tintas.

—Esta gente es como los que se quedan en coma. Ahí dando por culo años y años. No, no. No hay gente suficiente para tanto trasto —continuó el Mastuerzo—, y ahora los de tráfico bajan la vista y podemos llevar a la Massiel a todos lados. Además, saben que les hacemos un favor, porque la policía no da abasto y la Guardia Civil tampoco. Que no hay gente para esto. Así que vamos a echar un ojo por ahí, por la carretera. ¿Y vosotros?

—¡Nosotros tenemos una fiesta secreta! —Aarón miró a sus acompañantes—. No podemos decir que vamos …Es una cosa de mi prima… pero no es sexual… No podemos contar nada.

El Jorobado asintió. Se despidieron sin mayor ceremonia. Cuesta abajo, haciendo la digestión, iban a ritmo pausado el Mastuerzo y el Jorobado, sosteniendo sendos bastones en las manos, como dos voluntarios marcharían a un pinar para recoger bolsas de patata.

—Este es el tipo de gente que necesita España —dijo Aarón con los ojos entrecerrados—. Gente con un par.

Pasaron la tarde en la playa, apoyando la cabeza sobre sus mochilas cargadas con lo imprescindible, con las cosas que, de ser sustraídas por un amigo de lo ajeno, harían que el viaje se detuviera sin remedio. La calima les pellizcaba la piel

recubierta de sal y se les arremolinaba alrededor del vello. No había mucha gente en la playa. Según escuchó Verónica decir a una mujer que se limpiaba la arena de los pies, el problema de la playa era la posibilidad de que apareciesen los apestosos y se pusiesen en tu toalla evitando que retirases tus cosas. Y eso, aunque no había muchos en Calpe, era un peligro que la gente trataba de evitar. Más tarde, tomando un ron cola frente al mar, Aarón se mareó.

—Tengo que darle un sentido a mis últimos días. —Eso fue todo lo que dijo cuando, desnudo y limpio, le dejaron en la cama. Verónica agradeció dormir por fin antes de que llegara el día. Soñó que contaba semillas a cambio de pegatinas Disney de Iberia. Sin duda estaba relajada, porque nada ni remotamente relacionado con el Brote apareció en sus sueños. Fue una noche tranquila de oleaje suave y viento fresco.

CAPÍTULO 11

EXPLOTA MI CORAZÓN

17 de agosto.

Ya llegaban al piso donde se iba a celebrar el ritual cuando se preguntaron entre ellos por la conveniencia de ir con chanclas. Alejandro hizo un repaso de los protocolos que él conocía. Las sandalias no eran adecuadas nunca, pero tal vez, si el satanismo le daba la vuelta a los símbolos cristianos, era una buena idea. Y allí timbraron, en el primer piso encima de un bar que estaba a punto de abrir: Alejandro con sus esparteras, Verónica con las Havaianas, y Aarón con sus cangrejeras.

Garde les abrió con un poco menos de simpatía que en la terraza frente al peñón. Les dijo que los demás no podían salir a recibirles y les hizo pasar a una cocina que conservaba el alicatado de los setenta. Se sentaron en una mesa de cristal y ella les ofreció algo de beber. Ya apuraban la lata cuando fueron llamados al refectorio, que era una habitación al fondo del piso en la que un león triste sostenía en sus fauces un diente de león, en un estampado antiguo de tela, sobre la pared de gotelé rosa. Verónica movió los ojos hacia un cuadro cuyo marco de yeso tocaba la moldura de la esquina. Representaba a Baphomet, eso era seguro, pero estaba pintado por alguien que no solía pintar. Los brazos de la figura carecían de codos y se doblaban como lo haría un dibujo animado. El brazo izquierdo, por algún error, parecía hacer el signo conocido como «pistolitas».

Garde se recogía el pelo.

—En estas cosas se pasa calor. Lo que pasa es que me lo he dejado muy corto. Verónica, ¿tienes alguna horquilla para prestarme? Se me mete todo en la cara.

Las caperuzas eran de tela brillante, sintética y de caída tosca. Empezó a sonar una música repetitiva, acompasada.

—Como vamos a ser más que otras veces, tenéis que procurar no quemaros con las velas. Estamos buscando otro sitio, pero de momento no lo encontramos. Para tres veces que venimos al año tampoco nos queremos gastar un dineral.

Salieron en fila india al ritmo de la música. Un hombre en el salón repetía cánticos en latín. La mesa principal estaba cubierta con una tela satinada y negra. Una cruz invertida hecha de cartulina roja tapaba parte de la ventana. Repitieron las letanías y pasaron una vela de mano en mano tras jurar fidelidad al círculo allí presente. El hombre que parecía al mando subió un poco la ventana.

—Pues ya está.

—¿Ya está? —Aarón se asustó al ver que había dicho aquello en voz alta. Pero el sacerdote, Garde, y dos encapuchados más hablaban con soltura.

—¿Os quedáis u os marcháis?

—¿Vais a hacer algo más?

—Hombre, sí.

—Pues entonces nos quedamos.

Alejandro gruñó, pues estaba deseando abandonar aquel piso. Su interés había desaparecido nada más ver la sede.

—¿No queréis tomar algo? Hemos traído cerveza.

Si hubieran dedicado media hora a preguntarle a Garde sobre el culto, o si ella hubiera decidido contarles algo sobre el culto antes de invitarles a ir, la sorpresa que les esperaba al otro lado de la puerta no hubiera sido tal. Pero Garde, el día anterior en la terraza, solo hablaba de problemas con amigas y conocidas. Garde, pensaba Verónica, era una chica que necesitaba sentirse sensual y poderosa. Un cuerpo llamativo en un pueblo de costa en el que cada primavera brotaban dos docenas de mujeres espectaculares menores de quince años. Garde no tenía dinero y tampoco tenía estilo. No tenía inteligencia ni la suficiente maldad. Pero sí poseía el suficiente cerebro como para darse cuenta de sus carencias, sin la suficiente astucia como para encontrar la forma de ignorar sus deseos reales. Así que había elegido la salida de toda mujer pobre, ambiciosa, destrozada, y espoleada por la imaginación: el satanismo.

Garde ya no iba a conquistar a ningún futbolista, si es que alguno alguna vez había pasado por Calpe. No iba a conocer a un aventurero millonario dispuesto a ponerle una vinoteca en Aravaca. Era el tipo de chica que, tras una noche de sexo, amanece sola en la cama. Y era consciente de ello. El culto era su día de fiesta.

El culto, llamado «Las seis de Ifach», estaba, de hecho, compuesto por tres personas. Sinaí, Garde, y el hijo de Sinaí. Sinaí era un hombre de oscuro pasado. Mayor de cuarenta, pero menor de sesenta, poco hablador, antiguo dueño de un local nocturno que fue, según el momento, prostíbulo y discoteca. Allí se pasaba la droga. Allí llegaban las africanas. Allí se guardaban los móviles robados y allí se hacían fiestas. Pero reiteradas denuncias habían hecho que cerrara. Sin embargo, él seguía viviendo, gastando, y cuidando de su hijo al que todos llamaban Tomaset. Tomaset había nacido tarde, solo, y desatendido. Su timidez había llevado a su padre a tratarle como si fuera un retrasado. Cariño en casa y vergüenza fuera de ella. Más tarde, a los diez años, empezaron los síntomas de la Corea. Ahí fue cuando Sinaí, definitivamente, abrazó el satanismo y entró, sin que se supiera más, en el culto de «Las seis de Ifach». Pero las deudas pasadas de Sinaí caminaban siempre detrás de él, muy cerca. Tomaset, entre movimientos espasmódicos, abrió la puerta. Tras ella y atado a una cama estaba Rodolfo Magadán, con los ojos vendados y un pañuelo en la boca. En su pecho alguien había grabado símbolos a cuchilla. No gritaba ni pataleaba. Solo emitía un continuo y lastimero sonido. Al menos estaba vivo. Verónica sintió algo parecido a la responsabilidad. Ellos le habían dejado marchar en aquel estado unas noches atrás. Ellos le sacarían de allí.

Al no poder hacer ninguna señal con las cejas, le dio a Alejandro un tirón de la manga del hábito. Él la entendió. Aarón les miraba sin entender nada. Tampoco a su prima. Y se lamentaba interiormente por su mala cabeza. A su alrededor y en aquella habitación, hiedra, velas negras, cobre, sándalo, y suciedad.

Sinaí tomó un cuenco de la mesilla y se lo dio a beber a su

hijo. Este se lo pasó a Garde, y ella a su primo, que bebió sin decir nada. Alejandro lo rechazó.

—Soy diabético.

—No te preocupes. Eso no es azúcar. Es almíbar. Yo también tengo *la* azúcar alta.

Alejandro no quiso insistir. No conseguiría ganar tiempo con eso. Dio un trago. Era dulce y con un regusto ácido. Por los movimientos y los gemidos de Rodolfo él también había bebido algo.

—*Eveta fubin Barbatos.*—Sinaí miró a su alrededor. Tomaset y Garde se unieron a su canto—. *Eveta fubin Barbatos*.

—¿Cómo? —Aarón intentaba repetir, pero decía sílabas al azar.

—*Eveta fubin Barbatos.*

—*Era tafú Bimba batos.*

—*Eveta fubin Barbatos.*

—*Ejeeee fuuuu babaaaaa.* —Aarón bajaba la voz para pasar desapercibido, como lo haría un catecúmeno con mala memoria a la hora de recitar el Credo Nicodemo.

—Vosotros de esto no sabéis mucho, ¿no? —Sinaí se levantó el capuchón por un momento—. Este hombre ha traicionado a una logia superior. A través de su sacrificio honraremos a los ofendidos y nos dejarán asistir a ceremonias superiores.

—¿Pero le vais a matar? —Aarón volvió a actuar como un niño en la catequesis, en concreto en el momento en el que le anuncian que no, que su tortuga no irá al cielo.

—Tú eres tonto, chaval. —Sinaí hizo un movimiento de cabeza extraño—. ¿Se ha acabado la cinta?

—Creo que sí. —Garde abrió la puerta para mirar al salón.

—Pues escucho algo.

El ritmo profundo, presente desde el principio, se hizo más fuerte. Retumbaba en los muebles y en el suelo. Seguía un esquema de 4/4 fuerte, débil, fuerte, débil. Todos se habían parado a escuchar.

—La Carrà… —Tomaset no dijo nada más.

—¡Me cago en los clavos de Cristo! —Sinaí se quitó el hábito de golpe y, seguido por Garde, salió de la habitación deprisa, y luego de la casa, y finalmente del portal. En el local

contiguo, ya abierto, sonaba Raffaella Carrà a todo volumen. *Explota mi corazón* se podía escuchar a través de las paredes. Al principio no sabían qué sucedía, pero en pocos segundos se dieron cuenta de la agria discusión entre el dueño del bar, los clientes, Sinaí, y Garde. Pese a la alta presencia de turistas, todo el mundo parecía saber el papel que jugaban los demás.

Sinaí y aquel hombre fornido se comenzaron a empujar. Ninguno de los dos iba a ponerle freno a aquello. Ya no era una cuestión acústica. Era el orgullo de dos matones haciendo el papel de ciudadanos ofendidos. Tomaset miraba por la ventana cuando Aarón le cogió del cuello y le puso contra la pared.

—Aparta, borracho de mierda, o te parto la cara. Nos vamos a ir con este tío.

—Que es la Corea.

—¿Qué?

—La Corea, que es la Corea. Que no estoy borracho.

—Me comes los huevos. Que nos vamos a ir.

Alejandro ya liberaba a Rodolfo. Verónica separó a Aarón de Tomaset.

—Déjale. Es una enfermedad. Está enfermo.

—Hostia tío, lo siento. Lo siento. No lo sabía. Perdona, tío. Como nos sigáis, sí que no te perdono… por más discapacitado mental que seas.

—Vámonos, Aarón, que en buena nos has metido. —Verónica se llevó las manos a la cara, apurada.

Huyeron por la parte trasera de la urbanización. Olía a cerveza y a pañales. Verónica, sosteniendo a Rodolfo por un brazo, pensaba que era la primera cosa que hacían en todo el verano que, pese a la inmundicia, no traía la destrucción. Garde atendía a Sinaí, ya inconsciente tras un golpe contra el suelo mientras Raffaella gritaba «qué dolor, qué dolor». La oscuridad ya había devorado el Peñón de Ifach.

LOC

Sandra Vegas resiste en el escenario.

Lejos quedan ya los días en los que Sandra Vegas era la estrella del destape y del cine S. La *vedette*-cantante ha seguido en activo, aupada por un

público fiel y ayudada de un repertorio clásico que funde lo cañí con lo *kitsch*. Sin embargo, Sandra Vegas en esos momentos no tiene agente y se rumorea que no pasa por su mejor momento económico. Quién sabe si una exclusiva podrá sacarla de esta situación tan incómoda.

CAPÍTULO 12

EL CEMENTERIO DE MIS SUEÑOS

Benidorm. 19 de agosto

Rodolfo despertó. Las nubes que cortaban el sol y el escozor en el abdomen le sacaron del sopor. Dormía profundamente desde hacía horas. Hacía rato que una parte de él escuchaba de fondo las preces sobre política que mantenían Alejandro y un hombre de Huelva. Levantó la cabeza sin reconocer la playa, ni a la gente a su alrededor. Solo una cosa tenía clara: ya no estaba en Calpe. Se dio media vuelta para seguir durmiendo. Ignoraba qué parte de todo aquello era real y qué parte no, pero tampoco tenía prisa en averiguarlo. Cogió un puñado de arena en la palma de la mano y la dejó caer. Si no tuviera resaca, quizás pensaría que había salvado su vida. Pero solo empezaba a darse cuenta de que tenía un símbolo extraño grabado a cuchilla en el abdomen, y que quizás nunca se quitaría. Notó que tenía la boca seca. A su derecha había dos mochilas. Encontró una botella pequeña de vino tinto y le dio un trago. Estaba caliente y su lengua se movía en aquel caldo amargo intentando recuperar algo de humedad. Se giró un poco más y sintió cómo todo volvía a su boca. El vino, la bilis, y algo, lo que fuera, que había tomado el día anterior. Por el aspecto parecían chopitos. Había conseguido apartar las dos mochilas. Ahí fue cuando Alejandro le saludó con la mano, contento de que hubiera despertado.

Le sostuvieron por las axilas entre Verónica y él para acercarle al agua. El hombre que iba con ellos, un completo desconocido, le echaba agua con el cubo de la arena de su hijo como un San Juan Bautista en el desierto.

—Vengaaaaa, venga que no es nada. Vengaaaaa. ¡Judith, trae una fanta limón para este señor! —Una niña pequeña corrió hacia la orilla y trajo una lata algo más fría que el vino.

Aquel hombre la clavó en la arena para que se fuera enfriando con la espuma de las olas—. De buena te has *librao* tú. Ya me han contado. Que a quién se le ocurre.

La niña, pasado un rato, cogió la lata y señaló al mar.

—Papá, ¿qué significa *bukkake?*

—¿Dónde has oído eso, niña?

—Lo pone en la camiseta del apestoso ese. Y lleva un pañal en el hombro.

Desde un dique cercano, cubierto de algas, plásticos y lapas se acercaba un apestoso. Zaherido, se zafó del pañal que el oleaje había pegado a su piel. En su camiseta la palabra *«bukkake»,* entre exclamaciones, destacaba en rosa sobre fondo amarillo. El apestoso era corpulento y su barba en su día estuvo bien recortada. La camiseta dejaba al aire el ombligo.

—Se supone que los mierdasecas estos no pueden caminar en el agua. Me cago en todo lo que se menea. Judith, lleva a este señor a la orilla, que está malito.

—¡Está borracho! —Judith cogió del dedo índice a Rodolfo, que se debatía entre la ternura que le inspiraba aquella niña y el temor ante un nuevo episodio de muerte—. No me *gomites* encima, ¿vale?

—Mira cómo se hace esto, chaval. —El hombre empezó a correr hacia la criatura, pero el agua era más fuerte que él. Se había agotado antes de llegar. Aun así, le pudo golpear en la entrepierna, cosa que no afectó al movimiento—. ¡Atrévete con alguien de tu tamaño, *desgraciao!* —Al ver que su patada no funcionaba se alejó nadando estilo perrito.

Alejandro abrazó a Verónica y la besó en la cabeza. Ella respondió cogiendo su tripa y emitiendo un sonido similar a «pweeee», como si Alejandro fuera un muñeco de goma. Se rio discretamente. Sabía que no era el momento.

A la pelea se habían sumado dos madres y un adolescente. Entre los cuatro habían reducido al apestoso en el agua. Un amigo del adolescente con el pelo teñido de amarillo llevó una sombrilla bajo el brazo al galope, y como un Ivanhoe levantino, la clavó en el pecho de aquel desdichado ser, dejándole soltar sus humores a orillas del Mediterráneo. Las nubes grises, en silencio, empezaban a tapar el cielo añil.

Saber y ganar permanecía en antena ajeno a los acontecimientos. Verónica y Alejandro dormían en la misma cama, abrazados y respirando al compás. Aarón dormía boca abajo soplando, sin sábana. Era Rodolfo quien seguía el programa intentando acertar las preguntas.

—El más difícil todavía… tres calculadoras, tres. Lo nunca visto. Nunca se ha hecho en el programa. Si falla, pierde los tres mil doscientos ochenta. Si no completa las tres calculadoras, pierde todo lo que ha ganado en este programa. ¡Vamos allá, Óscar Díaz! ¡Ochenta y tres menos sesenta y siete!

—Cuarenta y dos.

—Dieciséis. —El concursante parecía concentrado y ahora debía multiplicar por cinco.

—Eh… cincuenta menos… seis… Eh…

—Ochenta.

—Joder, pero qué rápido va. —Aarón se quejó entre sueños —. Es que este tío lo sabe todo, macho, qué coco. Es como mi sobrino, que yo creo que es superdotado.

—Por favor, más bajo. Más bajito. —Verónica levantó un poco la voz, y Rodolfo quitó el sonido. Vio al concursante salir airoso de la prueba y, como si fuera un jubilado, se alegró de que le fuera tan bien—. Tiene pinta de buen tío —concluyó para sí.

Se levantó y entró al baño. Bajo la luz blanca, sus heridas eran más evidentes. Tardarían en irse, si es que lo hacían. Verónica le había regalado un bote de gel de aloe vera para el escozor, pero no era solo la herida lo que le dolía. Contempló su reflejo largo rato y levantó la mano izquierda para hacerle una peineta a su propia imagen.

—Jódete. Jódete. He ganado. Yo gano. Yo he sobrevivido. Yo gano. Yo gano. Yo gano.

Entró en la ducha y acarició sus heridas de forma suave, con el jabón. Y aunque era consciente de los peligros del pie de atleta, puso el tapón de la bañera, abrió el agua caliente, y respiró profundamente. Sin resaca, sin hambre, sin ruido, pensó en él mismo durante unos minutos. Y lloró. Lloró como lloran los arrepentidos. Fue lo que dicen los cínicos y los que nunca han sentido un dolor verdadero: «llorar de impotencia y

rabia». Solo que en su caso era verdad.

La habitación olía a cerrado y a siesta. Verónica revisaba sus redes sociales con desidia. Tenía una treintena de mensajes preguntando por su paradero. Todos eran de la misma persona.

—¿Qué se cuentan tus amigos? —Alejandro ya se había cambiado de ropa y parecía recién amanecido.

—Pies y paellas. Nada nuevo.

—Eso está bien. Que disfruten de lo que les queda.

—No les he contado nada.

—Mejor.

Rodolfo salió del baño. Le pidió el teléfono a Verónica. Hizo una breve llamada y se volvió hacia ellos.

—Esta noche vamos al Benidorm Palace. Estamos invitados.

Un cuerpo de baile ecléctico bailaba en el escenario temas de Fangoria cuando Aarón, Verónica, Alejandro y Rodolfo pidieron la primera botella de champán. La siesta les había sentado bien. Rodolfo estaba tan contento como en una gala de Nochevieja y el grupo se despidió recomendando visitar su página de material de Fangoria. Rodolfo se giró hacia sus compañeros de viaje.

—Vais a flipar.

Se apagaron las luces. Sintieron que alguien en el escenario cambiaba las cosas de sitio de forma apresurada. Telas y brillos se movían mientras las luces iban subiendo. De un círculo de luz brotó una telaraña de lentejuelas. Esta se giró y dejó ver el rostro arrugado, pero firme de la que fue la mujer más deseada de España en 1975. Era Sandra Vegas. Rubia y sonriente chasqueó los dedos y comenzó a sonar *Mi novio es un zombi*. Otro cuerpo de baile más profesional, ataviado con jirones y calzoncillos grises, ejecutó algunas piruetas alrededor de ella, que cantaba con más gracia que aptitud mientras la tercera edad movía el torso a ritmo de verbena. Un trío de cuarentones con barba recortada bailaba en pie.

—¡Guapa, guapa, y guapa! ¡Y reina y reina y reina y reina! ¡Ole tu coño!

Sandra saludaba y besaba a una araña de peluche que sobrevolaba el local guiada por un hilo de nailon. Los

bailarines se pusieron en fila y ella giró sobre sí misma lanzando puñados de purpurina negra y plateada. Aarón contuvo una carcajada. Ante la mirada irritada de Alejandro, se explicó.

—Me recuerda a *Top Secret,* tío. Los bailarines de los paquetones.

Solo le hizo gracia a Verónica. La música terminó y las luces volvieron a caer. El local distaba mucho de estar lleno, pero los aplausos eran fuertes y sentidos.

—Gracias, amigas. Gracias. Qué bien, las mariquitas aquí las primeras. Siempre me han querido mucho a mí las mariquitas. —Sandra lanzó un beso a la mesa de los cuarentones, que se los devolvieron multiplicados por el entusiasmo. Ella oteó la platea en busca de alguien mientras daba las buenas noches y agradecía al público haber acudido allí a pesar de todo lo que estaba pasando—. Pero esto es como el Kit Kat. Olvidaos de vuestros problemas, ¡hemos venido a divertirnos!

Siguieron varios relativos a la muerte, chistes verdes para la tercera edad, y guiños a las regiones de todos los presentes: Isla, Cabezón de la Sal, Coria, Brihuega, Talamanca del Jarama, Madrid, Menorca, y Lugo.

Tras una hora y poco, hizo un gesto al técnico. Lo repitió. Dibujó círculos con el índice.

—La cuatro, que me pongas la cuatro. La de la carpeta otros. —Comenzó a sonar una versión karaoke de *Gracias por venir*—. Esa. Gracias, Jaime. Bueno. Es que esta es una noche especial. En este mundo del espectáculo todas somos unas tarántulas. Yo la primera, conste, que no voy así vestida por nada —dijo señalando su *body* de arañas de lamé—, pero se puede ser tarántula a secas, y luego tarántula de las de la zarzuela. «La tarántula es un bicho muy malo, no se mata con piedra ni palo, que se mete por to los rincones y son muy malinas sus picazones». Pero bueno, no estamos aquí para hablar de otras artistas, *vedettes*, putas y compañeras, no. Estoy aquí para hablar de una de las personas más generosas que he conocido en esto. Que cuando estaba yo olvidada, que no me llamaban ni los del *Pronto*, me dio un papel en su programa. Quiero que suba al escenario un hombre bueno. Un hombre

que es bueno, aunque él piense que es malo. Rodolfo, por favor, ven conmigo cariño.

Rodolfo tenía los ojos llorosos cuando subió al escenario saludando al público. Verónica aplaudía con ganas, también emocionada. Aarón silbaba como en un partido de fútbol, y él hizo una reverencia sentida ante Sandra Vegas, que le besó como si fuera su hijo, desposeída de la sexualidad que mostraba en todas sus apariciones públicas. Luego, con cariño, le borró el pintalabios del rostro con el dedo gordo mientras le sujetaba el mentón.

—No llores, que tú siempre has sido más de reír.

Los aplausos se volvieron a elevar sobre sus voces. Sandra le susurró algo al oído y él negó con la cabeza. Tras unas palabras, ella cogió otra vez el micrófono.

—Con ustedes, el mejor cómico de nuestro país, ¡Rodolfo Magadán!

Se fue caminando del escenario, donde Rodolfo se sentó en una silla, se encendió un cigarro, y empezó a hablar como lo hubiera hecho veinte años atrás.

—No me miréis así, que es un cigarro vegano. —El público rio. Todos estaban expectantes—. Hoy no voy a hacer un monólogo. No, ni chistes ni tampoco soy tan genial como para comerme una manzana aquí subido. No. Ojalá. Hoy os voy a hablar…. —Señaló al techo—. Ahí están nuestros vecinos, nuestros hermanos, nuestros primos, nuestros abuelos, nuestros compañeros de trabajo… y también gente que nos da igual. Tiene gracia, porque todos nos hemos vuelto más sensibles, pero yo cada vez que voy a una estación de autobuses me encuentro el baño *cagao*. Y eso es porque seguimos siendo igual de cafres cuando nadie nos mira. Y yo creo que, si alguien ha dejado de mirarnos, ese ha sido Dios. ¿Sabéis qué? Que uno no se va de la tele porque sí. No se retiran porque quieren ni las que se casan con un rico. No. Se retiran los que dicen las cosas en alto. Sospechad del que se queda y del que dice algo que resulta incómodo. El que resulta incómodo acaba bajo tierra. Pero yo no me fui por decir la verdad, no. Yo era un pelota. Pero un pelota miserable. Siempre fui bien mandado y me metía rayas con quien había que meterse rayas. ¿Mis

opiniones incorrectas? Todas las que estaban de moda. Hasta bajé en el 15M a regalarle latas a los chavales. Y, ¿sabéis por qué? Porque me quería tirar a una antisistema. Me dejó por su profesor de Derecho Civil, por cierto. Me dejó tocado, pero sin exagerar, como decía Krahe. Yo me fui porque no podía con la culpa. Porque hace quince años me pidieron algo especial para una fiesta especial. Me dijeron que eran tres guarras. Muy pequeñas y muy guarras. Y yo no dije nada. Y compré todo lo que me pidieron. Y no dije nada. Y de lo poco que dije, me respondieron que si no me callaba que me iban a matar. Y yo me callé, que es lo que hacemos los cobardes. Porque los valientes están mudos o están muertos. Y cuando empezó todo esto pensé que estas chicas merecían una suerte mejor. Pero yo no les di ni la esperanza de ser enterradas. Hice lo que hace todo el mundo... —Los murmullos empezaban a recorrer la sala. Sandra le hacía señas al técnico para que no parase—. Y bueno, el otro día conocí a esa pareja de ahí… Verónica y Alejandro, que me han contado que les ha dicho un fantasma que el mundo se acaba—. Unas risas aliviadas se escucharon entre la tercera edad—, y que yo no sé ni si son pareja o no. ¿Sois pareja…? Nada, no sueltan prenda. Y mira, de la muerte no me salvaron, pero de enrollarme con una loca sí. Pero gracias a ellos y a Aarón, que es este garrulo tan simpático que está con ellos, el de lo de los novios y los hijos de puta, pues gracias a ellos he renacido. —Se hizo el silencio—. Que sí. Que he escapado de un culto satánico en Calpe. —Risas de nuevo—. Que es verdad, hostia. Señora, créame, joder. Que eran un portero de discoteca, su hijo gangoso y la prima de este, una con pinta de puta. —El público empezaba a reír con ganas, y a aplaudir. Una risa estridente y larga destacaba entre las demás —. Pues eran unos cutres y me quisieron matar en un piso que las paredes estaban tan mohosas que parecían las caras de Bélmez. Y nos libramos porque sonaba Raffaella Carrà en el bar de abajo, que si no… Para que luego digan de los maricones. Pues no nos vinieron bien ni nada… ¿Que no me creéis? Os voy a enseñar lo que me han grabado en la tripa…

Sandra salió de detrás de las cortinas con otro micrófono.

—¡Señoras y señores, el humor de Rodolfo Magadán! —Y,

cogiéndole del hombro, se lo llevó de allí rumbo a la mesa del grupo.

—Solo hay una cosa que no entiendo. —Alejandro, sirviéndose un vaso de la tercera botella de champán, arqueó las cejas mirando a Rodolfo—. Si esta gente era tan importante y tenían mano en el CSID y en Moncloa, ¿por qué contratan a la prima de este y su secta de colgados para matarte?

—Pues porque son unos chapuceros. Que mucho crimen ritual secreto, pero lo sabe toda España. Y ese documento está en Internet. Bueno, os presento a Sandra. La mujer más bella de España. —Sandra sonrió—. Mira, este es Alejandro, que parece así como muy señorito pero que es un cachondo. Verónica, que se le apareció un fantasma y por eso estamos aquí. Y Aarón, que sale en la tele.

Todos saludaron y Sandra se sentó con ellos. El Benidorm Palace no estaba lleno esa noche. Según explicó Sandra, los acontecimientos recientes habían hecho que la asistencia se resintiera, salvo por algún concierto puntual, aunque este nuevo espectáculo basado en la actualidad estaba funcionando relativamente bien. En las mesas más alejadas, varios grupos de jubilados habían mostrado entusiasmo, y un camión de ingleses había gritado con energía durante la actuación. Aunque los gritos no tenían relación con el *show* en sí.

No más de 300 personas se iban marchando del local mientras los camareros se relajaban y las luces se iban apagando. Algunos desconocidos se habían acercado a saludar a Rodolfo a pesar de no haber entendido su monólogo. Ninguno le preguntó si decía algo que fuera verdad. Él apretaba manos con una triste sonrisa tibia que acompañaba dando un trago a un vaso de *whisky* con hielo. Acababa de dar la medianoche. Y entonces, se apagaron las luces.

La primera y natural reacción fue cantar el cumpleaños feliz mientras la gente reía. No sonaba música y apenas se alumbraban con las luces de emergencia y las velas de las mesas. A lo lejos se oían truenos.

—Está cayendo una buena tromba. —Rodolfo remarcó lo obvio.

Aarón torció el gesto. La gente se marchaba, a excepción de

una pareja que tenía que pagar con tarjeta. Salieron a fumar sabiendo que eran invitados de Sandra. Con la copa en la mano vieron la Vía Láctea con el asombro de un niño que visita el planetario. Debajo de esta, una masa negra de rascacielos vacacionales permanecía en silencio.

—Otro regalo de Dios. —Rodolfo fumaba con delectación.

—Qué místico estás.

—Pues como estarías tú si hubieras visto la luz.

Aarón resoplo. Y en ese momento el local quedó a oscuras y en silencio. Un murmullo se fue levantando hasta que una voz remarcó lo obvio.

—¡Se ha ido la luz!

Los ojos se iban haciendo a la oscuridad por las velas de las mesas y las luces de emergencia. Un técnico se asomó al palco del primer piso.

—A ver: la luz se ha ido en toda la ciudad. No podemos hacer nada. Podemos esperar a que vuelva, porque no dan luz ni las farolas. Pero hay que estar tranquilos. Esto es como cuando los de Sendero Luminoso boicoteaban las torres de alta tensión. Pero sin atentados.

Sandra se movió hacia el escenario. Conocía bien el lugar. Alzó la voz por encima del murmullo.

—¡Hay que cerrar todas las entradas inmediatamente! ¡Tenemos que quedarnos todos juntos! —Hizo un gesto con las manos pidiendo silencio—. Los apestosos huyen del ruido. Y estamos en las afueras.

El técnico era un hombre de unos cincuenta años que pensaba y se expresaba como un veinteañero. De un salto abandonó la garita y cerró todas las entradas, asegurándolas con fregonas y escobas. Nadie quería abandonar el sitio. Instintivamente, los rezagados se pusieron en el escenario, sin soltar las copas. Nunca se había oído tal silencio en Benidorm. Alejandro estaba violento. La respiración pausada de Aarón le golpeaba la nuca y le producía un fuerte rechazo. Las respiraciones de aquellos desconocidos se habían acompasado. Fuera, a lo lejos, se escuchaba algún frenazo y algún grito. Alarmas. El tiempo pasaba. Habían dado las dos de la mañana. Verónica repetía entre labios una expresión que Alejandro

conocía bien. Según le había contado ella, la había leído por primera vez en *El GGB*, el libro de Roald Dahl sobre el gran gigante bonachón, que en la hora más profunda de la noche recogía a Sofía. Pero, más adelante, se había convertido en *La hora del lobo,* y como en la película de Bergman, era el momento en el que los recuerdos, las pesadillas y los demonios acosan a sus deudores. Verónica lo decía entre labios. Y Alejandro callaba. Miró las piernas de ella. Goteaba el orín. Siempre que pasaba miedo, Verónica no podía evitar perder orina como recuerdo de algún trauma nunca explicado. Él se limitó a juntar sus piernas para que el pis bajase por la pierna y no se oyera gotear. Sandra estaba a pocos metros, con una linterna. El técnico la acompañaba. Dos camareros, antes enemigos, se cogían las manos. Dos parejas homosexuales se abrazaban como si estuvieran en el cine. Aarón respiraba y Rodrigo, metido en su visión, movía la cabeza afirmativamente.

Alejandro se fijó en él. Completamente borracho, había convertido una canción postconciliar en mantra.

—Dios está aquí. Tan cierto como el aire que respiro. Tan cierto como la mañana se levanta. Tan cierto como que este canto lo puedes oír…

Alejandro intentaba no pensar. La luz tenía que volver. Esta historia era como todas las historias. Todo parece terrible y al final no sucede nada. Esa es nuestra historia: al final no pasa nada. Nunca pasa nada. Pero no podía dejar de pensar en su padre muerto, que se pasó toda la vida anunciando un cataclismo. Los cataclismos se repiten. Las grandes extinciones y las glaciaciones. La Peste. El sida. El cáncer. Sin pensarlo, enlazó su dedo gordo con el dedo meñique de Verónica. Como si fuera su último día en el mundo, sintió la electricidad del movimiento de su dedo.

Sandra había reunido varios elementos de atrezo, pero incluso ella parecía relajada. La luz volvería en algún momento. La luz feérica de los móviles iluminaba el escenario. Los que aún tenían batería informaban de su posición. A Aarón le llegó un meme sobre los monos de Gibraltar y se lo mostró a Verónica, que por fin pudo relajarse. Entonces se escuchó un

golpe.

—Es la lluvia.

—No. No es la lluvia.

—No se oye más.

—Calla.

Y el silencio. Otro golpe. Y una risa aguda, ahora casi siniestra, la misma que habían escuchado horas antes. Y entonces la vieron aparecer: una mujer ovoide caminado de espaldas sobre unas zapatillas ortopédicas. Reía. A veces reía. Al darse la vuelta mostró carne y cartílago. La lengua, intacta, era la que producía aquella risa. Debajo, un collar de grandes cuentas, seguramente hecho por ella. Con dificultad, sobre unos tobillos hinchados y muertos, se dirigía al escenario por el pasillo principal. Tras de sí venían otros muertos. Sandalias y cangrejeras. Bolsos de playa y riñoneras. El silencio se había roto.

—Antes de nada, golpeadles en la mandíbula. La mayoría de ellos lleva dentadura postiza. —Sandra, con paso decidido, repartía botellas de chinchón seco y Calisay selladas.

—¿Qué es esto? —Su mayor fan estaba paralizado.

—¿Nunca has ido a una manifestación?

—No. Es que yo era buen estudiante.

—Pues es un cóctel molotov. Tienes que prender la mecha y lanzarlo.

—Ay, madre, con lo malo que he sido yo siempre para los deportes.

Rodrigo salió de su trance y miró hacia la única amiga verdadera que había tenido nunca.

—Creo que debería estar protegiéndote yo.

—Cariño: he muerto en veinte películas ya. Y te aseguro que los templarios de Amando de Ossorio eran más rápidos que estos.

Los muertos avanzaban despacio usando el pasillo central. Como si recordaran el desplazamiento humano.

Se escuchó un motor encendiéndose. Sandra sostenía una sierra mecánica.

—Por favor, qué musa. —La pareja del chico de camiseta hawaiana le miró sin entender nada—. ¡Es la sierra mecánica

de *La funcionaria asesina!*

—Nunca se la devolvieron a los Fangoria, y ahora entiendo por qué. —Sandra volvió a apretar el botón de encendido y se lanzó sobre los primeros muertos. Aun en la oscuridad, se veía saltar la sangre.

—¡Venga, coño! ¡Que no lo tenga que hacer todo yo!

Verónica sacó un mechero del bolso y prendió la primera mecha en la botella de Calisay. La lanzó y, con inexistente puntería, incendió un sofá.

—Verónica, ya te vale. —Ella se encogió de hombros y lanzó un segundo cóctel molotov. Este acertó en un anciano, pero no prendió.

—¡Juro que no soy yo!

—¡Coged el resto de cosas!

Pero un apestoso, entrando por el bastidor, se había lanzado sobre Aarón y le mordía el hombro con furia. En el suelo, consiguió zafarse. Miró su hombro.

—Hostia. Pues no tengo nada. Que no tiene dientes el hijoputa.

Y cogiendo carrerilla le dio una patada en la cabeza. Su nariz quedó reducida a un agujero en el rostro. Cogió un bafle y se lo estalló en el cráneo, que salpicó sangre negra por todo el escenario.

Todos luchaban como podían. Sandra, erigida como líder del grupo, mostraba síntomas de agotamiento. La sierra mecánica ya no funcionaba, pero seguía siendo útil. Nadie sabía por dónde habían podido entrar, pero sabían que eran demasiados.

—¡Usad los cócteles molotov! —Sandra arrojó la sierra mecánica y sacudió los brazos. No estaba acostumbrada a manejar tanto peso y estaba agotada después de diez minutos —. Mierda. Los que faltaban. —En el segundo piso del Benidorm Palace apareció un segundo grupo de muertos. Más rápidos y violentos.

Alejandro reconoció al grupo de ingleses del espectáculo. Lanzaban sillas y gruñían casi como cuando estaban vivos. Si llegaban hasta ellos estaban más que perdidos. Los ancianos eran muchos, pero eran especialmente lentos, incluso para la

velocidad de los apestosos. Pero estos llevaban la violencia en las venas. Los vivos hicieron un círculo en el escenario, tocándose las espaldas. Encendían los cócteles, pero muchos de ellos no prendían. El olor a anís lo inundaba todo. Los mecheros estaban como suelen estar los mecheros: gastados. Verónica decidió prender un jirón de lamé para poder compartir el fuego. Algunas mechas prendieron, pero en total tenían diez cócteles y los zombis eran más de treinta y seguían entrando. Entre el alboroto reconocieron a los tres siniestros del cuerpo de baile *amateur*.

—Hostia. —Aarón se llevó las manos a la cabeza, intentando disimular. Pero las miradas se clavaron en él—. Con tanto lío se me ha olvidado cerrar la entrada. Pensaba que entrarían por otro lado. Lo siento.

—Aarón, tío... Me caes genial, pero a veces me pareces retrasado. —Alejandro le miró con odio sincero.

—Haber ido tú. —Pero Aarón miró de nuevo hacia arriba. Un *hooligan* se precipitó desde el segundo piso y aplastó a un apestoso con tacatá.

Sus compañeros se levantaban la camiseta y repetían la operación. Se formó una pequeña barricada de cuerpos grandes, redondos y rojos como centollos.

—¡Si les acertamos con los molotov, harán de barrera hasta que vuelva la luz! —Verónica había pasado del terror a la alegría. Cuanto más cerca estaban los apestosos, más contenta parecía ella al respecto. Parecía incluso excitada.

—Con lo que se paga en este local de luz… manda cojones. Todo para que lo roben los políticos. —El técnico, que no había hecho nada más que dar órdenes, estaba aterido de miedo—. A la de tres lanzamos los cócteles y que sea lo que Dios quiera… Una, dos, y … y… y… —Miradas de expectación, y algún reproche—. y… ¡tres!

De forma desigual, la decena de cócteles molotov voló hacia la platea. Varios se apagaron. Uno explotó sobre uno de los ingleses y prendió. Sobre la botella de Licor 43 se extendía una llama, sin duda ayudada por la cantidad de alcohol sobre la ropa de los caídos. Un siseo casi imperceptible anunció una lluvia violenta e hiriente. Todos chillaron sin saber qué pasaba.

Se habían activado los extintores de incendios. Carne quemada, alcohol, vino, agua, ceniza. Los apestosos parecían ir parándose. No supieron cuánto duraba la extinción del fuego, acompañada de un insoportable pitido. Pero, cuando cesó, estaban empapados, solos, y a oscuras. Ni un movimiento entre los asientos. Nadie se atrevía a decir nada. De manera instintiva, aquellos desconocidos se habían abrazado, estrechado las manos, y llorado unos junto a otros. Pero todo aquello no había pasado aún. La mujer que había encabezado la invasión daba golpes de glotis mientras se recomponía entre las cenizas. Antes de erguirse de nuevo dejó oír su risa, y esta fue seguida por el renacer de todos los muertos. Como columnas salomónicas giraban sobre sí mismos hasta alzarse de nuevo. Pero no se movían. Permanecían de pie hasta que el siguiente se levantaba. La mujer seguía riendo. Intentaba colocar su lengua al faltarle una parte de la mandíbula. Quizás era eso lo que provocaba su risa. Con cada golpe, un nuevo muerto. Se empezaron a mover. Entre el humo se movían como cuando estaban vivos, quizás más despacio. Esquivaban los muebles, como si fueran conscientes de las barreras arquitectónicas. En pocos minutos se habían alineado y aquella mujer, de alguna manera, era su líder. Rio de nuevo y avanzaron.

—No morimos hoy. —Verónica no se atrevía a alzar mucho la voz—. Hoy no morimos. Las palmeras no se han movido. Esto no acaba hoy.

—Claro que no morimos hoy, titi. —Rodolfo se puso al frente del grupo—. ¡Retiraos! ¡Retiraos, en nombre de Dios!

Alejandro estaba inquieto. Tanto como lo estaría en un restaurante en el que el primer plato se demora. Rodolfo estiraba las manos hacia delante. Nadie decía nada y los muertos avanzaban.

—¡Retiraos ahora!¡Yo os lo ordeno en nombre de Cristo Rey! —Los muertos estaban a menos de diez metros de él, que caminaba con la misma seguridad que ellos. De repente, empezó a temblar. Y vomitó con tanta fuerza que alcanzó a la mujer, ensuciando de bilis su mandíbula sangrante. Estaba tan borracho que no podía caminar en línea recta.

Entonces, una luz se encendió al fondo. No era el tendido eléctrico. Era otra cosa. Era Massiel. Atravesó la entrada y el pasillo aplastando muerto tras muerto hasta moverse sobre una masa de carne, algodón escaso, chanclas y bolsos. De una trampilla salió el Jorobado con una hoz, segando las cabezas de los que escapaban. A los pies del escenario, sin un solo muerto en pie, el Mastuerzo asomó la cabeza encendiendo un puro.

—¡Hostia, si tú eres Sandra Vegas!

Y la luz volvió a Benidorm.

CAPÍTULO 13

HAY QUE VENIR AL SUR

Benidorm-Archena. 20 de agosto

Chez Pilú era, según Sandra Vegas, la mejor pollería de Benidorm. La espera por el pollo asado, aunque fuera para llevar, era de casi una hora. La cocinera había salido varias veces a poner orden. Máximo un pollo asado por cliente. Lo sentía, pero era la única manera de atender a todo el mundo. Para aligerar la espera estaba repartiendo manzanilla en vasos de plástico y los clientes se animaban contando la noche que habían pasado. Cuando volvió la luz, todos los hoteles pusieron música en la piscina para ahuyentar a los muertos. Mientras que para los adultos había sido una noche insufrible, los niños ya la rememoraban como una gran aventura.

—Y entonces mi padre cogió una espada *ninja* y mató a tres apestosos de un golpe, chaval.

—Germán, no inventes. Tu padre no sabe cortar ni este pollo asado. Anda, vamos.

—¡Luego te lo cuento entero!

Con aquella señora llevándose a su vástago de Chez Pilú le tocó el turno a Sandra y a Verónica, que compraron sendos pollos para comer allí mismo. Todo el mundo parecía querer estar con gente cerca. El apagón había unido tanto a la población flotante como lo hubiera hecho el Gordo de Navidad. Todos comentaban con todos la noche anterior, los gritos y las sirenas, todos tendrían una experiencia que contar en primera persona por una vez. Y si alguien adornaba la velada con alguna exageración, nadie podría comprobarlo.

Verónica miraba el móvil con gesto ausente. Le dio un codazo a Alejandro y le mostró sus búsquedas: cada vez que alguien subía aquel video del turista en Sitges, este era borrado de

inmediato. Con dificultad revisó en el foro de 4chan por si alguien mencionaba el tema. Ella misma posteó su duda. No pasaron ni cinco minutos cuando algunos chavales anónimos de otras partes del globo le dijeron que el *spanish redneck zombie* era otra *creepypasta*. Pronto todos estaban atentos a las búsquedas. No podían creer que apenas se comentara fuera. Solo había un vídeo, falso, de una chica llorando y pidiendo ayuda para España. Pero las imágenes eran de películas de los setenta. La opinión era unánime: otra broma surgida en Internet.

—¿Y los turistas? ¿Toda esa gente? —se preguntó Aarón en voz alta.

—¿Tú crees que alguien va a echar de menos a esos cabestros? En sus casas creerán que siguen borrachos. —El Jorobado asentía a las palabras del Mastuerzo—. A lo mejor ni siquiera tiene interés informativo fuera. ¿Tú ves la cantidad de gente que se muere cada día en algún atentado? Y ni nos enteramos. Por cierto, el pollo está buenísimo.

Todos asintieron y masticaron. Se contaron unos a otros quiénes eran, de dónde venían, y a dónde iban a ir a partir de ahora. Mastuerzo y Jorobado le sugirieron a Aarón unirse a ellos. Él aceptó. Nunca había hecho nada por nadie y le parecía una buena oportunidad. Le tentaba la idea de ir en una tanqueta. La televisión no se había portado bien con él y tenía heridas que cerrar. Su madre siempre había dicho que era demasiado buen chico para triunfar en nada en la vida. Había confiado siempre en todo el mundo y eso le había metido en problemas, y aunque se consideraba tocado por un poder superior, era consciente de ello, de que era incapaz de desearle mal a nadie o de ponerse por encima de las necesidades de otra persona, y eso no ayudaba ahora que su estrella televisiva se apagaba. ¿Quién iba a contratarle para contar nada habiendo una epidemia de muertos resucitados? Al menos tenía la historia de Garde. Pero Garde le inspiraba respeto. Durante los viajes por la costa no había contando cómo había llegado a todo aquello por no revelar historias personales de su prima, pero tras haber sufrido un intento de asesinato pensó que no estaba obligado a ser discreto, así que les contó cómo una

chica de Calpe había llegado a formar parte de un culto satánico. Garde, unos años atrás, se había enamorado perdidamente de un monitor de boxeo de la zona. Este monitor era un calvo taimado que había pasado tres años en la cárcel por robo con violencia. Pero Garde se había empeñado en ver su lado más tierno. El amor por él la llevó a aceptar todas las propuestas que él le hacía con tal de conservarlo. En algún momento empezaron a visitar bares de intercambio de parejas en Benalmádena, Torremolinos, Conil y Benidorm, y el enamoramiento de Garde se apagaba según era consciente de que él solo la usaba como moneda de cambio en las fiestas. Las chicas a las que buscaba eran de un físico radicalmente diferente al suyo y nunca la penetraba a ella salvo que no hubiera ninguna otra disponible. Las citas se convirtieron en visitas a estos locales, pero siempre iban precedidas de cenas en pizzerías abarrotadas o en restaurantes de *sushi* con un 40 % de descuento. Y Garde, en vez de centrarse en el desamor, encontró consuelo en el sexo con desconocidos y acabó pensando de forma pragmática: ¿por qué contentarse con un hombre cuando los puedes tener a todos? Empezó a asistir a fiestas mientras esperaba la llamada del monitor, pero cuando esta llegó, a ella ya no le interesaba. Había descubierto que el sexo por el sexo la hacía feliz. Disfrutaba de los cuerpos y del momento, y al llegar a casa no sentía abandono ni vacío. Al ser una mujer sin más ambiciones que la apariencia ni más entretenimiento que ver pasar la vida, se convirtió en asidua del ambiente liberal de la Costa Blanca. Fiestas y encuentros, con mejor o peor fortuna, eran sus vacaciones sabiamente repartidas a lo largo del año. En un encuentro nacional *swinger* en Lo Pagán conoció a Sinaí y con él descubrió la estética del sexo. Pasó de antiguos *pubs* con máquina de dardos a mazmorras de construcción casera y materiales reciclados. Sinaí, cuando no cuidaba de Tomaset, abrazaba a Garde y pagaba la gasolina para asistir a las fiestas de Torremolinos, que eran, según todo el mundo, las mejores de la costa. Fue allí donde conoció a un importante hombre de la política y las finanzas que, según se decía, había sido pieza clave en algunos acontecimientos de la historia reciente de España que Garde no

era capaz de explicar. Pero a sabiendas de que era un hombre poderoso, había conseguido algunas prebendas. Así era como había entrado en «Las seis de Ifach», que no dejaba de ser una rama de otro culto más importante, cuyo nombre Aarón no era capaz de recordar. Para terminar su relato, Aarón golpeó la mesa de aluminio con la palma de la mano, antes de darle el último trago a su cerveza y pedir otra haciendo un gesto con el brazo.

—En Levante todo el mundo es satánico, Aarón. Es sabido —apuntilló Verónica intentando quitarle hierro.

—Yo te digo que Garde más.

—Oye, Verónica —dijo Mastuerzo de repente—. ¿Y tu tía Soco cómo sigue?

El sol ya calentaba como el día anterior. Con el aperitivo las aventuras de la noche empezaban a perder fuerza como lo haría una pesadilla. Y el presente se imponía de nuevo con la pregunta de todos los días. ¿A dónde ir ahora? Verónica insistió en que tenían que seguir rumbo al sur.

—Es curioso que digas eso Verónica —interrumpió Sandra —, he oído a muchas personas decir que los apestosos se dirigen al sur, como los caracoles. Los caracoles siempre van al sur, y si les pones un imán debajo les vuelves locos. Eso se ha dicho siempre. Lo que no entiendo es cómo no están todos los caracoles del mundo en Tarifa. Pero tal vez lo estén los apestosos. Sea como sea yo quiero visitar a una conocida que ha comprado un balneario en Archena. Si queréis venir, estáis invitados. Invitados pero que cada uno se pague lo suyo, ¿eh?

—Siempre he dicho que Murcia es como la isla del doctor Moreau, pero nos lo han dicho tantas veces que tal vez merezca la pena —dijo Alejandro con una sonrisa franca—. Creo que estamos cansados. Llevamos casi un mes de un lado a otro. Ya nos levantamos sin saber dónde estamos. Con lo que queda de verano tampoco merece la pena descansar mucho, pero por dos noches tampoco pasa nada. ¿Qué dices, Vero?

—Pues… llevo pensando en esto un par de días. A lo mejor es una señal. Todo parece empujarnos a ir a ese sitio. Cuando Marga y Cartones nos echaron las cartas antes de salir de Madrid…

—¿Y esos quiénes son? —dijo Sandra Vegas.

—Unos amigos de Alejandro, pero ya están muertos. Bueno, cuando nos echaron las cartas, salió la luna, pero al lado cayó la carta de la emperatriz, y pienso que puede que tenga que ver con todo esto. Una mujer poderosa que rige destinos… algo querrá decir. O quizás no quiera decir nada. Bueno, ese es el encanto del tarot.

Quedaron, pues, en visitar Archena al día siguiente. Se despidieron de Aarón con un fuerte abrazo y de Mastuerzo y Jorobado con apretones de manos. Les vieron marchar por la carretera, saludando junto a Massiel. Sabían que al menos uno de ellos había encontrado su lugar en el mundo. Alejandro, que nunca se arrepentía de nada, lamentaba haber juzgado mal a Aarón. Y pensaba que no estaba mal vivir aquello si le daba la oportunidad de ver el verdadero rostro de la gente.

Revista TP

MARÍA DEL CARMEN RAMAL, EMPRENDEDORA.

María del Carmen Ramal no olvida su pasado como rostro televisivo. La esposa de Francisco Laína, tras haber sido *coach* en varios retiros espirituales, ha decidido dar un pase adelante y fundar una empresa dedicada a la espiritualidad y al crecimiento personal. Bajo el sugerente nombre de Sacerdotisas de Baal, María del Carmen ofrece retiros en la atractiva localidad de Archena, donde ha comprado el balneario que tanta fama le ha dado al lugar. Dicho balneario, construido sobre unas termas romanas, goza de aguas ferruginosas muy beneficiosas para distintas dolencias. Ramal ofrece cursos de crecimiento personal para grupos y particulares, y ofrece la posibilidad de formar a nuevos tutores. «Me he planteado esto como un sistema de franquicias», dice María del Carmen con su cautivadora sonrisa. «En Estados Unidos aprendí mucho de sus modelos empresariales. Creo que es un atraso que esto no haya llegado aquí antes. Pero yo me veo con fuerza. Soy una mujer de mi tiempo». Pero el acceso a los cursos no es tan sencillo, puesto que requiere de invitación personalizada. «De momento estamos en una primera fase de expansión; la

exclusividad nos ayuda a saber que la gente que viene está interesada de verdad», concluye.

PARTE 2

LAZARETO

CAPÍTULO 14

SACERDOTISAS DE BAAL

Archena. 20 y 21 de agosto

Sandra fumaba como no se fumaba ya en el mundo. Fumaba con el estilo de Sara Montiel y la frecuencia de Eugenio. Fumaba y hablaba de forma pausada, con perfecta dicción. Con ella en el coche iban relajados.

Radio dementes de la experiencia sonaba de vez en cuando, pero había bajado la frecuencia de las llamadas. Verónica sostenía que estaban reemitiendo programas y que ya no había nadie allí. El chico que les había mencionado en la gasolinera que se escuchaba una música por detrás de las emisiones vino a su cabeza; pero no se trataba de la sintonía de un supermercado, sino del Loquendo, un programa de locución automática nacido para ayudar a los ciegos que era usado en la práctica por adolescentes para locutar barbaridades. Hacía mucho que no tenían noticias de Madrid y no descartaban que hubiera caído. En la televisión, lo último que habían visto era una reposición del *Grand Prix,* pero no era raro que Televisión Española apostase por un concurso de entretenimiento en diferido en momentos complicados. En realidad, les importaba poco. Especialmente a Verónica, que sacaba la mano por la ventana para coger el aire y decía que era importante comprobar el viento. Alejandro no decía nada, pero había momentos en los que pensaba que ella quería de forma consciente que las palmeras se agitasen cuando antes para terminar con aquel viaje. Acababan de parar en una cafetería porque Rodolfo estaba indispuesto y este había aprovechado para pedir Canari para todos en vaso de plástico. Lo bebían ya caliente, camino de Archena. Alejandro rara vez pedía que le relevasen al volante. Y en este caso estaba encantado de escuchar las historias de Sandra Vegas.

Habían pasado Crevillent y Montepinar cuando Alejandro paró en seco. Una mujer con chaleco reflectante se retorcía en el suelo. Verónica salió del coche seguida de Rodolfo.

—¿Está usted bien? ¿Oiga? ¿Está bien? —Con cuidado movió a la mujer que miraba al vacío tocándose el vientre.

De sus manos ensangrentadas goteaba un líquido negro. Sostenía una soga de carne y sangre que llevaba hasta un recién nacido. Este, unido a ella por el ombligo, movía los brazos y las piernas boca abajo emitiendo un ruido fúnebre y monocorde.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rodolfo.

Verónica, con cuidado, depositó al niño en brazos de la mujer y fue hacia el coche. Del maletero sacó uno de los martillos y con él golpeó la cabeza de la mujer una sola vez. A los gemidos de dolor siguieron los mismos ruidos monocordes del recién nacido. Cuando estuvieron seguros de que ambos estaban juntos en el limbo continuaron su camino, pero nadie dio un sorbo al Canari. En Radio dementes de la experiencia sonó *Aquí no hay playa* y la emisión cesó. Habían olvidado lo que era estar en silencio.

Una hora después llegaron a las termas de Archena. Verónica guardaba el santo y seña que le entregó Bodil en el Bagdag. Era cuestión de descansar una noche o dos mientras Sandra Vegas convencía a María del Carmen Ramal para financiar una obra cómica en el Teatro La Latina. Sandra no creía en la revelación de las palmeras, pero sí pensaba que con toda la locura que se había desatado, había que ser económicamente fuerte de cara a septiembre. Alejandro fue el primero en pasar por la recepción.

—Me han dicho que el perro de San Roque no tiene rabo.

—Se de buena tinta que Ramón Ramírez se lo ha cortado. —Aquella contraseña le resultaba poderosamente cercana.

Les dieron dos habitaciones dobles y, pese a su insistencia, no pudieron ser contiguas. Estaban separadas por una entre medias. El antiguo Hotel Termas de Archena lo llevaba ahora María del Carmen Ramal que, pese a ser doce años más joven que Sandra Vega, había aparecido con ella en la película de terror erótico *Sacerdotisas de Baal* y como todas las implicadas

en aquella película S, estaba feliz de que la cinta se mantuviera en el olvido y apenas fuera citada en algunos medios especializados. Según les había contado Sandra en el coche, María del Carmen había dejado el mundo del audiovisual para casarse con un hombre de estado que había sobrevivido a la caída de la UCD, del PSOE, y del PP. Sin embargo, no había podido esquivar las acusaciones de recalificaciones de terrenos y estaba cumpliendo su quinto año en la cárcel. María del Carmen había dado por agotado su amor cuando él había empezado a trasnochar para quedarse en el salón bebiendo Cardhu en soledad. Con él en la cárcel, ella percibía siete mil euros mensuales que había empleado, entre otras cosas, en adquirir aquel hotel. Tras dos décadas administrando a un hombre entregado, pero cicatero, se había convertido en una experta en finanzas, lo que se sumaba al hecho de que era una mujer que había nacido de pie y había sabido jugar todas las cartas que el destino puso en su mano. Pero lo que para Sandra parecía ser definitivo en todo el asunto de María del Carmen Ramal es que había sido la primera esposa de un hombre influyente que se había especializado en el tarot y eso, para ella, era lo más importante. Y la propia María del Carmen, con el hábito blanco, apareció a saludar personalmente a Sandra Vegas y sus acompañantes.

—Qué alegría que estéis aquí. —No miró apenas a Alejandro y a Verónica hizo por no verla, como hacía con todas las mujeres más jóvenes que ella. A Rodolfo, sin embargo, le lanzó una intensa mirada—. Esta noche tendremos oficios, y sois bienvenidos si os queréis unir a ellos. Serán un poco antes de la cena. Hoy tenemos pizza o ensalada paleo. Estáis invitados.

—¿Los oficios cuánto duran? —Rodolfo no había notado la primera mirada de María del Carmen. La segunda tampoco la notó.

La charla se celebraba en un salón de convenciones con las paredes forradas de tela salmón. Las cortinas eran color lavanda, pero hacían tiempo que nadie las lavaba. Olían a tabaco y a cieno. Las sillas, estilo reina Ana, habían sido tapizadas años atrás, y en las partes donde se producían más roces estaban raídas. El tapiz era raso borgoña con tachuelas

doradas. La mayoría estaban descoladas. De la quincena de personas que se había reunido en el salón, un poco más de la mitad cabeceaba. Un hombre de unos cincuenta años vestido con sudadera y capucha se balanceaba en una mecedora produciendo un crujido acompasado.

María del Carmen se sentó detrás de la mesa de oficina con un micrófono de mano, explicando la teología del dinero. Para ilustrar su charla, detrás de ella se proyectaba un *power point* que alternaba imágenes de *stock* de gente manejando papel moneda y algunos *clip art*.

—El dinero es la verdadera salvación. Que no os engañen. El dinero decide quiénes sois y cómo os presentáis ante los demás. Os dirán que el dinero no es necesario. Pero, ¿para quién es irrelevante el dinero? Solo para quien lo tiene. Para ilustrar esta charla, y dado que no todos me conocéis bien, voy a explicaros cómo fue mi caso: tras un divorcio tortuoso conseguí una pensión media (unos seis mil euros al mes) y en vez de quejarme y gastarlo, decidí invertir en inmuebles de escaso valor con posibilidad de reforma. Tuve la suerte de poder comprar este balneario poco después del primer Brote. Se decía que aquí no habían llegado los apestosos debido a las aguas sulfurosas. Y como habréis comprobado, no hay ni uno. Yo no he visto ni uno en todo el verano. Es el único sitio de la península al que no se acercan los apestosos sin necesidad de poner música alta, ultrasonidos, o vallas. Sencillamente aquí no hay apestosos. De mi marido aprendí que nunca hay que poner dinero en nada si no tienes la certeza de que lo recuperarás multiplicado. Precisamente Jesucristo se refería a esto en la parábola de los talentos. El dinero es un bien divino y hay que saber multiplicarlo. Como los pescadores y la vid. Que pescaban y bebían. Y luego multiplicaban el pan y los peces. Nosotros tenemos que hacer lo mismo, pero con el dinero. Aunque ahora se habla mucho del *blockchain,* hay aún mucha fortuna por hacer con el dinero tradicional. Pero el dinero no siempre lo concede Dios. Una versión sesgada del cristianismo nos dice que tenemos que ser pobres, que los ricos no pasan por el ojo de una aguja. Pero esto es una medida que se usaba en Israel y que se refería a las cerraduras, creo. ¿Y

sabéis cómo llegué yo hasta aquí? Porque supe mirar donde nadie miraba. Muchas mujeres que aspiran a casarse bien, compran un cinturón y un bolso caro. Yo no. Yo me compré unos tacones caros. Los zapatos son los cimientos del ser humano. Y si no asientas los cimientos los edificios no se sostienen. Hay que empezar por los zapatos. Invertir mil euros en unos buenos zapatos, elegantes y cómodos, y a partir de ahí, construir. Generar riqueza. —Cerró los puños para remarcar los dos últimos adjetivos—. El dinero es vida.

Alejandro se giró hacia Verónica, que estaba dormida. Carraspeó para despertarla. Al poco se apagó el proyector y unos tibios aplausos precedieron al arrastrar de sillas por la moqueta color trullo. De allí se levantaron jubilados y prejubilados; dueños de ahorros principescos reunidos con pequeños sacrificios y racanerías imperceptibles, constantes, autolesivas. Los que habían comprado el periódico los domingos, los que habían sopesado cada café y comprado el congelado, la carne de conejo, el kilo de tomate en oferta. Gente de sopas de ajo y de zapato remendado. Supervivientes de otro tiempo y otra mentalidad. Matrimonios indisolubles y hormiguitas silenciosas que veían que las puertas del cielo no se querían abrir. Siendo así, invertirían en abrir esta otra puerta. Fuera lo que fuese que hubiera detrás, era el motivo de tantas cuentas a lápiz. No les movía la fe, sino la promesa de encontrar su inversión multiplicada con creces. Estos ajados faraones que llevarían su fortuna a la ultratumba tosían flema y examinaban su orina. Hablaban despacio y con vehemencia. Habían empleado toda una vida en prepararse para este segundo paso. Y se reconocían entre ellos. Se movieron hacia el salón Lo Pagán. Allí se servía la cena bufé. El comedor era un trenzado de acuarelas de litorales beis y pensionistas cortando frutas de invierno con cubierto de postre. Las paredes recubiertas de canalé mostaza absorbían el sonido. Cuando se hubieron servido medallón de merluza en salsa verde, eligieron la mesa más despejada para hablar. Un hombre con *mullet* y camiseta del Club Deportivo Laguna se unió a ellos haciendo derrapar una albóndiga con tomate sobre la mesa. Se quedó de pie mirándoles.

María del Carmen Ramal entró en el comedor. A la voz de «en pie», casi un centenar de sillas sin tope de fieltro hicieron rechinar el suelo de cerámica. El hombre del *mullet* les miró extrañado. Eran, en efecto, los oficios. Alejandro movió los ojos con evidente hartura.

—Si hay un Dios misericordioso, protégenos de intentar agradarle.

—Si existe un infierno, haz que sea en la Tierra.

—Si me pides un sacrificio, déjame tomar sus frutos.

—Señor, ilumínanos con la astucia. Arranca a nuestros enemigos de nuestro lado. Protege y multiplica nuestros bienes.

Todas las voces, a coro, repitieron. «Protege y multiplica nuestros bienes». Una mujer a la derecha de María del Carmen Ramal emitió un sonido agudo y todos bajaron la cabeza.

—Déjame hacer mi voluntad.

—Amén.

Las sillas otra vez se arrastraron hasta las mesas y comenzó el lento batir de mandíbulas y el movimiento de los sucedáneos removidos por las lenguas. Leves murmullos y ruido de bandejas apiladas. Los guisantes, tan verdes. La pera, tan dura y el vino tan templado, sonaban en la glotis del hombre del *mullet*.

—Desde luego, con los oficios estos se pasan. —Verónica le sonrió—. Llevo aquí un par de días y al principio bien, pero es que se hace duro. ¿Habéis probado ya las aguas?

—¿Qué aguas?

—Las termales. Para eso se viene aquí. Mi madre tenía artritis reumatoide y le venían muy bien.

—Ah, sí.

—¿Tú eres Rodolfo, el de los chistes de la tele?

—El mismo.

—Ostras, tío, pues somos compañeros.

—¿En serio?

—Sí, sí. Yo trabajé hace tiempo para Lazarov. En la época buena de la tele. ¿Te suena *Bellezas al agua,* o *La noche de Tal y tal,* o el *Ay qué calor?* Pues las sintonías de todas esas las compuse yo.

—Especialista en programas de tías en canicas. —Alejandro vio que aquel desconocido ya se había ganado a Rodolfo.

—También compuse algunas canciones de dibujos animados. La de *Noeli*.

—¡Esa la veía yo! —Verónica volvió a estallar en simpatía con un desconocido. Tan solo Sandra Vegas se concentraba en su comida.

—Entonces, ¿eres compositor? —Alejandro pensó que tenía que integrarse antes de quedarse fuera.

—Claro. Soy Luis Cobos. —Rio con más fuerza de la que merecía la ocurrencia—. Es broma. Soy Chowi, y ahora tengo una academia de matemáticas e inglés. Me va bien. Pero a ti no te veo por la tele ya.

—Estoy vivo de milagro, macho.

—Como todos, tío. ¿Cómo os llamáis?

Alejandro y Verónica se presentaron. Sandra tardó un poco más. Parecía ausente y miraba a María del Carmen Ramal intrigada. De repente, Sandra interrumpió la conversación para dirigirse a Chowi.

—Chowi, ¿has bajado a las termas? —Él se quedó callado, como cuando alguien menciona una fiesta sorpresa delante de la víctima—. ¿Has visto algo?

—No. No he bajado. ¿Por qué?

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Quién te invitó?

—Mi tía. Mi tía y sus amigas. Me dijeron que esto me vendría bien. Y como la academia en realidad la lleva mi exmujer, me contrataron de conductor. Fletamos un minibús desde Marbella y vinimos en plan excursión. Fue una pesadilla, porque, aunque estén operadas, se nota que son mayores y tienen manías de persona mayor. Es como si dentro de Carla Bruni viviera una vieja. Muy raro.

María del Carmen Ramal se acercó a ellos vestida con los mismos hábitos que usaba todo el personal. Sonrió controlando la mesa como un trilero cuando va a hacer el juego final.

—¡Sandra, *amore!*

Sandra cambió la actitud con un leve giro de cuello. La voz y la actitud corporal adquirieron un brillo que parecía llenar el salón Charo Baeza.

—¡Pero bueno, María del Carmen! Es que estoy… ¡Qué preciosidad de hotel has comprado! ¡Qué maravilla de charla! Bueno, estamos todos que no nos lo creemos. Lo estábamos comentando ahora mismo. ¡Qué buen gusto, qué tranquilidad, y qué paz! Bueno… estamos encantados. ¿A que sí, chicos? —Volvió la cabeza hacia ellos, que miraban con los ojos muy abiertos. Verónica tenía una bola de pescado en un carrillo—. Mira. Estos son Alejandro, Verónica, Rodolfo, y este chico que se ha sentado nos estaba contando lo bien que se está aquí. ¡Qué pena que se acabe el verano!

María del Carmen Ramal estiraba una sonrisa de crispación y no decía nada.

—Oye, y nos ha encantado la charla. Qué interesante todo. Qué hábitos. Qué maravilla.

—Pues yo creía que lo sabías.

—¿Saber el qué?

María del Carmen Ramal, ignorando a los invitados, cogió a Sandra del brazo y la llevó hasta un punto del salón donde nadie podía escucharlas. Tras unos minutos se despidieron y volvió a la mesa. Chowi se había levantado a por el postre.

—De verdad, estáis como para un mus. Ha sido como tener una excursión de subnormales a mi cargo. Dios…

—¿Qué pasa?

—¿No podías tragar el pescado al menos?

Todos se miraban entre si.

—En algún momento vamos a bajar a las termas todos, ¿de acuerdo? Todos los huéspedes del hotel. Os preguntarán uno a uno sobre lo que vamos a ver ¿de acuerdo? Decid lo que sea menos la verdad.

—¿Por qué?

Chowi se sentó de nuevo con un flan al que se le había caído la guinda. Siguieron charlando y comiendo. Estiraron la cena con un pacharán. Y se fueron a las habitaciones. Sandra les pidió que no mencionaran nada de lo que habían hablado, pero les insistió en seguir sus dictados. Esa noche nadie les dijo nada, pero apenas durmieron. Sandra fumaba en la ventana mirando la oscuridad del campo. Alejandro hacía cuentas y Verónica leía las revistas antiguas de la habitación. Rodolfo,

sin quejarse, aguantaba el escozor de las heridas que tenía por el cuerpo. Era frecuente que llorase cuando nadie podía verle. Pero antes parecer un cafre que reconocer su humanidad. Y esa noche, como tantas, se preguntó cuándo dejaría de llorar antes de dormir.

Nadie se hacía preguntas en Archena. Lo que estaba claro era que todos menos ellos habían pagado bastante por estar allí, lejos de los apestosos. Algunos preguntaban en recepción por las charlas de la noche, interesados en acercarse a aquella visión de los acontecimientos. Otros solo querían dejar pasar los días. Aunque evitaban a Chowi, este tenía un extraño magnetismo. Fuera lo que fuese que hubiera hecho en televisión, parecía anclado en una época en la que fue feliz: Andoni Ferreño, Jeannette Rodríguez, Natalia Estrada, Ingrid Asensio, Agustín Bravo, y él mismo acudiendo a programas, cenas, galas, y reservados. La prolífica carrera musical de Chowi aumentaba con el paso de las horas. Su parsimonia locuaz era contagiosa. Por la mañana habían coincidido en la piscina exterior y, aunque estaba nublado, el calor del agua era tan agradable que, tras varias semanas de altercados, Alejandro y Verónica sentían por fin la calma. Alejandro dormía boca arriba y Verónica sobre él, subiendo y bajando al tiempo que lo hacía su tripa. El viento frío soplaba erizando la superficie de la piscina. Una jubilada metió la cabeza solo para darse cuenta, al emerger, de que había arruinado su peinado. Verónica despertó sobresaltada. Estaba empapada en sudor.

—¿Qué pasa? —Alejandro también se había despertado y el sudor de verónica le resbalaba por el costado.

—He tenido un sueño muy raro.

Verónica no entendía por qué se había sobresaltado. Comenzaron a hablar del tiempo y Verónica no mencionó que en el sueño estaban en una subasta los dos. Pero estaban separados. Ella pujaba por una joya que al final no era tal. Le daba la vuelta y era fieltro y cola. Lo tenía en sus manos. No tenía valor. Y eso la había sobresaltado. Era la imagen inequívoca de una sortija sin valor.

—¿Quién es Barbatos? —Chowi se tapaba con la toalla

como lo haría un niño pequeño.

—¿A qué viene eso?

—No sé. Lo he oído, pero no se dónde.

Una mano agarró el brazo de Verónica, que se sobresaltó. Era una mujer tuerta, mayor, a la que ya había visto antes.

—¿Pasasteis por el Pilar? No compraríais adoquines, ¿verdad? No te asustes, niña. Qué bien que habéis venido. Si es que aquí se está como en ningún lado.

—Les estaba hablando de vosotras. —Chowi intervino, pero ella no le miró. —. Si queréis haceros socios es el mejor momento. Hoy al caer la tarde hay que bajar a las termas. No hay oficios hoy. —El tono en el que lo dijo no dejaba lugar a dudas. No tenían ganas de que llegara la noche. Estaban tranquilos allí. Pero la noche llegó y se dirigieron a las termas.

Sandra Vegas ya tenía claro que aquello era una encerrona. No creía en lo paranormal, pero sí en los perturbados. Que María del Carmen siempre había sido una cicatera no era ningún secreto. Al igual que su marido, no ponía dinero salvo que estuviera muy segura de recuperarlo con creces. María del Carmen Ramal cobraba muy caros los favores que hacía, llegando a la usura. Sandra era consciente de que llevaba muchos años, quizás demasiados, de artista residente en Benidorm. Un espectáculo suyo en el teatro de La Latina no era un éxito seguro. Así que algo había movido a María del Carmen a invitarla allí justo ese verano, justo en esa compañía. Y justo el día que se había reencontrado con Rodolfo Magadán.

CAPÍTULO 15

LA PUERTA VERDE

21 de agosto

La cola era larga, pero avanzaba deprisa. La gente llevaba toallas y comentaba la mejoría experimentada en el balneario. Nadie parecía entender del todo aquello de las charlas y los oficios, pero, como todos los negocios del mundo, mientras no diera problemas tampoco era importante. Uno a uno pasaban tras una puerta metálica de color verde, permanecían unos minutos, y salían. Una de las empleadas les daba un toque para que se dieran prisa en continuar con el resto del tratamiento. Pero lo importante, lo único importante, estaba tras esa puerta. Rodolfo, con el vapor, tenía las cicatrices al rojo vivo. Chowi le recomendó usar rosa mosqueta. Él, sin embargo, parecía sombrío. Verónica entendió entonces que el motivo de que estuvieran allí todos era Rodolfo. Llegó su turno de cruzar la puerta y contuvieron la respiración.

Pero salió. Salió con la misma cara con la que había entrado. Y llegó el turno de Sandra, y luego el de Alejandro, y finalmente el de Verónica. Cruzó la puerta. Todo estaba envuelto en vapor. Era como estar en el tren de la bruja: sentirse alerta y observada. Miraba delante y estaba pendiente de sus espaldas. Pero no sucedía nada. Se oía gotear el agua. Y un ruido débil. Muy débil. Verónica se tapó los oídos previniendo un susto que no terminaba de llegar. Solo el goteo, el no saber si estaba sola o acompañada. Y esperar el sobresalto. Pero la puerta se abrió de nuevo y salió. Miró a su alrededor. No sucedía nada extraordinario. Verónica siguió el circuito termal. Recibió unos masajes, pisó piedras calientes mientras un chorro de agua fría le estimulaba las piernas. Se duchó, se secó, se puso ropa limpia, y bajó al salón. Alejandro estaba demasiado serio. Sandra parecía alerta. Rodolfo parecía

perder vida a cada minuto.

En el salón Charo Baeza no se notaba expectación alguna. María del Carmen Ramal subió al escenario de nuevo y miró a los presentes. Esperó a que los murmullos cesaran y señaló a una mujer encorvada.

—¿Qué has visto?

—He visto un almendro en flor, tan bonito y florido como el manto de la Virgen.

—¿Y tú? —María del Carmen Ramal se dirigió a una persona en la otra punta del salón.

—He visto un conejo transformarse en polvo. Del polvo ha salido una mujer. Ha caminado hacia mí y me ha señalado. —Este anciano, al que le temblaba cada músculo del cuerpo, había sufrido una laringectomía y hablaba con esfuerzo—. Olía a claveles, a claveles olía todo.

Una mujer levantó la mano. María del Carmen le señaló.

—He visto un águila acercarse a un columbario y vaciarlo con su pico.

Otra mano se alzó.

—He visto a un joven con las palmas de las manos cosidas a las plantas de los pies. Y hablaba. Decía una adivinanza que no tiene solución.

—He visto el rayo que atravesó la frente de Santa Rita. Era tan nítido que podía cortar el diamante.

—He visto una tortuga de lapislázuli. Un ángel la sostenía. Y lloraba amargamente.

Los testimonios fueron mutando hasta converger en lo celestial, lo animal, y lo dramático. Una a una, todas las manos se alzaron. La mujer tuerta, junto a María del Carmen, señaló a Verónica.

—He visto… —Verónica sopesó la posibilidad de decir o no la verdad—. He visto a una emperatriz sentada en un diván, con trigo a sus pies. Un río pasaba por detrás de ella, y tenía un cetro en la mano.

Alejandro levantó la mano.

—He visto a un hombre alejarse de unas copas, en un páramo desolado.

María del Carmen asintió satisfecha y continuó la ronda.

Cuando llegó el turno de Rodolfo, este vaciló antes de hablar.

—He visto… tres muertes…

—Explícate mejor. —El tono tajante de María del Carmen hizo el silencio absoluto.

—Son… tres muertes. Mueren tres. Eso…

—¿Y cómo es ver tres muertes?

—Tampoco me fijé bien —mintió—. Es que hacía mucho calor ahí dentro.

Quedaba poca gente que no hubiera compartido su visión. Uno de los últimos fue Chowi.

—Nada. No vi nada. No había nada. Solo vapor. Y el agua que goteaba. Solo eso. Y nada más.

—Normal —agregó Rodolfo en voz baja.

María del Carmen no le dio importancia y fue terminando. Pero los dos últimos testimonios habían estropeado el efecto, y un murmullo ya se alzaba como una sola voz. Hasta que María del Carmen Ramal habló.

—Aquí, en este balneario, está naciendo el nuevo hombre. El que barrerá la Tierra. El que separará lo puro de lo impuro. Y vosotros sois sus testigos. Debéis contarlo. Contar que el Brote se marchará de esta tierra. Que seremos eternos. Este hombre no es humano. Este hombre es generoso, es moderno. Es un hombre que no os pedirá que os arrodilléis, sino que os levantéis. Y la única vía para encontrarle somos nosotras, las Sacerdotisas de Baal. Pero somos conscientes de que no todos podéis uniros de forma completa, así que para los que quieran conocer un poco más nuestra organización, aquí tenemos el libro en el que lo explico todo. Voy a estar firmando media hora. El datáfono no funciona, así que solo admitimos efectivo.

En el revuelo fueron acercándose todos a la mesa. Ellos siguieron a la turba. La fotocopia que les entregaron en Belchite estaba en DIN-A3 pegada a los bordes de la mesa.

SACERDOTISAS DE BAAL

El único centro que aplica la programación neurolingüística al holismo para conseguir que TÚ tengas la vida plena que mereces.

¿Sientes cansancio? ¿Has llorado a solas alguna vez? ¿Tienes dolor de espalda o migrañas? ¿Notas que tu sueño no es reparador? Sacerdotisas de Baal te ofrece una solución EFICAZ y DEFINITIVA para los problemas que nos crea el mundo moderno.
María del Carmen Ramal, psicóloga y documentada financiera con gran expertise *en el campo de la comunicación te GARANTIZA RESULTADOS.*
Por una inversión mínima verás multiplicarse tus beneficios al tiempo que tu salud se restaura. Una piel brillante es el signo externo de una vida plena. No te arrepentirás.
Olvida la oscuridad: la nueva luz está aquí.
Contato*: info@sacerdotisas_de_baal.org*

Alejandro señaló con el dedo la errata en la fotocopia.

—«Contato» —dijo mirando a Verónica. Ella asintió.

Tras el suplicio de las visiones, los huéspedes parecían más cercanos, más amigos. El libro de María del Carmen tenía unas cien páginas con letra legible para ojos cansados. La firma se alargó. La salida del salón se hacía en amigable charla. Verónica no hablaba con nadie; solo contemplaba los pequeños grupos que se habían formado. Incluso parecía que la tercera edad estaba menos achacosa. El grupo que ya formaban Alejandro, Rodolfo, Sandra, Chowi y la propia Verónica, giraba ya lejos del ascensor: también estaban relajados. Sandra reía.

—Bueno, mi gente, yo me acuesto ya, que mañana quiero levantarme temprano para correr —dijo Chowi despidiéndose con la mano mientras bostezaba.

María del Carmen apareció por la esquina.

—¡Muera el gentil! —Disparó una pistola.

La sangre de Chowi salpicó la pared color salmón. La primera parte del cuerpo del hombre que tocó el suelo fue su pecho, con el collar de oro con el escudo del Atlético de Madrid. Verónica se quedó mirando la cara de María del Carmen Ramal, contraída en un gesto de odio que no olvidaría jamás. La pistola no funcionaba. Verónica, sin pensar siquiera, le cruzó la cara de una bofetada, en un gesto de rabia. Sandra tiró de su brazo.

—¡Nos vamos de aquí cagando leches!

Corrieron a la habitación. Era un caos. Cogieron cuanto pudieron. Las llaves, el móvil, los documentos, las zapatillas, una toalla. María del Carmen golpeaba la puerta.

—¡Abrid la puerta! ¡Que soy María del Carmen Ramal!

Sin mirar atrás y sin tiempo para llorar saltaron por la ventana. El jardín de cactus apenas estaba iluminado por la luna nueva. Los veinticinco metros que separaban su ventana del parking pasaron como una riada de pequeños martirios. Las piedras, la arena, los pinchos, y la voz de María del Carmen Ramal a lo lejos maldiciendo y tratando de disparar la pistola. Los huéspedes abrían la ventana para ver lo que sucedía. Lo último que oyeron decir a María del Carmen Ramal fue «matar en España sale muy barato».

Llegaron al coche, pero Alejandro no encontraba las llaves.

—¡Las cogí! ¡Las cogí de la mesilla! ¡Las había cogido!

—¡Da igual! ¡Tenemos que irnos de aquí! Esta gente está completamente loca.

—¡El Buick! ¡El Buick Elektra! ¡Que no hay otro como este! ¡Que alguien haga un puente, rápido! —Verónica le tiró del brazo.

Sin mirar a ninguna dirección corrieron tanto como les fue posible. Bajaron la cuesta empedrada pensando que las rodillas les cederían en cualquier momento. Detrás de ellos, una docena de seres gritaba salves al nuevo dios. No sabían si eran apestosos o jubilados en pijama, pero estaba claro lo que querían. Tras ellos, María del Carmen Ramal profería maldiciones con un palo en alto, coronado con lo que parecía la cabeza destrozada de Chowi. Para despistarles, atravesaron la carretera y dejaron el arcén atrás, corriendo por uno de esos débiles caminos sin principio ni final. Cada sombra, cada bulto les hacía chillar. Toparon con las vías del tren. Pero Sandra no podía correr más. Le fallaban las piernas. A lo lejos se veía la luz de un tren.

—Venga, levanta, que puedo acabar con esta gente. Si no me pudieron matar en Calpe fue por algo. Nosotros vamos a acabar con esto.

—Da igual. Yo os he metido en esto. Dejadme. Que a lo

mejor ni me encuentran. Sobre todo, si dejáis de hablar. Venga.

—Sandra, que somos más fuertes que ellos.

—Ay, por Dios, que este hombre se calle ya. De verdad.

El tren estaba cerca. Rodolfo miró sus faros y, como un poseído, entró en la vía, se arrancó los botones de la camisa, y puso los brazos en cruz.

—¡Te ordeno que pares! ¡Por el señor de los espacios infinitos! ¡No puedes pa…! —El tren le arrolló.

Siguieron una violenta frenada unos metros por delante, y un maquinista gritando en la oscuridad.

—Pero, ¿de dónde ha salido este? ¡Señor, llévame a mí que es el segundo gilipollas que se me tira a las vías este verano! ¡La mierda de la epidemia!

Sus perseguidores se habían quedado quietos. La siniestra comparsa, recortada por la luz de la luna, caminaba hacia atrás. Verónica se agachó a mirar los restos de Rodolfo. Alejandro vio cómo los tocaba. Sandra hizo una señal y se mezclaron con la gente que salía a mirar. El maquinista gritó a una mujer que cenaba un bocadillo en papel de estraza.

—¿Y a usted quién le manda abrir la puerta?

—¿Vamos a tener que esperar a los de los atestados? Que ya vamos con retraso.

—No esperamos a nadie. Aquí cada día se tira un loco a la vía.

El maquinista volvió a su puesto rezongando. Pasadas las doce y media de la noche llegaron a la estación de Cartagena. Caminaron evitando el centro hasta dar con un hotel color pizarra. Allí hablaron sobre lo que podrían hacer al día siguiente. Alejandro buscó un coche de segunda mano por Internet. Quedaban pocos días de viaje, pero él no quería coger un coche cualquiera. Buscaba un coche descapotable, llamativo, rojo. Pero no lo había. Luego buscó un coche rojo y descapotable, fuera bonito o feo, pero tampoco lo halló. Por último, recurrió a Wallapop dispuesto a comprar lo que fuera. Mientras tanto, Sandra Vegas y Verónica comentaban un concurso olvidado en el que los concursantes aparecían con los ojos vendados en un parador y tenían media hora antes del cierre de los comercios para conseguir lo que deseasen por un

máximo de un millón de pesetas. Uno de los concursantes, desesperados, encargó un ataúd. Tal era la desesperación por no perder aquel dinero caído del cielo. Era un *¿Qué apostamos?* mezquino en el entorno de los paradores nacionales. Alejandro no le veía la gracia y continuaba con sus pesquisas.

Verónica se ausentó de la habitación y bajó a la cocina, ya cerrada, a pedir un *tupper* con hielos. Salió de ella con una bolsa con agua fría. En ella metió la mano de Rodolfo, rescatada por ella de las vías del tren. Volvió con la mano nadando en el agua. Antes de entrar, la observó un momento. Con todo lo horrible que había en aquello no podía evitar ver a su amigo, pero también a la propia muerte agitándose en un mundo yermo.

Pisaba despacio porque las luces ya estaban apagadas. Entró al baño y convirtió el bidé en una pecera para los restos de Rodolfo, que se agitaban de forma rítmica. Sandra entró al baño y se quedó parada.

—Es de Rodolfo.

—Ya imagino. Tírala. Es una guarrería.

—Era nuestro amigo.

—Y mi abuelo era mi abuelo y no por eso tengo su mano por casa. Tíralo, por favor. No nos traerá nada bueno.

Verónica accedió, pero pidió pasar unos minutos con la mano. Sandra se sentó en el retrete mientras ella realizaba su ritual privado. Cuando finalizó tomó la mano de Rodolfo en la suya y, tras estrecharla en un gesto cariñoso, la arrojó al váter. Luego tiró de la cadena y la observó desaparecer en el remolino.

La luz intensa de la luna nueva entraba por la ventana. Ni Alejandro ni Verónica lograban conciliar el sueño.

—¿Cuántos días nos pueden quedar hasta que se agiten las palmeras? —preguntó Alejandro sin mirar a Verónica.

—Yo creo que un par. Una semana como mucho.

—Me da pena que todo se acabe, Verónica.

—Y a mí.

—Al menos hemos hecho este viaje juntos.

—Es lo único que importa.

Alejandro se limpió las lágrimas y durmió profundamente,

como se duerme después de llorar.

CAPÍTULO 16

ME QUEDARÉ SOLO

Cartagena. 22 de agosto

—Aire acondicionado, la bolita esta para el remolque, y la última ITV es de hace un par de años, pero la Guardia Civil nunca se fija. Es del 2000. Os lo dejo en mil *quini*. —El vendedor tenía prisa por deshacerse del Seat León amarillo que, milagrosamente, alguien había querido comprar—. Esto tira y no da ningún problema.

—Es que vamos hacia Marbella —dijo Verónica en un intento de rebajar el precio.

—Un coche como este no lo han catado en su vida esos pijos, pijo.

—Te hago una transferencia de ochocientos el lunes o te doy ahora mismo trescientos cincuenta. —Alejandro era un gran regateador. Sandra y Verónica estaban violentas con el giro que había tomado la negociación.

—Venga. Hecho. Dame los trescientos cincuenta.

El hombre les mostró el coche que, según dijo Sandra en carretera, no valía ni cincuenta. Pelos de gato, barro, y una bolsa del Aldi debajo del asiento del copiloto. Una caja de pañuelos en el maletero y una trona de mimbre que hubieron de tirar en el contenedor. El vendedor parecía tener más interés en hablar que en vender bien el coche, así que aceptó de buena gana la comida en el restaurante Señor Wok. En realidad, querían retrasar su salida de Cartagena porque, de seguir detrás de ellos, las Sacerdotisas de Baal habrían supuesto que no iban a estar mucho tiempo en semejante lugar. El restaurante elegido por el vendedor era un bufé libre en el que los *nigiris* convivían en feliz armonía con las croquetas y los flanes. Una piscina de bolas, una parte para cocinar wok, y bebidas templadas. Alejandro y Verónica

pidieron *whisky* con hielo y Sandra decidió beber de su botella de agua. El vendedor aseguraba que cerca de los restaurantes chinos nunca había apestosos porque se los comían, y les confesó que un inglés de la zona le había explicado que era un invento de la CIA de Inglaterra para acabar con los PIGS.

—Como el sida con los maricones, pero solo en España, y además, en fiestas, que la gente se despiste. Han empezado por España, pero tienen planes para seguir con Grecia, Portugal, y al final, Irlanda. También me dijo que iban a meter en un avión de lujo a los españoles más importantes para que siguieran contribuyendo a la marca España, porque esto lo paga Amancio Ortega. David Meca, Rafa Nadal, y Penélope Cruz. Esos tres. Bueno, y Tita Cervera, pero porque ella tiene mucho dinero y ha comprado la vacuna. Siempre que se inventan una enfermedad tienen una vacuna guardada. Y la Tita no es de fiar.

—Esa lo ha pagado todo haciendo cuadros.

—Será comprándolos.

—No, no. Haciendo cuadros…

Sandra le explicó al hombre el significado de «hacer un cuadro», y se despidieron amigablemente. El coche aguantaría un par de semanas, que era lo que podía tardar en llegar el momento de las palmeras. Había sido una buena compra.

Sandra Vegas guardaba silencio. A la pregunta sobre si quería que parasen en La Manga solo respondió con la cabeza. Verónica y Alejandro habían estado años atrás en La Manga en una boda, un soleado 28 de diciembre. Pero los carteles estaban apagados y había poca gente por la calle.

—Es normal. Esta ciudad se pobló con casas ganadas en el *Un, dos, tres*. Hasta la última etapa eran todas parejas mixtas, así que, por lógica, esos apartamentos quedaron en manos de herederos o de los propios concursantes. Lo que quiero decir es que es normal que sean todos viejos —Verónica hablaba sin parar intentando animar a Sandra, pero ella permanecía en silencio.

—Mírales. —Sandra despegó por fin los labios—. Son apestosos. Todos.

Recorrieron las calles, pero no había un solo humano vivo

allí. Pusieron la radio, pero no se mencionaba nada de La Manga. Intentaron coger Radio dementes de la experiencia, pero no fue fácil. Cuando lo consiguieron, sonaban las Baccara con *The devil sent you to Laredo*. Y la voz de la experiencia comenzó a hablar:

—Buenas tardes, inconmensurable panda de hijos de puta… Estas eran las Baccara. ¿Qué pinta nadie en Laredo? Pues ni puta idea. Tampoco sé dónde está. Pero bueno, para los que os hayáis despertado ahora de la mona, vamos con el boletín informativo y, por favor, no nos petéis más el Twitter con lo de que no se nos coge bien por la radio….

—Está grabado. —A Verónica le había cambiado la voz—. Esto ya lo hemos escuchado antes de llegar a Gandía. Es una grabación.

Cambiaron de dial mientras atardecía en La Manga. La última visión que tuvieron de La Manga fue la de una mancha rosa de flamencos muertos en la albufera.

—Quizás el mundo se ha acabado y no nos hemos enterado. —Sandra Vegas volvió a sumirse en el silencio.

El horizonte era una pira funeraria y el único CD del coche hacía sonar uno de los éxitos de Amistades Peligrosas: *Me quedaré solo*.

CAPÍTULO 17

EUGENIA DE MONTIJO

Carboneras. 23 de agosto

Alejandro no había querido seguir conduciendo y en Carboneras cogieron una habitación para los tres en el hotel El Dorado. Había sido construido para el rodaje de *Lawrence de Arabia* y al menos allí dentro sí parecía seguir la vida tal y como la habían conocido. El tiempo era un poco más fresco que los días anteriores, pero Sandra Vegas bajó temprano a la piscina. Cada hora y media, la megafonía hacía sonar un intenso pitido que, les habían asegurado en recepción, era imperceptible para el oído humano. No había apestosos, pero las ojeras de los pocos clientes lo desmentían: los pitidos eran perfectamente audibles. Durante la noche, los pitidos eran sustituidos por el tema principal de *Lawrence de Arabia*. Antes de mediodía ya tenían la música de Maurice Jarre clavada en el cerebro.

Carboneras era un pueblo con poca actividad. Dado el estado aún natural de una parte del cabo de Gata, Alejandro pensó que podrían pasar el día en la playa. La recepcionista les dio una radio de cortesía.

—Tengan eso a volumen fuerte por si acaso. En la FM no se coge casi nada, pero en la onda corta a veces se coge un programa de crítica taurina muy interesante.

Le agradecieron las indicaciones y compraron vino en un colmado antes de partir hacia la playa de los Muertos. Había poca gente y por lo escarpado del acceso no solían llegar los apestosos. El mar estaba tranquilo y el agua cristalina. El siroco azotaba sus espaldas. Una madre salió corriendo detrás de dos melocotones que se habían volado. Bebieron el vino templado bajo el sol de media tarde, y no sin dificultad, se quedaron dormidos con la radio emitiendo, entre

interferencias, un acalorado debate en árabe. Alejandro tuvo una pesadilla y empezó a hacer un ruido agónico. Verónica se despertó y vio que estaba vomitando. Le puso de lado y restos de vino y bilis cayeron por su boca a la toalla. Ella se quedó dormida con el brazo sobre él, asegurándose de que seguía de lado. Por el sol debían ser las ocho cuando un ruido metálico les despertó. Acercándose por la orilla vieron una comitiva formada por quizás veinte personas. Eran hombres, mujeres, niños, adolescentes. Iban sucios y despeinados. Estaban quemados por el sol y de los brazos y las piernas les colgaban piezas de menaje, quincalla, panderetas de plástico, y algunas latas oxidadas que les habían hecho cortes ya cicatrizados. Unos llevaban cangrejeras, otros, sandalias ortopédicas, y los menos, zapatos de esparto. Una chica de unos veinte años y su novio se acercaron a ellos. Alejandro, Verónica y Sandra hicieron lo mismo. Quizás tuvieran noticias.

Al acercarse escucharon la canción que cantaban, como un salmo responsorial de corro infantil.

«María Eugenia, ¿de quién? De Montijo, ¿el qué? Dame un poco, ¿de qué? De tu amor, ¿para qué, para qué? A cambio, ¿de qué? De hacerte, ¿de qué? De Francia ¿el qué? Emperatriz…»

La joven les quiso parar, pero ellos solo bajaron el ritmo.

—¿Qué hacéis?

—Vamos al estrecho —dijo la mujer que iba al frente.

—Pero que por ahí no podéis pasar, está lleno de piedras.

—Pues lo bordearemos.

—¿Os puedo sacar una foto?

—Vale, pero no podemos parar.

La chica corrió a por el móvil. Su novio siguió con el interrogatorio.

—¿Para qué vais al estrecho? Eso está muy mal todo.

—Hay que irse de aquí antes de que los apestosos se lo carguen todo. Nadie está haciendo nada.

—Pero tampoco hay que ponerse radical, hombre. Si estáis hechos un asco. Y la herida de ese chiquillo tiene muy mala pinta —dijo, señalando el brazo purulento de un niño que miraba el mar sin apartar la vista.

—Yo te recomiendo que cojas lo que puedas y te unas a nosotros. No hemos tenido ni un problema hasta ahora. Vamos haciendo ruido. Venimos desde Pulpí.

La chica sacó algunas fotos y se despidió de ellos. Fue Verónica quien se acercó a preguntar.

—¿Quién os ha dicho que fuerais al estrecho?

—Se nos ocurrió a mi mujer y a mí. —Giró la cabeza hacia la mujer que iba justo detrás de él. Ella tenía el pelo corto y rizado, y suspiraba con frecuencia. El peso de sus piernas le estaba destrozando las rodillas, pero no parecía querer parar.

—¿No visteis un fantasma?

—Creo que no. Se nos ocurrió después de comer. Luego se nos fue uniendo gente. Pero nos han debido de copiar, porque hay una batucada que ha partido de Reus y un pasacalles que, por lo visto, se está haciendo fuerte por la zona de la Maragatería. Pero es un absurdo. Allí es que no hay nadie y tampoco tiene sentido recorrer España en círculos.

El hombre tosió y reanudaron la marcha. «María Eugenia, ¿de quién? De Montijo, ¿el qué? Dame un poco, ¿de qué? De tu amor, ¿para qué, para qué? A cambio, ¿de qué? De hacerte, ¿de qué? De Francia, ¿el qué? Emperatriz…»

El responsorio pasó a ser un coro cuando les dejaron atrás.

«Jolín, qué bien, vaya rollo, todo el día comiendo pollo. Un, dos, no hay arroz. Tres, cuatro, no hay tabaco. Cinco, seis, quién ha roto la formación. He sido yo, mi capitán, se me ha roto la escopeta. Qué escopeta ni qué puñeta, o lo arreglas al momento o te vas del campamento y, como dice el reglamento, yo me quedo tan contento…»

—Cuánta ignorancia —Sandra les miraba con resignación mientras se metía en el mar. Salió de inmediato al ver varias medusas—. Se va a acabar el verano, el mundo, y todo en general. Y yo como una idiota llevándoos a Archena a financiar un espectáculo.

—Todo el mundo nos hablaba de Archena. Quizás era importante ir. Pero yo no vi nada.

—La mayoría vieron algo porque si no el viaje se convertía en la nada, en un absurdo. Ya veremos cómo acaba todo esto. Los muertos en las cunetas, los decapitados, y las personas que

faltan. Ahora les vemos como monstruos, pero han sido nuestros amigos y nuestros compañeros. Aun con todo, ahora somos tantos en el mundo que no importa si somos algunos menos.

Sandra parecía haber perdido las fuerzas desde la noche en Cartagena. Ya no era la mujer alegre que defendió el Benidorm Palace durante el apagón. Se había convertido en la señora de mediada edad que quedaba después de la peluca y las lentejuelas. La que abría las cartas de Hacienda, se encendía un cigarro y se preguntaba cómo haría frente a otro mes sin ingresos. Ante ellos estaba lo que restaba, el cuerpo que queda en el ataúd y sobre el que se echa tierra: lo que es mejor dejar de ver. Pero, por un fallo en la naturaleza, seguía hablando y moviéndose, exactamente igual que los apestosos.

Pasaron la noche en Carboneras. Al día siguiente querían bañarse en Mónsul y dormir en Torremolinos.

***EUROPA PRESS*. NACIONAL.**
Los problemas de mantenimiento en carretera se recrudecen con la ola de calor.

A los cuerpos descompuestos por el Brote, se une el caso de automóviles en llamas en mitad de las carreteras. No se sabe a qué se debe el fenómeno, pero todo apunta a una posible combustión espontánea de los cadáveres. Por eso, desde la DGT se insiste en una circulación más responsable. Y se hace una llamada al civismo. La carretera de Huelva está cortada por el incendio de una tanqueta en la que se distinguen al menos dos ocupantes, mientras que las tareas de rescate en la N-II se dificultan por la cantidad de cadáveres semovientes que se hallan en las cunetas.

CAPÍTULO 18

QUÉ SABE NADIE

Mónsul. 24 de agosto

Antes de marchar del hotel escucharon decir que, por lo visto, habían probado ya un remedio y empezarían a administrarlo primero en Cataluña, Madrid y la Comunidad Valenciana para ampliarlo a toda España a mediados de octubre. En Mónsul pidieron bocadillos de calamares y tortilla de patata para llevar. Hacía sol y el viento no soplaba. La noticia de la vacuna se repetía en el canal 24 horas y una animación leve parecía hacer tocado a los viandantes. Algunas personas se marchaban sin entusiasmo: en la mayoría de trabajos se había pedido que, pese al clima de inseguridad, todos estuvieran de vuelta y totalmente operativos el 1 de septiembre. Si no se producía el tan temido apocalipsis, al menos que no hubiera recesión. O que ellos no perdieran dinero. El fin del mundo se veía ya, este veinticuatro de agosto, como un acontecimiento incompatible con el libre mercado. Para muchos habían sido las peores vacaciones de su vida. Los niños pequeños habían llorado y los que eran un poco más conscientes habían vivido una gran aventura. Para las madres era un añadido al doble trabajo que suponían las vacaciones. Para los padres, un fastidio, sin más. Al menos, la entrada a la playa de Mónsul estaba poco transitada. Apenas un par de furgonetas con la pegatina de *Wonderlust*. El Seat León amarillo destartalado les llevó hasta la playa de la media luna. Verónica se puso en jarras y suspiró.

—Aquí se rodó *Indiana Jones y la última cruzada*. Y el videoclip de *Ave María* de Bisbal… Seguro que hoy nos bañamos tranquilos.

Con el mar en calma entraron en el agua tibia y limpia. El viento soplaba suave y cálido. Alejandro se dejó caer hacia

atrás y comenzó a hablar.

—Es una pena que ya no se haga *western* en Almería. El paisaje en realidad tiene poco que ver con el que tenía el Oeste. Los libros en los que se basan las mejores películas, además, son bastante buenos. La gente que va de culta se cree que somos como de *El Quijote*. Qué mas quisieran esos muertos de hambre.

—Es verdad —continuó Verónica tras meter y sacar la cabeza de debajo del agua—. En realidad, si te fijas, todos somos como un tebeo de Bruguera. Ambiciosos, un poco muertos de hambre, y supongo que entrañables.

—Eso unos más que otros.

—El moroso de *13, Rue del Percebe* no era entrañable. Y además, era el propio Vázquez. Yo creo que cada comunidad se identifica con un tebeo. Incluso cada provincia.

—¿Y Ceuta y Melilla? —Sandra miraba fijamente al horizonte, como si no le importara la conversación en la que habían entrado Alejandro y Verónica.

—Ceuta y Melilla serían esas páginas de tebeos realistas que no se leía nadie. Y *Mortadelo y Filemón* son todos los estamentos: la Corona, el Gobierno, las relaciones internacionales… En fin. Todos estamos representados en algún tebeo. Todos somos un poco los Churumbel, un poco Carpanta…

—Por eso dejaron de rodar aquí —siguió Alejandro—. Creo que fue durante el rodaje de *Lawrence de Arabia*… Contrataron a un montón de gitanos para hacer de moros. Y les dieron caballos para que bajaran a la señal del ayudante de dirección. Todos ahí esperando a que dijeran acción en lo alto de la loma… Y cuando dan la señal no viene nadie. Se van todos. Los tíos robaron los caballos. Y ese fue el principio del fin.

—Tengo que hacer caca. —Verónica se disculpó y se fue a una zona apartada.

El agua era clara y los peces nadaban entre las anémonas. En cuclillas y haciendo fuerza vio un crucero acercarse a las rocas. El crucero, prácticamente a la deriva, había llamado la atención de Sandra Vegas y Alejandro. Verónica les hizo una señal para que no se acercaran. Con una piedra suelta tapó sus

heces y se limpió dando un salto en el agua. Después corrió con ellos a ver.

La embarcación había encallado en Mónsul. Una música atronadora se escuchaba incluso desde donde ellos estaban. Un arreglo sin brillo de *Qué sabe nadie* se repetía sin cesar. Los apestosos ensangrentados y cubiertos de collares hawaianos, mondas de naranja, toallas sucias y alcohol, caían al agua o se revolvían entre las algas intentando salir de las rocas. Las banderas del Concurso Nacional de Karaoke ondeaban a media asta, rasgadas y empapadas.

—Me había olvidado de estos pobres diablos —dijo Alejandro—, creo que son los mismos a los que vimos partir desde Barcelona. Deben llevar cantando un mes entero. Aquella chica que tenía un hijo. Pues el hijo ya no tiene madre. Me da pena, pero los karaokes tienen más horteras por metro cuadrado que ningún otro sitio.

—Mejor nos vamos ya, ¿no? —Verónica quería perder aquella visión cuanto antes—. Esto es un poco desagradable. Yo no quiero que el fin del mundo sea con música de Luis Miguel. Y además, son muchísimos. Vámonos.

Abandonaron Mónsul. No había un alma viva. Solo las pitas, el polvo, y las moscas. Durante varios kilómetros no vieron a nadie, ni vivo ni muerto. Pararon al ver un pequeño cortijo que se anunciaba como hotel. Nada más bajar, Alejandro cogió unas piedras por si había algún peligro. Pero un hombre con camisa hawaiana salió a su encuentro seguido de un fox terrier blanco.

—Tranquilos, que aquí no han llegado. —El hombre fumaba tabaco de liar y daba caladas ansiosas que chocaban con su voz tranquila—. No veo a ninguno desde hace semanas.

—¿Tienes habitaciones libres?

—Sois los primeros que venís en diez días. No sé si la gente está volviendo de vacaciones o si es que se ha acabado el mundo. ¿Cómo va la historia esta? —El hombre, acompañado del fox terrier, les acompañó al interior. Era un cortijo pequeño, blanco, integrado en las rocas. Era acogedor y estaba lleno de libros, revistas, y discos—. Tengo cinco habitaciones. Miradlas y coged la que queráis. Tengo una alberca en el patio.

Está protegida y el agua no está caldorra. Pero el perro también se baña.

Las habitaciones eran pequeñas, frescas, y resguardadas. Por una vez, decidieron dormir separados. El hombre les insistió en que tomaran una copa. Sacó un licor de cactus que, según dijo, destilaba un amigo suyo en Fernán Pérez.

—Mi amigo de Fernán Pérez se dedica a destilar alcohol y a cultivar cactus alucinógenos. Desde hace tres o cuatro años ya no le sale igual. Esta botella es anterior. El cambio climático ha afectado hasta a los cactus. Lo de los apestosos seguro que es por eso. Debe ser una fiebre causada por tanta ola de calor. A mí no me da demasiado miedo. Enfermedades siempre hay. Mirad —dijo sacando un talego de un cajón—, aquí tengo algunos alucinógenos. Eso no ha cambiado, así que tan grave no es la cosa. Si queréis os doy, pero este verano no me apetecen nada. ¿De dónde sois?

—Alejandro y yo somos de Madrid —dijo Verónica— y Sandra también, pero la conocimos en Benidorm, por un amigo que se nos unió en Peñíscola.

—Menudas vacaciones, ¿eh? ¿Cómo van las cosas por ahí? ¿La gente anda mosqueada?

—No lo sabemos bien. Hace unos días que nos da la impresión de que todo son reposiciones. Y la radio también.

—Porque es agosto. Tranquilos que ya encontrarán una cura. O se pasará. Todos los veranos igual. Que si los perros asesinos, que si los nazis de Mirasierra, que si las motos acuáticas, que si la enfermera del Ébola, que si la gripe aviar… al final nunca pasa nada. Es lo bueno que tiene esto. Yo he llamado un par de veces a la policía, pero ya no lo hago. Me dicen que no dan abasto. Los bomberos igual. Ya no tengo tele. Me cabreé un día y la tiré a la alberca. Mejor. Vivo más tranquilo. Y el módem también lo tiré. Ni móvil, ni tele. Solo los discos. Siempre era igual. La oposición, que si el Gobierno no reacciona; el Gobierno, que si son ganas de enmerdar. Los catalanes diciendo que a ellos les pasa menos y los de Huesca con que nadie les hace caso. ¿Cuándo fue la última vez que escuchasteis las noticias?

—Pues fue un día, —Verónica hizo memoria, pensando en

algo que escucharon camino a Archena—. que salió un pianista argentino pidiendo perdón. Porque por lo visto había dicho que los futbolistas son todos puteros, analfabetos y retrasados. O algo así.

—Pues la verdad. ¿Queréis un porro? Entra muy bien con el licor este. Si os entra hambre tengo nevaditos.

Sandra Vegas cogió la botella de licor y buscó entre los discos.

—¿Y si hacemos un guateque ahora?

—Me encanta. Os voy a poner unos discos estupendos.

Dos horas después caía la noche sobre Cabo de Gata mientras sonaba el Trío Acuario. Los cuatro se tiraron en la alberca y nadaron cerca de las estrellas. Una televisión rota y un módem eran los restos del naufragio, pero también eran sus viudas y sus huérfanos.

PARTE 3

GÓLGOTA

CAPÍTULO 19

MADRUGABA EL CONDE OLINOS

26 de agosto

Verónica golpeaba con los nudillos la puerta de la habitación de Sandra Vegas. El dueño del cortijo había hecho pan y olía a horno y café. No pasaba de las diez cuando decidió pasar a la habitación. La cama estaba sin deshacer y en la mesilla había una nota.

> «*No quiero ir a la tumba con estos últimos recuerdos. Encontraréis mi cuerpo en las inmediaciones. Os ruego que me cortéis la cabeza para no tener que vagar por el desierto. Conoceros ha sido maravilloso.*
>
> *Con cariño, Sandra*».

Tras buscarla durante dos horas, al fin hallaron sus restos a los pies de una pita. No hubo necesidad de decapitarla; los jabalíes y los tejones habían hecho imposible la resurrección. Tras dar sepultura a lo que quedaba de Sandra Vegas, se despidieron del dueño del cortijo y partieron en silencio hacia Torremolinos.

CAPÍTULO 20

QUIÉREME

El Ejido. 27 de agosto

Alejandro y Verónica, tan solos como al salir de Madrid, hicieron dos horas de trayecto sin abrir la boca. Sin radio, sin música. Alejandro no quería llegar nunca, así que se había desviado por pequeños caminos entre los invernaderos de El Ejido. Una figura les salió al paso. Un hombre cetrino de unos cincuenta años. Alejandro le quiso esquivar porque no tenía ánimo ni para quitarse a un resucitado de en medio. Pero el hombre, tiznado y con la ropa hecha trizas, se arrojó sobre el coche. Por la forma desesperada de golpear el capó tuvieron claro que era totalmente humano.

—¡Matadme, por favor! ¡Matadme, que soy inmundo!

Alejandro se bajó del coche y el hombre cayó al suelo llorando.

—Me quiero morir. Me quiero morir. No quiero seguir viviendo. —El hombre se ahogaba en su propio llanto. Le intentaron calmar y levantar, pero le fallaban las piernas. Solo señalaba uno de los invernaderos—. Que me tenéis que matar. Que me matéis. Que soy un desgraciado. Que no quiero vivir ya. ¡No quiero vivir!

Mirándose el uno al otro le llevaron a hombros hacia el invernadero.

—¡No me llevéis de vuelta, por favor! ¡Matadme con el coche, por favor! ¡Que no quiero volver a verlo!

Empujaron la verja y se llevaron las manos a la nariz para no oler aquello. En un montón de cenizas, cuatro cabezas cenicientas humeaban a través de las oquedades dentudas que fueron sus bocas. La zapatilla de estar en casa de una de ellas había sobrevivido parcialmente. Lo demás, carbón y tierra.

El hombre se separó de ellos y corrió hacia los cuerpos.

Cogió una cuerda y trató de estrangularse a sí mismo.

—¡Hacedlo vosotros, que yo no puedo!

—¿Quiénes son los muertos? —preguntó Verónica.

—Iluminada y Patrocinio Uriarte, y Begoña e Idaira Gómez Uriarte. Mi mujer, mi cuñada, y mis dos hijas… —Creyeron entender lo que había pasado. El hombre deambulaba alrededor de los cadáveres, desesperado—. No he querido que vean más de todo esto. No mis hijas.

Alejandro cambió de cara por completo. Adoptó una expresión que Verónica había visto pocas veces, pero que intentaba olvidar. Le temblaba la mano.

—¿Cómo te llamas? —Alejandro le miró muy fijamente.

—Manuel.

—Manuel qué más.

—Todos me conocen como Manuel, el del tinte.

Alejandro se lanzó sobre él, tirándole al suelo. Cogió la cuerda y la puso alrededor del cuello de aquel hombre. Se revolvía y lloraba. Al fin dejó de respirar y cayó al suelo. Verónica se había mantenido a unos pasos de distancia, silenciosa.

— ¿Me ayudas o qué?

Verónica se adelantó y cogió al hombre por los pies, esperando una señal de Alejandro. Le pusieron junto a su familia y echaron algo de tierra encima. Verónica cogió un carbón y, antes de marchar, escribió un epitafio en la verja:

AQUÍ YACEN ILUMINADA,
PATROCINIO, BEGOÑA, E IDAIRA.
MANUEL EL DEL TINTE LAS QUEMÓ
ANTES DE QUE SE AGITARAN LAS
PALMERAS, A 27 DE AGOSTO DEL
AÑO EN EL QUE TERMINÓ EL
MUNDO.
DESCANSEN EN PAZ.

Cogieron de nuevo el coche y siguieron hacia el sur. En el horizonte se estaba formando una negra tormenta que

asfixiaba el mar de plástico.

CAPÍTULO 21

CHEQUE AL PORTAMOR

Torremolinos - Marbella. 28 y 29 de agosto

Verónica despertó aturdida, sin saber dónde estaba. Había soñado con la pensión de Barcelona. Llovía en la playa, pero le costó recordar que era en Torremolinos donde habían pasado la noche. Alejandro aún estaba dormido. Bajó sola al bufé del desayuno. El olor a comida le produjo arcadas. Fue al baño y se volcó sobre el retrete haciendo un ruido que salía de lo más hondo de su cuerpo. Le dolía la garganta del esfuerzo, pero lo único que salía era una espuma ácida y poco abundante. Los espasmos eran tan fuertes que le obligaban a sujetarse el pecho para amortiguar el dolor. Estaba muerta de frío, sudorosa, tendida en el suelo del retrete, con las piernas mojadas y ennegrecidas. Pero cuando aquello paró, se enjuagó la boca, se limpió con el papel de secar las manos, y volvió al comedor. La televisión parecía volver tímidamente a la programación normal. En TVE había un debate sobre la inconveniencia de haber mantenido las Cortes cerradas todo el mes de agosto; tras diez minutos de opiniones se dio paso a los anuncios sobre la vuelta al cole. Verónica se vio reflejada en un espejo y cayó en la cuenta de que llevaba dos días con la misma camiseta. En cuanto despertase Alejandro, le convencería de comprar algo más de ropa. En el bufé había *hash browns,* así que se sirvió uno para acompañar los huevos fritos y el beicon. Le pidió al camarero una copa de vino para pasar aquello. Él trajo un verdejo del tiempo. Verónica se lo sirvió en un vaso con un hielo. El ir y venir hacía que todo el mundo se fijase en ella, especialmente una mujer. Estaba segura de haberla visto antes y no sabía dónde, así que apuró los huevos fritos porque, de vomitar otra vez, prefería hacerlo con el estómago lleno.

Abandonó el comedor aún masticando, pero la mujer se

levantó al tiempo que ella lo hacía. Verónica pensó que, de conocer a esa mujer, era por algo relacionado con el culto, así que aceleró el paso para entrar en el ascensor y pulsó el botón de cerrar puertas. Pero la mujer consiguió entrar.

—Tú eres la chica de Barcelona, ¿verdad? —Verónica se tapó la cara con el antebrazo de forma instintiva—. Soy Bodil. Nos conocimos en el Bagdag, a principios de mes. —Verónica bajó el brazo—. ¿Qué pasa?

Verónica volvió a colocarse en posición de defensa, pero bajó el brazo.

—¿Qué haces? ¿Estás bien?

—Sí. Perdona. No te había reconocido.

—¿Me acompañas al bar? El desayuno no me gusta.

Verónica le explicó a Bodil lo que había pasado en Archena, la muerte de Rodolfo, y la de Sandra Vegas. Ella había asentido triste antes de reconocer que quizás lo de las Sacerdotisas de Baal no hubiera sido una buena idea. Decía haber llegado la noche anterior en tren, demasiado tarde y cansada como para coger un taxi con la tormenta. Verónica recordaba que era de las primeras personas con las que había hablado del fantasma.

—Nos echaron el tarot antes de salir de Madrid. Nos salió la emperatriz, pero al lado cayó el ocho de copas. Pero antes nos había salido la luna.

—Lo bueno del tarot es que no te lo puedes tomar en serio. Lo malo es que siempre dice la verdad, pero ni siquiera es la verdad que querrías saber.

—¿Y tu marido? —El rostro de Bodil cambió al oír la pregunta.

—Le han matado. —Verónica no respondió—. Todos los hijos de puta que le dieron de lado. Todos le mataron. Entiendo a María del Carmen Ramal, en el fondo. A ella también le dieron de lado cuando su marido entró en la cárcel. La corrupción puede tener sus cosas malas, pero lo malo de verdad son los pelotas. Esos sí que hacen daño.

—Lo siento mucho.

—Voy a acabar con los que le mataron. Es el momento perfecto. Solo hay dos salidas a partir de ahora: que todo acabe o que todo vuelva a la calma. Si no me vengo ahora, nunca

podré vengarme. Y el día que alce la voz me dirán que por qué callé. Si no estuvieran las cosas como están, además, todo el mundo diría que es un acto inadmisible. Si hay un momento para ajustar cuentas en el mundo es este. —Verónica asintió—. ¿Cuánto calculas que queda para que acabe todo?

—Un par de días. No más.

—¿Y qué vais a hacer?

—No lo sabemos. Estamos agotados.

—Venid conmigo a Marbella. Tengo casa. Os necesito para terminar todo esto. Y podréis descansar en un sitio seguro.

—¿No hay apestosos ni locos?

—Los apestosos no me dan ningún miedo. Estoy acostumbrada a manejar a las bestias. Y locas estamos todas.

Verónica acordó encontrarse con Bodil en tres horas en el *hall* del hotel. Alejandro se duchaba con agua caliente, abundante y vaporosa cuando Verónica llegó. Le explicó el encuentro sentada en la taza del váter mientras él se enjabonaba los testículos y estiraba su miembro para disfrutar un poco más de una de las pocas duchas cómodas que se había tomado en todo el mes. Una hora después, arreglados y limpios, salieron del hotel.

Apenas había ropa en las tiendas. Las toallas, los sombreros y las colchonetas se movían con el viento. Verónica no dejaba de mirar las palmeras del paseo. Se movían, pero no era el movimiento que marcaba el final. O eso creía ella, ya que solo se guiaba por su intuición. Un flotador transparente salió rodando y, como apenas había coches, avanzó lo suficiente como para que la dueña de la tienda lo dejase ir. Los aceites bronceadores estaban rebajados y las postales se habían curvado. Por una cuesta empedrada que recorría la estructura natural de la roca subieron hasta la calle San Miguel, que apenas tenía tránsito. No eran capaces de distinguir a los apestosos de los vivos. Recorrieron las tiendas con cuidado hasta encontrar una en la que vendían algunas prendas de manga larga. Con dos jerséis, salieron para volver al hotel. Por curiosidad entraron en una de las primeras tiendas de la calle, atraídos por su barroco escaparate que combinaba joyeros hechos con conchas y purpurina, estampas de santos, y

soldaditos de plomo. La dependienta limpiaba con un paño una estatua de San Francisco de Asís.

—Disculpe, ¿esta gente que está haciendo nada son apestosos?

—No, aquí no tenemos. —La señora no miró a Alejandro para responder—. Torremolinos está bajo la influencia del padre Damián, que nos protege de los leprosos.

—¿Qué leprosos?

—Esto es todo lepra. Pero en la televisión no lo dicen porque no es políticamente correcto. Si quieren llévense una estampita del padre Damián, que las tenemos casi agotadas.

Cogieron una estampa del padre Damián en la que salía representado de joven, antes de ser infectado. Sostenía un crucifijo y detrás de él había unas palmas.

La dependienta les cobró y les deseó buena suerte. Hasta donde podían recordar, todo el mundo consideraba que su pueblo era el único lugar seguro contra los apestosos. Todos, sin excepción, creían reposar en las palmas de Dios.

PADRE DAMIÁN, APÓSTOL DE LOS LEPROSOS.
—SE INMOLÓ—

Todos los leprosos anhelaban presenciar la muerte santa del que había sido su padre. Pero no es posible penetrar en habitación tan reducida. Al médico se le ocurre sacar felizmente este retrato fiel del moribundo para calmar las ansias de sus hijos los leprosos. El agonizante, consumido por la lepra y recostado sobre un duro jergón de paja, lanza su última exclamación: «¡Qué dicha para mi morir, hijo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María!»

Había estallado una tormenta eléctrica cuando regresaron al Hotel Costa del Sol, donde ya les esperaba Bodil con un taxi en la puerta. Alejandro estaba deseando dejar de lado el Seat León amarillo. El trayecto por la autopista del Sol estuvo amenizado por anécdotas de Bodil sobre la farándula, pero Alejandro ya tenía bastante claro de qué recordaba a Bodil, y no era solo de las revistas. Siempre se había comentado que tenía un pasado

turbio, pero ella parecía saberlo y sentirse muy por encima. Ya en Marbella, y antes de ir a su casa, insistió en invitarles a comer a una marisquería para explicarles lo que iban a hacer. La tormenta parecía haber amainado y buscaron el restaurante entre los pantalanes de Puerto Banús. Si Bodil hubiera tenido un escudo heráldico, este hubiera estado compuesto de cadenas, una pantera, una columna salomónica y unas sandalias decoradas con conchas. Parecía tener un apego casi infantil a cualquier símbolo de lujo. Para comer pidió langosta y vino. Una criatura abisal se removió en las manos del camarero antes de morir hervida. Y ella procedió a contarles la historia de la muerte del marido:

Resultó que Álvaro de Pilatos era un hombre dedicado a la política y al dinero. Amasó una gran fortuna con la construcción, pero la avaricia le hizo caer en desgracia. Tras pasar por varios juicios llegó a un acuerdo con aquellos de quienes había sido testaferro y hombre de paja: aportar unos papeles que le inculpaban y destruir otros a cambio de pasar tres años en la cárcel y salir discretamente después, además de la libertad para Bodil, que no quería que se removiera su pasado. Para mantener su nivel de vida había llegado a un acuerdo con unos jóvenes editores de Barcelona: él les ingresaría desde Suiza dinero suficiente como para comprar un amplio catálogo editorial de prestigio, pero sin interés, abrir un restaurante, y llevar a cabo todas las astracanadas que tuvieran a bien realizar, todas ellas culturales, rimbombantes, modernas, alternativas; todas ellas destinadas a ser un rotundo fracaso económico. Solo habría pérdidas. Para justificar los ingresos de la editorial, ellos debían también pedir una subvención a la Unión Europea. A través de empresas pantalla y facturas infladas, los gastos subían; metían todo tipo de facturas, desde comidas pantagruélicas hasta paquetes de Dinosaurus Lu en el colmado de debajo de la editorial. Botes de crema de medias invisibles, bolsas de tila a granel, tarros de salsa *pad thai,* un colchón de látex, unas clases de canto, un cuadro psicomágico pintado por una bailarina que salió en *Un paso adelante,* un póster de La orquesta Mondragón firmado por Javier Gurruchaga, y hasta una escultura de barro del actor

Joey Lawrence que la Súper *Pop* sorteó en 1994. Todo con factura. Lo que fuera hasta lograr la asombrosa cifra de quinientos mil euros anuales de gasto. Los dos empleados de la editorial, junto con sus tres becarios, lo pasaban realmente mal para justificar aquello, y acabaron llenando la sede de objetos que acababan regalados a la fuerza a los incautos que les visitaban. Y en dos ocasiones, dos libros se les colaron entre los diez más vendidos y Bodil les llamó gritando y exigiendo responsabilidades. Bodil, harta de incompetentes, decidió, en contra de la opinión de su marido, diversificar la inversión, así que, junto con el negocio editorial, comenzaron a apoyar a una ONG que captaba voluntarios a través de redes sociales. Apoyados por un confuso ideario, docenas de jóvenes en edad de comenzar sus estudios universitarios eran enviados a ayudar y obligados a usar el *hashtag #helper*. Los chicos, que no solían informar ni preguntar nada sobre el país al que viajaban, impartían clases desordenadas de aritmética elemental y enseñaban el alfabeto a niños de entre cuatro y doce años. Cuando no podían avanzar ya más (debido a que viajaban por quincenas compatibles con las vacaciones familiares), les enseñaban alguna canción. Los niños sonreían en todas las fotos que le llegaban a Bodil. Un joven emprendedor llamado Luis Egido le enviaba todos los veranos fotos a Bodil. Solían ir con el comentario «negritos para comérselos». En las fotos, chicas con camiseta y sonrisa blanca, sin celulitis, con un moreno calibrado, abrazaban a grupo de cinco o siete niños. Alguno miraba hacia otro lado. Eran las profesoras. Los niños nunca continuaban la educación al llegar septiembre. Bodil nunca preguntaba demasiado, porque ella misma no había sido diferente de esos niños. Solo preguntaba por el coltán. Los niños sonreían porque en la escuela les daban de comer un desayuno y una merienda. Casi todos robaban para sus padres. Pero todos hacían la vista gorda. Los padres acarreaban el coltán desde las minas ilegales de Uganda y, además del dólar diario, recibían la posibilidad de dejar allí a sus hijos. El dinero de la ONG se empleaba en comprar a señores de la guerra para controlar las minas y el paso de la frontera. Una parte muy generosa subía hacia el norte. En Melilla, a través de pequeños

sobornos, el dinero en efectivo subía a un barco que los martes, sin falta, llegaba a Puerto Banús para entregarle a Bodil dinero en mano para sus gastos. Y a cambio, los jóvenes voluntarios se llevaban una bonita experiencia que no se paga con dinero. Y con parte del dinero de esos sobres se pagaron la langosta, el vino, el arroz caldoso, los *gin-tonics,* el servicio de pan, y las propinas, tanto del camarero como del aparcacoches.

Este dinero servía para que Álvaro de Pilatos y Bodil mantuvieran su nivel de vida, aunque por el camino hubiera de alimentar a una docena de personas y una falsa ONG. A Bodil le parecía un incordio tener que hacer todo aquel proceso para tener su propio dinero disponible, pero no se quejaba. Desde que Álvaro fuera implicado en la trama de los hoteles y las rotondas, todo había cambiado para ellos. Mantenían la villa en Marbella, pero la cárcel había cambiado a Álvaro. Él, que siempre fue de merendar en el Santo Mauro, obligado a convivir con lo peor de la política española y con un surtido de quinquis. Fue condenado a treintaicinco años de cárcel. Bodil se salvó aportando una cantidad de dinero que tuvieron que pedir, ya que sus cuentas se encontraban embargadas. Pero incluso con la peor de las traiciones, Álvaro hubiera salido airoso de haber funcionado su última idea: una generosa donación a una pareja de emprendedores cuyo proyecto pretendía tener un seguimiento de infectados. Una causa filantrópica cuyos beneficios volverían a Álvaro en forma de billetes de cincuenta y cien metidos en paquetes que serían entregados puntualmente en Puerto Banús, llegados de Marrakech. Pero, como Álvaro se había quedado solo, no le quedaba más remedio que aceptar la palabra de la gente y esta ya no tenía ningún valor. Quizás nunca lo tuvo. Pero quien no tiene nada está obligado a aceptar lo que el ofrezcan. Y tras planear una huida con Bodil en Barcelona, Álvaro dejó su cartera y una afectuosa carta de despedida para ella en el hotel, antes de arrojarse, indocumentado, a las vías del AVE en la estación de Sants. No quiso que se identificara su cuerpo por miedo a los chistes, a la conspiranoia y al alborozo que provoca la caída de un árbol en tiempo de leñadores. Pero Bodil ya había vivido tantas cosas que no calculaba tiempo de

llanto, sino de venganza. Y el último paso era este, el final del verano en Marbella. Comía y hablaba como si fuera la última vez, como un reo a las puertas de la muerte. Se diría que Bodil nunca había llorado.

Al pedir la cuenta les mostró dos fotografías: un joven de menos de treinta años, rubio, con la mirada fría; y un hombre en torno a los cuarenta, con el pelo rizado y graso, cetrino y con un aire que, mientras que para los demás resultaba ridículo, para él era algo así como seductor.

—Si me ayudáis con esto os daré acceso a una cuenta a nombre de una sociedad pantalla. Podréis retirar dos mil euros cada mes durante diez años.

—¿Qué clase de ayuda? —Alejandro revisaba la cuenta que ni siquiera iba a pagar.

—Fingir que todo está normal el tiempo que dure esto.

—Pero no vamos a llegar al otoño. —Verónica miró a Alejandro buscando su complicidad.

—Por eso vuestro compromiso vale más para mí. Porque ni siquiera esperáis esta recompensa. Pero estará ahí para vosotros. Al fin y al cabo, el mundo tiene muchas formas de acabarse, pero para los pobres se acaba más rápido y también más a menudo.

—¿Y las sacerdotisas?

—María del Carmen Ramal les ha prometido algo que tiene fecha de vencimiento. Cuando el nuevo dios no aparezca, los estafados se irán con la cabeza baja, sin quejarse siquiera. Unos volverán a beber, otros volverán a sentirse enfermos y solos y, los menos, encontrarán otro culto, pero ninguno hablará. Y las barbaridades que hayan hecho en ese balneario, quedarán olvidadas. No tenemos tiempo para investigar cada tragedia, cada asesinato y cada estafa.

Verónica asintió y miró hacia la calle. La tormenta había parado y el suelo y los yates estaban empapados. El sol, sin embargo, no brillaba. La gente que se había refugiado bajo las cornisas se protegía del frío con los brazos. Bodil se empeñó en pasar por Dolce & Gabbana. Verónica estaba fascinada con aquella opulencia estampada. Bodil salió sin comprar nada.

—Cada vez más chabacano. Todo zapatillas. No tiene

ningún sentido gastarse seiscientos euros en un par de zapatillas a no ser que seas futbolista o subnormal. Aunque viene a ser lo mismo.

Pidió un taxi que les llevó a Nagüeles, al otro lado de la avenida del Mediterráneo, para dejarles en la puerta de una villa clásica en la que dos enormes dogos argentinos corrieron ladrando hacia ellos, hasta que Bodil les hizo unos gestos que les transformaron en dos criaturas cariñosas. Verónica y Alejandro fingieron que les gustaban como mejor pudieron, y caminaron hacia la casa mientras los perros les olisqueaban.

—Tenemos que seguir el viaje; las palmeras se agitarán pronto. —Verónica estaba segura de que era cuestión de días o incluso de horas.

—Tengo un mini que no uso en el garaje. Os lo regalo.

En el salón, Alejandro se paró frente a un óleo que representaba a una joven Bodil ataviada como Bo Derek en la película *Bolero*. Ya no le quedaba ninguna duda sobre quién era y quién había sido antes de conocer a Álvaro de Pilatos. Vio las fotos encima de la chimenea en las que aparecía con una joven Cicciolina y otra mujer. Y Bodil le miró.

—Christina Lindberg —dijo Alejandro mirándole a los ojos.

—A Álvaro le gustaban mucho estas cosas. —Bodil sonrió melancólica y les hizo un gesto para pasar al salón principal, donde una mujer sirvió vino mientras esperaban a los invitados.

Bodil encendió un cigarro con un mechero de hierro.

—Álvaro fue la única persona que me trató como a una igual. Nunca me pidió nada. Nunca. Solo me dio todo lo que quería. Me da igual que haya robado millones, la verdad. Pudo robar a viejos y a analfabetos, pero nadie te garantiza que fueran buenas personas. Y Álvaro era buena persona. Tratar bien a un desconocido no tiene mérito. Tratar bien a la gente cercana… eso sí que es difícil. Por eso, en el fondo, a los amigos les perdonamos todo, menos que sean ruines con nosotros. Cualquiera es capaz de amar al prójimo, pero amar al vecino o a tus padres… eso sí que es complicado. Álvaro lo único que hizo fue coger un poco de más. Pero nunca fue un traidor. Siempre devolvió lo que se le daba. Y era un hombre

de palabra. Me da igual si estáis locos o no. Me caéis bien. Y punto. Los alcohólicos me caen bien. Yo lo fui. Cuando conocí a Álvaro estaba totalmente consumida por la bebida. Cada vez hacía peores trabajos. Niña —dijo mirando a Verónica—, nunca aceptes un trabajo en Croacia. Nunca sabes en qué colchón acabarás rodando el porno más humillante del mundo. Pero Álvaro nunca me lo tuvo en cuenta. Ni siquiera me lo mencionaba. Yo de vez en cuando iba con él a la cuadra para darle el gusto, pero no es fácil ni agradable. Un montón de mujeres hacen cosas que no son fáciles ni agradables y ni siquiera consiguen retener a un hombre. Yo tuve al mejor hombre del mundo a mi lado. Y ahora estaría vivo si otros hubieran sido como él. ¿Os consideráis gente de palabra?

—No —respondió Alejandro de forma seca.

—¿Y tú? —dijo mirando a Verónica.

—No estoy segura.

—Pues aprended a comportaros como si lo fuerais. Pero no jodáis a nadie bueno. Robad si queréis. Engañad si os dejan. Follad por dinero o por despecho. Pero no jodáis a nadie bueno. Esa es la única norma.

La mujer anunció la llegada de los invitados. Era una pareja que solo podía estar unida para algo ilegal. El alto se llamaba Ronald Homming, un hijo de alemanes aficionado a los negocios, de comportamiento sibilino y mirada sucia. El enjuto era Miguel Cuadrado, un canario cetrino disfrazado de hombre de mundo. Los dos intentaban proyectar algo que les quedaba grande. En el caso de Ronald era dinero. En el de Miguel, arrojo. Ambos hablaban y se movían como lo haría un padrastro intentando ganarse a un malcriado de ocho años.

—Pero bueno, Bodil, qué guapa estás.

—Qué maravilla de sitio. Se lo venía diciendo a Ronald.

Bodil presentó a Alejandro y Verónica con apellidos ficticios. El hecho de dar un apellido, para aquella gente, significaba que estaban un escalón por encima de los demás. Los hijos de nadie eran Alejandro y Verónica. Los miembros de la élite siempre llegaban con apellido, ya fuera un García, un Domínguez, o un Gómez. Alejandro conservaba las maneras del colegio del Pilar, aunque no las ejercía, y Verónica había

absorbido lo suficiente de las revistas del corazón como para entender lo que tenía que hacer. Así fue como comenzó una cena en la que todos los comensales fingían. Miguel Cuadrado había sido durante dos veranos el responsable de la ONG en Uganda, cerca de Kasese, pero tuvo que moverse a las islas Gili, en Bali. En Kasese había hambre y en Gili había un ferry que le llevaba a la playa de Padang Padang en menos de una hora. Él había sido el encargado de formar durante dos días a los voluntarios y también de captarlos. Era el que estaba al mando de la escuela. El asunto del coltán quedaba en otras manos. Pero Miguel era el que más dinero manejaba de todos aquellos. Era un chico siempre sonriente, siempre hablando de la fuerza de voluntad. Llevaba varias pulseras de surfista y un collar de pelo de elefante pegado al cuello. Gafas Ray-Ban y camisa abierta. Ronald Hommigs era más conservador: camisa por dentro, mocasines de verano sin calcetín, afeitado reciente, y manos grandes. Y de los dos era el menos hablador. Verónica notó que la miraba con desprecio, pero no pudo saber por qué.

La cena estaba compuesta de platos elaborados y exóticos, pero no por ello apetecibles. Tostas con pularda y huevas de arenque, sopa con perdiz, lomo de becada… Todos los platos traían la cabeza del ave constreñida en algo que, tras pasar por el fuego, parecía un gesto de horror. Alejandro y Verónica prefirieron la sopa de guisantes con rábano.

Miguel Cuadrado era el que más hablaba. Ronald solo acotaba las palabras de su compañero con cifras y términos en inglés. Miguel se vendía como una persona humilde y entregada a los demás, pero no era difícil ver el orgullo detrás de cada una de sus palabras. Contaba anécdotas que solo remitían a él; no había enseñanza en ellas. Alejandro callaba y asentía. Bodil fingía fascinación por ellos.

—Entonces, Miguel, vuestro proyecto exactamente…

—Verás, Alejandro, en realidad no es solo una *start-up*. Es una plataforma orientada al *healthy lifestyle*. Ahora mismo la gente tiene miedo al contagio, aunque no lo dice. Lo que hacemos es recoger datos muy valiosos sobre el uso que hace el usuario. Sabemos la hora, el lugar, y su estado de ánimo. Sabemos qué le hace sentir mal y qué mira al minuto siguiente.

Tenemos acuerdos con varios *bestspokes* y *brand ambassadors* para hacer vídeos de diez segundos en los que se le explica al usuario cómo puede mejorar su vida el uso de un producto en concreto.

—Y todo eso se traduce en *cash flow* —añadió Ronald—. Todo lo que aporte Bodil se convierte en un acelerador alucinante para poner en marcha esto antes de octubre. Bodil: estamos hablando del futuro. Estamos hablando del Internet de las cosas. ¿Sabes la de información útil que podríamos obtener si los usuarios nos dieran acceso a cómo encienden la cafetera, cómo gradúan la luz, o cuándo bajan las persianas? Son datos que están ahí esperando a que alguien los recoja. Nada más. Tenemos los medios para recogerlos y crear riqueza.

Bodil servía los platos personalmente. Ni Miguel ni Ronald hicieron ademán de ayudar en modo alguno. Ella no parecía querer disimular mucho más tiempo.

—Oye, Miguel, ¿y la niña esa?

—¿Qué niña?

—La de los vídeos. La que estuvo en Kisoro…

—¿Esa? Nada… Mira, tiene un contrato y si no quiere problemas, lo borrará. Además, no es nadie esa chica.

—¿Kisoro? —Verónica alzó la vista de repente—. ¿La chica de la ONG? Pero si han subido su vídeo a *Vice*. Lleva más de un millón de visitas.

—Menos mal que estás aquí, Verónica. Porque si es por ellos, pienso que el vídeo ya no existe…

—Bueno, pero estando todo como está, el vídeo ese no lo va a ver nadie. Pero si la modelo esta… no sé cuantos Silva… dijo que no iba a volver a llevar un diamante en su vida y se los ha puesto, vaya si se los ha puesto.

—¿Eres amigo personal de Eugenia Silva, Ronald? Porque Álvaro la conocía bastante.

—Seguro que se pone diamantes, como todas las modelos.

Los dos se dirigían indistintamente a Bodil y a Alejandro. Niguna mirada se posaba sobre Verónica. Ella podía estar atenta al reparto de comida, que era desigual. La becada completa de Miguel y Ronald fue sustituida por apenas un medallón junto al puré de rábano. Comieron sin comentar nada

mientras ellos seguían hablando.

Miguel empezaba a bostezar. A Ronald se le pegó el bostezo. Verónica notaba cómo los dos emprendedores parecían capturados por el sueño. Sin que Alejandro se percatara, había servido para ellos dos lo mismo que comía Bodil, y en la misma cantidad. Miguel empezaba a mover una pierna, hacia delante y hacia los lados, como si estuviera fuera de su control. Sin embargo, no era capaz de callar.

—Lo que queremos es obtener el *big data* de la población susceptible de usar la *app*. Sería la única *app* orientada a un cien por cien de la población. ¿No es alucinante? Podemos hacer mucho por cambiar las cosas, Bodil. Podemos cambiar el mundo. Es lo que me dije de pequeño que quería hacer: cambiar el mundo. Solo eso. Un pequeño gesto.

Bodil se levantó y fue hacia una encimera en la que había una campana. La hizo sonar. Miguel y Ronald cabeceaban, mirando fijamente al plato.

—Tengo sueño —dijo Ronald—, y es raro, porque he dormido siesta. ¿Dónde está Álvaro, por cierto?

—Muerto. Álvaro está muerto.

La mujer que les había servido entró arrastrando cuatro correas. Dos de ellas eran para sostener a los dogos argentinos. Las otras dos llevaban a dos apestosos de aspecto demacrado. Uno de ellos no tenía brazos. Bodil abrió un cajón de la encimera y cogió una pequeña caja lacada. Con la uña del dedo meñique sacó un polvo blanco que aspiró. Metió la mano en ella y con la mano blanca se acercó a los apestosos, que no la agredieron. Les acarició la cara destrozada para hacerles aspirar también. Eso les enfureció. A la mujer le costaba sostener las cuatro correas.

—Dámelas, Astrid. Y lleva a los dos tiparracos a la alfombra.

Verónica y Alejandro se apartaron sin abrir la boca. La mujer cogió primero a Ronald de los hombros, que balbuceaba algo incomprensible. Le tendió sobre la alfombra de cebra y luego hizo lo mismo con Miguel.

—¿Queréis beber algo más?

—¿Puedes hacerme un Mary Pickford? Si no es molestia —dijo Verónica parpadeando.

—Voy a mirar cómo se hacen. Lo de ahora va a llevar un buen rato. Si no te corre prisa.

—Oh, ninguna. Cuando puedas.

—Que sean dos —dijo Alejandro mirando a los dogos.

Bodil acercó a los apestosos y los perros hasta Miguel y Ronald, que movían los ojos sin poder expresarse.

—Llevo toda mi vida tratando con animales, así que tengo muy claro cómo va lo de los apestosos. Os van a comer, pero no os vais a transformar. Eso es cuando solo comen un poco. A vosotros os van a comer hasta los huesos. Los perros solo os morderán. Y no os voy a ahorrar ni un minuto de sufrimiento. La somnolencia no es lo mismo que la anestesia. Vosotros no fuisteis mejores con Álvaro. Y, además, ya está bien de usar los datos de la gente para venderles cosas. Es que no tenéis vergüenza ninguna.

Soltó las cuatro correas y los apestosos, privados de manos, comenzaron a devorar a los emprendedores a dentelladas. Los perros olían, ladraban, y lamían. Miguel y Ronald gritaban con la falta de energía de quien se queja en sueños. Sus rostros se contraían doloridos y aterrorizados. Verónica le dio el primer trago al Mary Pickford.

—Pues ha quedado muy bien. Muchas gracias. —Astrid sonrió por primera vez.

—Si tan solo supierais la cantidad de gente a la que esto le gusta… —Acarició la cabeza de uno de los apestosos—. La cabeza no, corazón. Eso para el final. Es el postre.

—¿Te hace sentir mejor? —Verónica había preguntado a Bodil con absoluta franqueza.

—No especialmente. Pero es lo que tenía que hacer.

—Señora, ¿qué vamos a hacer con la alfombra? —preguntó Astrid sin cambiar el gesto.

—Pondremos otra. Si será por alfombras en esta casa. En fin, vamos a la terraza a bebernos esto, ¿no?

Alejandro, Astrid y Verónica siguieron a Bodil en dirección a la terraza, desde donde se veía una luna enorme y brillante.

Astrid se descalzó, puso los pies sobre la mesa de mármol, y se encendió un puro.

—Entonces —comenzó Bodil—, las Sacerdotisas de Baal os

persiguieron hasta deshacerse del tal Rodolfo.

—Hemos conocido a mucha gente rara —dijo Verónica mirando al mar—. Puede incluso que les hayamos atraído nosotros.

Verónica le relató la historia de Mastuerzo y Jorobado, el encuentro con Aarón, la aparición de Sandra Vegas en el Benidorm Palace, el tiroteo en el Rabal, e incluso la noche en el karaoke de Peñíscola.

—La impresión que me da es que Francisco Laína, el marido de María del Carmen Ramal, se debió pensar que alguien le extorsionaba cuando no era ni mucho menos así. Cuando María del Carmen era bailarina en televisión (si es que podemos llamar a eso ser bailarina) la amante de Laína no debía de haber hecho ni la primera comunión. A veces pasa que hombres muy poderosos se encaprichan de jóvenes a las que no solo no se puede llevar a ningún sitio, sino a las que, además, no se puede pulir. Yo solo sé que era una chica de Ifach.

—¿Ifach? —Verónica se incorporó—. Fuimos con un chico hasta Ifach. Su prima estaba en alguna historia rara. Ahí empezaron los problemas. Se llamaba Garde.

—Puede que fuera ella. Las Sacerdotisas de Baal estaban organizadas con estructura piramidal. El diablo puede tentarte, pero que te guste el dinero… eso es otro cantar. Y a estos dos les gustaba lo que más. Pero estoy segura de que Laína nunca supo que él, por más influyente que fuera, era solo un viejo con dinero para esta chica. Así que al final fue extorsionado por dos paletos para para reconvertir una *whiskería* en karaoke y luego en *pub*. Satán nunca ha elegido bien a sus aliados. Y Dios tampoco. Por eso la batalla nunca termina.

—Entonces —siguió Verónica—, eres la única de todo esto que no ha perdido la cordura.

—Sí. La única prisionera de la verdad. Ojalá estuviera loca. Nada me gustaría más. Pero mantenerse cuerda es lo que más daño me ha hecho; ojalá fuera una infeliz como María del Carmen Ramal. Sandra Vegas recuperó la cordura cuando se ahorcó. Y toda la gente a la que han desplumado con esto de las Sacerdotisas de Baal ya tendrán tiempo de lamentarse. La

histeria colectiva se parece mucho al Gordo de Navidad: todos juegan, todos se ilusionan, todos aparecen por encima de sus posibilidades… pero solo pueden ganar dos o tres, y el azar dicta que no es el más apto el que gana, sino uno cualquiera. Alguien que no sepa manejar el dinero. La lotería crea más desdicha que alegría. Porque el dinero es una religión como otra cualquiera, y no le abre las puertas del cielo a cualquiera. Álvaro perdió en el último momento, y estos dos perdieron en cuanto empezaron a jugar. Si alguien escribiera las reglas, sería un tratado inabarcable. Se dice que hay que nacer en un sitio, pero pensad en esas familias de ocho hijos y ciento doce primos en las que solo uno es apto para manejar la fortuna. ¿Qué son los demás? Fracasos de un sistema. Fracasos conscientes, obligados a justificarse de por vida. Los que no nacen ahí, se ilusionan, juegan, y viven en la manipulación. Las Sacerdotisas de Baal estaban bien enfocadas, pero al final era solo un juego para reubicar el dinero de Laína. Y el juego se truncó por un romance con una chica ordinaria, inculta y estúpida de Calpe. Si no tenéis razón con lo de las palmeras, dentro de poco empezarán a aparecer quejas y más quejas de gente pobre como las ratas pidiendo que les devuelvan su dinero. Otra vez. Lo hemos visto muchas veces.

—¿Y qué va a pasar con estas locas? —preguntó Alejandro.

—De momento podéis olvidaros de ellas. Están ocupadas preparando un gran final. Y también están ocupadas pensando en que ese final no llegue. Pero no os tenéis que preocupar… Voy a haceros partícipes de la sociedad pantalla que fundó Álvaro. Es una cosa de libros, así que dudo que llame la atención de nadie. Publicad libros de calidad, buenas ediciones, caros. Contratad a algún erudito mayor para que los traduzca y edite. Todo irá bien. Podréis cenar y viajar. Ir al sitio ese en Alemania… Tuve a unos cocainómanos catalanes. Un desastre. Pero vosotros, no sé, tal vez lo hagáis bien. Pero recordad: cenas y viajes. Es lo que se le puede pedir a la vida. Eso, y tarta selva negra. Astrid, por favor, trae la selva negra que teníamos guardada.

Astrid, sin soltar el puro, fue a por la tarta selva negra. Estaba fresca y unas gotas de agua cubrían las lascas de

chocolate. La disfrutaron despacio y pasado un rato se despidieron. En el salón, los apestosos dormían plácidamente junto a los perros. En el suelo, entre sangre y restos, solo habían sobrevivido las zapatillas Pompeii de Ronald y las sandalias de Miguel.

Bodil y Astrid se despidieron de Alejandro y Verónica, que partieron antes de que amaneciera, rumbo a vivir el último día del verano.

CAPÍTULO 22

LAS PALMERAS

La Bolonia. 31 de agosto

Alejandro había conducido más de una hora cuando no pudo más. Empezaba a ver borroso. Habían pasado el estrecho y el cielo, siempre a punto de estallar, se mantenía encerrado detrás de un manto gris. Alejandro paró el coche en la playa de la Bolonia y bajó a orinar.

La radio solo cogía ruido. Verónica bajó también y se quedó mirando al mar.

—¿Y si no se agitan las palmeras, qué sucederá? ¿Seguiremos sin rumbo?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntaste al fantasma?

—No.

—Una pregunta, Verónica. ¿Cómo era exactamente el fantasma?

—Era igual que Erika, una amiga que tenía de niña.

—Ya. Pero, ¿cómo era exactamente?

—Una niña de unos seis años, vestida de domingo. Pelo largo, negro. Recogido en una coleta.

—Pero ese no es el fantasma. Eso es cómo tú recuerdas a Erika.

—Es que era Erika.

—No. No lo era. Tú recuerdas a Erika así. Pero no pudiste verlo como me ves a mí ahora.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hemos hecho muchas cosas solo porque consideras que te lo ha dicho un fantasma.

—Es un poco tarde para plantearse eso.

—Si no hubo ningún fantasma es el momento de decirlo. Hemos pasado el estrecho y hoy acaban las vacaciones. Si no

acaba todo, estaremos en un problema gordo.

—¿Por qué intentas hacerme responsable? Tú fuiste quien decidió que fuéramos a Barcelona, y que bajáramos hasta aquí.

—Porque te creí.

—Yo estoy aquí porque te creí a ti.

—¿Y si no pasa nada, qué?

—¿Cómo que y si no pasa nada?

—¿Sabes las cosas que hemos hecho? ¿Has visto lo que les ha pasado a esos tíos?

—Hubieran pasado estas cosas con o sin nuestro viaje, Alejandro. Además, no soy yo la que estranguló a aquel hombre.

—No. Tú nunca te manchas las manos. Tú eres la que pone la nota bonita al final.

—Alejandro, lo estabas deseando. Has llevado eso dentro toda la vida.

—¿El qué?

El aire, electrizado, se cargó aún más. Verónica miró fijamente a Alejandro, sin parpadear.

—¿El qué he llevado dentro toda la vida? —Verónica no despegó sus labios—. ¿Quién eres tú para juzgarme, Verónica? ¿Quién eres tú para juzgarme a mí?

Alejandro subió el volumen de la radio y cambió el dial en busca de algo diferente. Solo se oían ruidos y voces entrecortadas.

—Eres incapaz de querer a alguien sin joderle, Alejandro. Eres incapaz de querer. Solo sabes destruir. Te has pasado un mes siendo un estirado con todo el mundo. Riéndote por dentro de todos los que nos han abierto su corazón.

—Y pagándolo todo. No te olvides.

—Lo has hecho porque no tienes a dónde ir. —Alejandro se volvió hacia ella, violento y con la ira en la mirada.

—Repite eso, niñata, si te atreves. —Se acercaba a ella repitiendo la frase una y otra vez—. Repite eso si te atreves, niñata. Repítelo. Venga, repítelo. Repítelo, niñata.

—No tienes a dónde ir porque nadie te aguanta.

—¿Te crees especial? No eres especial. Solo eres una imbécil a la que se ha tirado todo el que lo ha querido. Eres tan tonta

que te crees que eres buena. Y solo eres tonta. Completamente tonta. Por eso no duras en ningún trabajo. Por eso nadie te quiere cerca cuando te conocen. Estás siempre sola. No eres extravagante. Solo eres una imbécil de la que todo el mundo se aleja en cuanto la conoce. Por eso prefieres hacer como que no va contigo. Pero todo el mundo se acaba dando cuenta. ¿Crees que Erika sería tu amiga si estuviera viva? No lo sería. Pasaría de tu culo como todo el mundo.

Verónica rompió a llorar.

—¿Te crees que es culpa mía que llores? ¿Te crees que es culpa mía? Te he traído hasta aquí porque se supone que has visto un puto fantasma. Pero no has visto nada porque eres incapaz de asumir las cosas. Eres la última persona a la que se le aparecería un fantasma. La última. —Alejandro la empujaba al hablar. Verónica tropezó con una piedra y cayó al suelo. Se oyó un trueno cerrado a lo lejos.

Verónica tocaba su cabeza. Era consciente de que se había dado un golpe, pero no sabía si podía moverse. Alejandro se fue llorando hacia el coche y se metió dentro.

Verónica gritaba.

—¡Estoy sangrando! Me has abierto una brecha, hijo de puta. ¡Me has abierto la cabeza! Joder… —Verónica tenía la mano ensangrentada y se movía el pelo buscando el golpe. Pero la herida no paraba, y la sangre le caía por la frente hacia los párpados, bajando por su nariz, entrando por su boca—. ¡Mírame, joder! ¡Me has abierto la cabeza, animal!

Alejandro golpeaba el salpicadero mientras gritaba, ahogado. Ni siquiera miraba a Verónica. De repente, la radio se sintonizó.

—Desde Radio dementes de la experiencia os ofrecemos un disco más viejo que el cagar… Y se llama… Yo qué se. Voy a encenderme un calamar en lo que suena esto. Como dijo el Solitario: ¡salud, españoles! —Alejandro lloraba mirando al mar, y Verónica se revolvía en la tierra.

Un acorde tembloroso de órgano se sostuvo hasta que una voz masculina entró en la canción. Cayó una gota sobre el salpicadero. Luego otra. Luego, tres más. La tormenta se había desatado. Alejandro dejó de llorar y alzó la cabeza.

—Verónica, sube al coche. Rápido.

—No voy a subir. Me has abierto la cabeza.

—Es una herida de nada. Sube.

—No voy a subir. Eres un psicópata.

—Verónica, por favor, sube al coche. Mira lo que viene por ahí.

A lo lejos, una fila interminable, lenta, pero firme, se acercaba a ellos. En ella había hombres y mujeres, desde niños hasta ancianos. Algunos desfigurados, otros hinchados como si llevasen muertos varios días. Con paso titubeante se acercaban al coche. Miraban algo que estaba muy lejos de ellos.

—Esta canción… —dijo Alejandro—. Se llama *Las palmeras*. Se llama *Las palmeras*. —Miró a Verónica—. Abrázame, Verónica. Te necesito más que nunca.

—¡No quiero abrazarte! ¡Déjame en paz! —Verónica se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Sin ti me muero, Verónica! ¡Eres mi vida entera! ¡Verónica, sino me quieres, yo me mato! ¡Yo me mato!

Verónica corría hacia las dunas. Resbalaba en la arena. Miraba hacia atrás. Temía más a Alejandro que a los muertos.

—¡Abrázame, Verónica! ¡No puedo vivir sin ti! ¡La vida no tiene sentido sin ti!

Verónica, llena de arena, de sangre, de lágrimas, y de sudor, señalaba a la comitiva interminable.

—¡Han venido a por nosotros, Alejandro! ¡Vienen a vengarse! ¡No les dijimos nada! ¡No hemos ayudado a nadie! ¡Somos la infección del mundo!

—Si estamos juntos no lo somos, Verónica.

—Somos una infección. Que esto acabe ya por favor.

Divisó una ruina romana. El chispeo había pasado a tromba. Corrió hacia las ruinas mientras Alejandro tropezaba, llorando sin poder hablar. En un momento la alcanzó, abrazándola.

—No puedes no quererme. Es imposible que no me quieras. Sé que me quieres.

Verónica empujó a Alejandro contra una ruina, golpeándole la cabeza. Sangraba mientras estiraba la mano hacia ella.

—¡Necesito que me quieras! Por favor…

—Lo siento, Alejandro. Lo siento de verdad. Te quiero muchísimo. Eres mi vida entera. Siento si te he hecho daño. Perdóname. —Pero Alejandro no hablaba. Ella cogió su cabeza y le habló al oído—. En todas las noches en las que tú no has estado he oído a la muerte venir a por mí. En todas.

Verónica no pudo más y se desmayó. Antes de caer al suelo creyó ver al fantasma de Erika. No supo interpretar su expresión, pero siguió viéndola mientras sus ojos se cerraban.

Y todos los muertos, uno por uno, entraron en un fiero mar gris que había estado esperando para enterrarles.

Fin.

CAPÍTULO 23

EL MUNDO

10 de septiembre

EUROPA PRESS
EL PARO DESCIENDE EN 14.000 PERSONAS.

En una rueda de prensa extraordinaria, el presidente del Gobierno ha recalcado que es la primera vez en la historia de nuestra democracia en la que el paro desciende al terminar la temporada estival. Ha declarado que la mejoría se debe a las medidas que ha tomado su gabinete.

El líder de la oposición ha señalado que la única causa real es la presión que se ha ejercido desde el otro lado del hemiciclo. Para este mes se espera un debate sobre el estado de la nación en el que se señalarán temas candentes como los presupuestos generales y la reforma del Parlamento, a lo que se oponen los grupos independentistas.

Diez Minutos
Aarón David, extronista de *MHYV* sale de la cárcel tras seis meses.

Asegura que este tiempo le ha ayudado a cambiar y que no se siente orgulloso de haber traficado con estupefacientes, pero sí de las grandes amistades que ha hecho entre rejas. Gracias a un curso de formación, Aarón David ha aprendido jardinería y podría incorporarse durante los próximos meses al equipo del Ayuntamiento de Calpe, donde quedaría al cargo de la vegetación decorativa de varios parques y rotondas de la localidad. «Estoy muy contento de iniciar una nueva etapa», asegura. «Hace tres años perdí a gente muy importante para mí y estoy seguro de que mi vida va a dar un giro de 360 grados».

20 Minutos

Matilde, la jubilada que denunció a la estrella de la tele.

Matilde Herranz es una de las noventa y tres jubiladas que pusieron sus ahorros en manos de una empresa piramidal basada en la llamada «teología del dinero». Ella, al contrario que muchas en su situación, ha querido denunciar. «Aprovecharon que las cosas estaban mal para pedirnos una fuerte inversión. Nos dijeron que nuestro dinero se vería multiplicado más allá de la muerte, pero la muerte no vino cuando estaba estipulado, así que yo me pregunto cómo puede ser que unas personas que no aciertan en la fecha del fin del mundo puedan estar autorizadas a manejar nuestro dinero, el dinero que nos ha costado toda una vida ahorrar». Aunque Matilde ha logrado reunir hasta veinte querellas, le cuesta encontrar un abogado que quiera representarla. «A efectos legales no tienen razón. El pago se produciría tras la muerte y esta aún no ha llegado. En el contrato especifica que, de no producirse el "Arrebatamiento", el dinero quedaría en un fondo hasta que llegue ese momento. Tenemos las manos atadas en ese sentido, aunque hay un vicio de consentimiento en algunas cláusulas que sí podrían declararse nulas. En el mejor de los casos, este grupo de mujeres podría recuperar un diez o un quince por ciento de lo que invirtieron», asegura Santiago Copa, de Collin Abogados. Matilde no quiere quedarse de brazos cruzados y se manifiesta todos los jueves delante del Ministerio de Justicia. «Es el único día que no tengo que hacerme cargo de mis nietos», declara divertida. Ella piensa que, mientras haya una puerta abierta, seguirá intentándolo. Pero Copa no es tan optimista. «Si se consigue la nulidad de la cláusula temporal, aún la otra parte litigante podría reclamar, y la demora del pago puede llegar cuando estas mujeres ya no estén aquí».

CASA DE SUBASTAS Ansorena. Nota de prensa

Salen a subasta las joyas de conocidas artistas de variedades. Entre ellas, Sandra Vegas, María del Carmen Ramal, y Bodil de Pilatos.

Los lotes comprendidos entre el 193 y el 450 son los correspondientes a joyería, bisutería y vestimenta de artistas de televisión y variedades.

La mayor parte de las piezas están elaboradas en piedras semipreciosas y datan de los años cincuenta y sesenta. Algunas de ellas, en concreto las de Bodil de Pilatos, son de la época modernista y provienen de Francia, Inglaterra, y España. La pieza que más interés ha suscitado es una peineta de los años veinte en marfil.

Además, se subastarán muebles de la residencia de Álvaro de Pilatos. Hasta el día 22 se podrá visitar la villa marbellí, que nunca había estado abierta al público.

El País

¿Quién paga el pato?

Las compañías de seguros lo han llamado desastre natural. Los clientes siguen colapsando las centralitas y las direcciones de correo. «Hemos perdido a familiares, a amigos. Hemos perdido nuestras propiedades, y aquí nadie se hace cargo. La policía no vino en su momento, y ahora nos dicen que es un desastre natural. No queremos ser los nuevos afectados por la talidomida. No queremos ser la colza. Queremos lo que es nuestro. Lo que nos corresponde. ¿Quién va a pagar todo esto?», se pregunta un vecino de Adra. Se han iniciado varias recogidas de firmas para llevar la propuesta de retribución al Congreso. Lo que queda claro es que nadie se hace responsable.

Levántate y Cárdenas

Si tienes alguna historia curiosa sobre el Brote, mándanos un *whatsapp* al 630 34 21 00.

Fotocopia en la estación de autobuses de Gandía

Dani fue visto por última vez con una camisa azul y unos pantalones cortos. Llevaba una riñonera plateada en el momento de salir de casa. Ahora tendrá unos diez años. Desaparecido el 15-8.

Si tienen cualquier pista, contacten con la Guardia Civil.

Corona de flores en la autopista del mar, kilómetro 24

Nunca te olvidaremos, Diana. Te quieren siempre: Petra, Tere, Diana y Tania.

Nicho A, T3, 9. Cementerio del Carmen (Valladolid)

«Sé que me cantas desde el cielo, *mama*».

mensaje número desconocido

Cartones, puto anormal, coge el teléfono. Estamos preocupados. ¿Te ha pasado algo? Contesta.

Foro Alameda & Amigos

«Buenas, vecinos. ¿Alguien sabe qué pasó con la ferretería del Chepas? Sigue con el cartel de cerrado por vacaciones desde hace tres años».

23 likes. 2 comentarios.

«Pregúntale al alcalde okupa».

«Anda y vuélvete al cómic de Martínez el Facha. A ver si ahora también va a ser culpa del alcalde que no abran los negocios».

Pintada en Puertollano

«JUDAS. ESE SÍ QUE HIZO UN PAPELÓN».

EPÍLOGO

FRENTE A FRENTE

Si esto fuera una película, en lugar de una novela, veríamos un cartel con un texto que rezaría «Tres años después». Veríamos la puerta de una galería de arte en la zona noble de Madrid. Así entenderíamos que estamos en una ubicación diferente y en un tiempo diferente a todo lo que hemos leído. Este lugar en el que todos se conocen unos a otros, acoge una exposición llamada «Divas y ritos». Varios artistas han realizado obras pictóricas sobre personajes de la farándula relacionados con el mundo del ocultismo. Los vasos son de plástico por precaución, aunque la mayoría de las piezas se realizaron en soporte digital. El público es educado y no habrá males que lamentar. Hay algo, mucho, de acto social. Los menos hablan de las mujeres retratadas en los cuadros. Los más, del estreno de una serie de televisión que dentro de dos meses habrán olvidado. La persona más codiciada del acto es el director de la serie, que ha pintado uno de los cuadros. Representa a Pitita Ridruejo, pero no nos cuenta nada nuevo. Dista mucho de ser el mejor, pero el corro está a su alrededor. Verónica, a la que no reconoceríamos si la tuviéramos delante, parece mayor y más serena. Por su aspecto sabemos que no quiere destacar; quiere ser tenida en cuenta. Es lo que ha intentando en estos años. Tan solo un broche en pedrería escarlata destaca sobre el conjunto. Con sus gafas sin graduar mira un cuadro que representa a Sandra Vegas. Mira en los ojos de una pintura que encuentra mediocre y, de ser esto una película, tendríamos en cuenta un detalle que no es sutil, pero que sí que explicaría el porqué de la mirada entre dura y melancólica de Verónica. El broche que ella lleva estaría en la fina estampa de la difunta Sandra Vegas. Pero, siendo esto una inauguración, quién sabe si ha coincidido que ese broche sea el

que aparezca en el cuadro. Lo que sí es cierto es que ella lo mira con una expresión inexplicable. Parece un fantasma al que ella vio, o creyó ver un día en una playa.

Detrás de ella, una voz que le es familiar explica quién fue Sandra Vegas. Es la voz de Alejandro. Está limpio y va bien peinado. Con él va una mujer que le mira con admiración. Es más joven que Verónica y, aunque no se parecen, algo en ellas rima. Verónica y Alejandro se saludan correctamente. Alejandro, antes de cambiar de lugar, dice «Me alegro de verte» y Verónica asiente. Los tres llevan copas en la mano. El ambiente de la inauguración es relajado. Nadie habla de aquel terrible verano de hace tres años. Los damnificados se quejan, pero todo el mundo se ha cansado de escucharles. Los tibios han ganado la partida porque nadie tiene tanta paciencia como ellos. ¿A quién le importa ya lo que pasó en aquel año? Las noticias, las opiniones, los recuerdos, ¿no son un poco la misma cosa? Quien no tiene qué reclamar, olvida. Quien reclama, se cansa. Los que viven se olvidan de los que murieron, y los que nacen no se preocupan de los que ya están, sino de los que son como ellos. Siempre fue así y la galería que expone «Divas y ritos» vende cuadros cuyos dueños morirán, y serán heredados por personas que no sabrán nada de esta noche y de esta fiesta.

Verónica abandona la galería de arte con sus copas y sus gentes, y sale a la calle sin mirar atrás. Pierde un sonido para llegar a otro. La canción *El mundo* se apaga mientras se separa del ventanuco amarillo de la galería. El nuevo sonido es diferente, es espontáneo. Es un sonido vivo. Al principio es solo un rumor que le hace sentir bien. Se acerca a él y descubre, en el chaflán, una fuente. Se retira el pelo y se inclina sobre el caño de bronce. No sabe si es agua potable, pero, al fin y al cabo, es agua. Piensa que se sentirá bien si bebe agua. Acerca los labios maltrechos y comienza a beber el agua limpia y fresca a borbotones. Bebe hasta saciarse.

Madrid, a 27 de julio de 2019.

Edición en formato digital: 2020

© Jimina Sabadú, 2020
© Algaida Editores, 2020
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-292-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es